

Una virgen para el jeque

A romantic scene between a man and a woman in a field. The woman is wearing a dark, strapless, floor-length dress with a high slit, and her hair is blowing in the wind. The man is shirtless and muscular, embracing her from behind. They are standing in a grassy field with a blue sky and clouds in the background.

Kate Simmons

©Una virgen para el jeque-Kate Simmons. Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.
Todos los nombres de lugar y personajes son invención del autor.
Novela romántica contemporánea de una virgen inocente y un ardiente jeque.
Los lugares son ficción.
Cualquier semejanza es mera coincidencia.
©registro en la propiedad intelectual

Una virgen para el jeque

Kate Simmons

Capítulo 1

El día de calor sofocante acabó en tormenta, una tormenta de polvo sulfuroso que ocultó el sol y rugió toda la noche hasta el amanecer, dejando una estela de naranjos y datileros devastados. Las persianas de la casa de la plantación se habían roto, las lámparas y floreros se habían estrellado al caer y el agua de la torre de irrigación había inundado el suelo.

Agnes se detuvo en la galería y sintió un desamparo más allá de las lágrimas. Éstas le habrían servido de consuelo al comprobar cómo el agua anegaba también el pasillo y al oír el intermitente ulular del viento rompiendo la quietud que había seguido a la frenética noche del siroco.

Los días precedentes habían sido de calor bajo un cielo plomizo, que había trocado el desierto en un paisaje siniestro. Todavía en aquel momento el bochornoso calor parecía reseca las paredes de la maltrecha vivienda y Agnes podía sentir el sudor bajando por su espalda.

Con su valor casi tan abatido como la casa se apoyó en la barandilla con la boca seca, los ojos chispeantes, y su espíritu destrozado. Una persiana suelta seguía golpeando; era como si algo extraño tratara de llegar a ella, atacando sus nervios. Se encontraba sin energías para acercarse a sujetar la persiana.

Tensa como un gato, sin ningún sitio donde esconderse, trató en vano de no pensar en la silenciosa figura que yacía en la cama del dormitorio principal. Agnes se estremeció, a pesar del calor; el azul sorprendente de sus ojos estaba velado por los sucesos de la noche. Se trataba de un azul semejante al de las vidrieras de una capilla.

Recordó la capilla anexa al colegio del convento donde ella había pasado su niñez. Allí, los instintos de Agnes Lacroix se habían rebelado frecuentemente en contra de la disciplina; de los dormitorios, donde la intimidad era un factor desconocido; de la comida, que era sencilla y sin sabor. Las buenas hermanas habían decretado que la carne debía someterse al espíritu.

Apenas cumplidos los diecisiete años la llamaron al despacho de la Madre Superiora y le dijeron que tenía que irse a vivir con su abuelo.

Hasta aquel momento, Agnes Lacroix había ignorado su existencia, pero desde el día en que Agnes llegó a El Oasis, se sintió como si hubiera entrado en el hogar que siempre había deseado. Un fascinante hogar en la umbría de una posesión de árboles frutales, donde el continuo rumor del agua en las acequias hacía que incluso el día más tórrido pareciera fresco.

Resultó cautivada por el desierto y salir a montar al amanecer o cuando las estrellas brillaban en el cielo, fue un placer del que nunca antes había disfrutado ni soñado.

En aquel instante estaba sola y temerosa, detenida en la amplia galería de madera que dominaba el pasillo. Sola, porque el día anterior los criados habían huido asustados, tanto por la tormenta de arena como por el anciano que yacía muerto dentro de la casa del Viejo León.

Sadik había sido el último en marcharse, conmovido por la presencia de Agnes al lado de la cama del gigante sin vida; del hombre al que la joven había llegado a amar en los dos años que vivió en El Oasis. Se había acostumbrado a su áspera arrogancia y había aprendido a aceptar su implacable actitud hacia su madre, a quien nunca llegó a perdonarle haberse casado con un inglés.

De repente, en el dormitorio con altas puertas de palo de rosa, algo se estrelló contra el suelo y el poco control que aún tenía sobre sí misma desapareció. Hubiera querido correr a los establos y saltar a los lomos de Firefly, pero parecía cruel huir cabalgando y dejar a su abuelo solo en la

casa destruida por la tormenta. La había cuidado, a su manera tratándola más como a un muchacho que como a una mujer.

Sus labios se movieron y se encontró murmurando una de las oraciones que las hermanas habían hecho que sus alumnas rezaran mañana y tarde. Pero la oración no borraba de su mente la convulsa cara de su abuelo ni la forma en que él se había arrastrado hasta su aposento, gritando algo, pero no se había recobrado del ataque y finalmente, le cubrió el distorsionado rostro con la sábana.

Con frialdad, Agnes clavó la mirada en el pasillo. Su cabello denso rubio claro, se apartó de su pómulo cuando se inclinó sobre la barandilla tratando de identificar un sonido ajeno al viento. El golpeteo de cascos sobre la piedra, la hizo preguntarse si algún criado había regresado.

Aun cuando era lo que esperaba, un instintivo temor la hizo retirarse de la escalera. Una figura alta, encapuchada, se movió abajo, poniéndose deliberadamente ante su vista. El manto la cubría desde los hombros hasta los pies. Agnes clavó sus ojos en los del visitante, en tanto que éste ponía su bota en el primer peldaño de la escalera.

—¿Qué quiere? ¿Cómo se atreve a venir aquí? —sus palabras surgieron con prisa y, en su agitación, habló en inglés—. No tiene derecho a entrar en esta casa.

—Se sorprendería si conociera todos mis derechos —su voz era profunda, la pronunciación de las vocales en inglés sonaba extraña en sus oídos. Y entonces lo reconoció... Aquel hombre había estado allí una noche. Acababa de regresar de montar y estaba a punto de entrar en el estudio de su abuelo, cuando sorprendió voces iracundas que hicieron que se retirara por el pasillo, desde donde le vio salir a grandes zancadas, con visible rabia en sus facciones. Después, durante la cena, Guillaume Lacroix le había dicho que no hiciera preguntas. Sus asuntos con Razul al Kebir Bey no tenían nada que ver con ella.

—No regresará aquí otra vez —aseguró—. Es muy orgulloso y le indigna que mi plantación esté en su territorio, como él lo llama. Tengo permiso por escrito del viejo cadí. El todopoderoso Razul Bey es sólo un sobrino que se apoderó del poder cuando surgió la ocasión.

—Se dice en Bar Soudí que su abuelo ha muerto.

La imperiosa voz resonó en los ya destrozados nervios de Agnes y cuando el individuo empezó a subir la escalera, ella retrocedió hacia el dormitorio donde yacía Guillaume Lacroix.

Lo único en que podía pensar era en la enemistad existente entre ambos hombres y en que había una pistola en la alcoba del anciano. Con rapidez, abrió de un tirón las puertas y cruzó la habitación a la carrera; sus sentidos estaban puestos en la sombra con manto rojizo que la perseguía. Por alguna razón irrefrenable, tenía la idea de que aquel manto le sería arrojado sobre la cabeza por lo que, con manos temblorosas, abrió un cajón y empuñó firmemente la pistola. Se volvió y vio a Razul Bey en la puerta.

—Deje ese arma —había rudeza y un dejo de mofa en su voz—. He venido a El Oasis a ayudarla.

—¿Ayudarme? —desdeñosamente, siguió apuntándole—. Sé cómo eran las relaciones entre usted y mi abuelo. Soy una Lacroix y estoy enterada de que cuando uno de ustedes odia a alguien, incluye a todos los miembros de la familia.

—La justicia del bey —al pronunciar tales palabras, Razul dio un paso hacia ella—. Puede estar segura que tengo mis razones para estar aquí. —¿Para regocijarse con la muerte de Lion? — Agnes le miró fijamente—. Ya me habló de lo mucho que lo odiaba porque El Oasis está en tierras que usted afirma que son de su propiedad. ¡Si ha venido para arrojarme de la finca de mi abuelo, puede pensar en otra cosa!

Los ojos de Agnes se tornaron azul oscuro, mientras se quitaba de la cara el alborotado cabello. Si tenía que disparar, quería hacerlo con tino, de la forma en que Lion le había enseñado. Nunca antes había sentido aquella tensión animal; su cuerpo se estremeció al enfrentarse a Razul Bey, un extraño para ella, casi un bárbaro en su apariencia y actitud.

En los dos años transcurridos en El Oasis, había aprendido algo sobre la gente. Sabía que los odios familiares pasaban de generación en generación.

—No voy a discutir los detalles de propiedad de la tierra con una muchacha —su misma postura parecía significar un reto, en tanto la miraba de arriba abajo—. Le advierto que, si no deja el arma, me veré obligado a quitársela.

Su imperiosa mirada y el tono amenazante la enfurecieron de tal modo, que Agnes olvidó su vulnerabilidad.

—Salga de esta casa —esperó que algo del áspero orgullo de Lion se notara en su voz—. ¡Váyase, fuera!

—¿Puedo hablarle sobre su abuelo, ese hombre que usted veneraba y cuyo cuerpo ha velado durante toda la tormenta?

—¿Qué hay que decir?

—Tal vez lo suficiente para que lo odie.

—Nunca podría hacer tal cosa —el solo pensamiento la hizo estremecerse y la pistola se movió en su mano.

Lion estaba muerto y ya no existía nadie que pudiera cuidar de ella.

—¡No oiré sus mentiras!

—No acostumbro a mentir —refutó—. Si Guillaume Lacroix la hizo creer que la trajo a El Oasis por amor e interés hacia usted, él si era el mentiroso.

—Me quería —retó al hombre—. ¿Cómo puede usted decir lo contrario?

—Porque lo sé.

Agnes no podía separar los ojos de su impenetrable interlocutor.

—Y creo que usted debería saberlo —dijo él deliberadamente—. Lacroix estaba tan determinado a permanecer en El Oasis que, cuando el arrendamiento venció hace dos años, me ofreció a su virginal nieta a cambio. «Se trata de una estudiante educada en un convento de monjas». Intocada, pura como la nieve de las montañas del Atlas, la clase de joven que valdría una buena bolsa de oro en los mercados en los que aún existen subastas de mujeres. Lugares prohibidos del corazón del desierto, donde su reverenciado Lion la hubiera puesto en exhibición para no ser despojado de la única cosa en la vida que significaba algo para él: esta casa y cuanto la rodea, y que el viento ha convertido en ruinas.

Hizo una pausa, para dejar que las palabras penetraran en el cerebro de la joven, quien sostuvo su penetrante mirada que parecía querer grabar tan increíbles palabras.

—¿Qué increíblemente malvado es usted! ¿Cómo puede decir tales falsedades?

—La maldad no es mía, señorita —Razul Bey habló curvando sus labios. Inesperadamente, tan peligrosamente ágil como cualquier felino, le agarró la muñeca forzándola a soltar la pistola. Resonó contra el piso y él le dio una patada, alejándola de su alcance. Un grito involuntario escapó de los labios de Agnes, cuando se encontró entre sus garras.

—¡Maldito bruto! —peleó con furia, pero no era contrincante para un hombre tan fuerte como aquél—. ¡Mentiroso! ¡Quíteme sus sucias manos de encima!

Él la arrastró fuera del aposento de Lion hasta la galería.

—Deje de resistirse o le daré unos azotes. Necesita botas y una capa. ¿Cuál es su habitación?

—¡Déjeme en paz!

Agnes nunca se había encontrado en tal situación, sin nadie que pudiera ayudarla. Aunque gritara hasta tirar la casa abajo, no habría quien la oyera.

Aun así, un grito se le escapó de su garganta, mientras él trataba de reducirla.

—Las mujeres histéricas colman mi paciencia. Recupere la razón o me verá obligado a infundirle algo de cordura. El Oasis ha sido devastado por la cola de la tormenta, pero ésta aún no ha terminado. Se revolverá y entonces regresará. ¿No ha sido suficiente esta prueba para usted? ¿Acaso desea más de lo mismo, sola en esta casa, con el cadáver de su abuelo?

—Dirá y hará cualquier cosa para sacarme de aquí.

Le lanzó una mirada venenosa y odió el temor que se anidaba dentro de ella, cuando encontró sus ojos. Ojos de color ámbar bajo un par de cejas intensamente negras.

—¿Cuál es su habitación? —insistió.

Reacia y con resentimiento, le indicó una puerta más allá en la misma galería en que se hallaban. Fueron hasta el lugar y Razul Bey la observó mientras se calzaba sus botas de montar y se ajustaba la capa que utilizaba por el desierto.

—¿Me lleva a Bar-Soudi?

—¿Es dónde quiere ir?

Agnes asintió y lo vio reaccionar con un leve encogimiento de hombros. Ella se volvió hacia la mesa donde la lámpara de petróleo aún lanzaba sus llamas. Mientras recogía el látigo, recordó el pasaje de un libro que había leído sobre un funeral pagano que dos jóvenes soldados habían preparado para su hermano muerto en la batalla.

Agitó el látigo y la lámpara fue barrida de la mesa, derramando su contenido por el suelo de madera, que se inflamó inmediatamente. Las llamas saltaron al instante, tratando de alcanzarla, pero un brazo la rodeó por la cintura y tiró de ella hacia la galería.

—¡Lo ha hecho a propósito! —los ojos la miraban tan ardientemente como el fuego que se había apoderado de la habitación.

—Sí, Lion apreciará este funeral pagano y el hecho de que todo lo que obtenga de El Oasis sea un montón de cenizas. Sólo falta una cosa y es un perro a sus pies. ¡Debería ser usted!

Durante un buen rato, en tanto que las llamas se avivaban y consumían las cortinas de muselina alrededor de la cama, Razul Bey tenía una vaga mirada en los ojos. No había señales de ira; sin embargo, Agnes estaba segura de que su comentario lo había herido.

—¡Venga! —la llevó apresuradamente por la escalera, ya que pronto el fuego se extendería. La casa de la plantación era de madera y no tardaría mucho tiempo en desaparecer bajo el voraz incendio. La joven no sentía el menor remordimiento por lo que había hecho. Lo que contaba era que había asestado un golpe a las crueles y despiadadas mentiras que aquel hombre había manifestado.

A la incierta luz del día, el viento azotaba las palmeras frente a la casa, doblándolas hacia atrás y hacia adelante como si fuera a arrancarlas.

Agnes se puso la capucha de su manto sobre la cabeza, doblando el cuerpo para vencer la fuerza del viento cargado de arena, mientras seguía a Razul Bey, el cual se dirigía a un grupo de hombres que estaban resguardados tras las protectoras jorobas de sus camellos. Cuando comprendió que se esperaba que cabalgara uno de aquellos animales, que durante una tormenta de arena podían cerrar los orificios de la nariz para evitar la entrada del polvo, gritó que quería montar a caballo para ir a Bar-Soudi. Se dirigía hacia los establos cuando una mano cayó sobre su hombro.

—Sus caballos se desbocaron anoche.

—¿Se ha escapado Firefly? —lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas, pues a duras penas podía soportar aquella nueva pérdida. Acalorada, se enfrentó al bey—. ¿Me está diciendo más mentiras? ¿Ha dejado sueltos los caballos en su desierto abandonado de Dios? ¡Oh, eso sí que no se lo tolero!

—En su miedo a la tormenta, rompieron las puertas y salieron de los establos —replicó—. No correrán sueltos mucho tiempo, pronto encontrarán un amo.

De alguna manera aquellas palabras la hicieron vacilar. «Nada de esto puede estar sucediendo», pensó. «Me despertaré enseguida y descubriré que todo es una pesadilla».

Una repentina llamarada, surgida de una de las ventanas del piso superior de la casa, hizo que Razul Bey, con una corta palabra de mando, ordenara a su séquito que se pusiera en pie. Agnes fue conducida a uno de los camellos rojizos, aún arrodillado para que pudiera subir a la silla; cada centímetro de su cuerpo tembló contra el arzón, cuando el bey montó detrás de ella.

Una vez el animal se puso en pie y echó a andar, los demás lo siguieron con largas zancadas, a través de las puertas de El Oasis, hacia el desierto.

—Ahora vamos rápidos —la voz de Razul Bey resonó a través del gemido del viento. Habló en inglés, pero cuando volvió la cabeza para dar una nueva orden a sus hombres, habló en su propio idioma.

Era una lengua que Agnes no había podido dominar durante su estancia en la casa de su abuelo. Él no había alentado el uso de aquellas palabras de sonidos bárbaros, sino que se había aplicado a corregirle su francés hasta que fue casi tan correcto como el suyo. Entonces le dijo: «Ahora, eres una francesa; como tu madre, hasta que fue embrujada por un rubio sahib inglés».

Con el tiempo, la joven la había perdonado el desprecio hacia su padre. Como Razul Bey, Lion había sido duro y tirano, creyendo en su propia invulnerabilidad, y mostrándose egoísta en lo que respecta a los demás. Tales hombres rara vez desean piedad para ellos o se la conceden a sus semejantes.

Con la cabeza protegida por la capucha, observó la casa en llamas, que pronto sería la pira de su abuelo.

Quería llorar, pero estaba demasiado pendiente de la proximidad del hombre. El vaivén del camello hacía que sus cuerpos entraran en contacto y cuando esto sucedía ella se encogía pensando en las cosas horribles que él había dicho y ansiando que el viaje hubiera terminado ya.

«Pronto», se dijo, «podrán verse a través del polvo, los techos planos de las casas de Bar-Soudi y estaré libre de este hombre».

No dudaba de que la dejaría en el Hotel Ramis. No tenía dinero, pero sabía que la cuenta del viejo Lacroix estaba en el banco local. Esperaba tener acceso a ella, como la única beneficiaria de Lion.

Aquel pensamiento la esperanzó e inyectó nuevos ánimos. Aquellos individuos eran tan enigmáticos como el desierto mismo y apenas podía tolerar la insufrible cercanía del que iba junto a ella, pero nada podía hacer para evitarlo, tendría que soportarlo hasta que llegara a Bar-Soudi.

Capítulo 2

Agnes despertó de repente; medio ofuscada aún, se dio cuenta de que el vaivén del animal la había adormecido en la silla. No sabía durante cuánto tiempo. ¿Tal vez sólo un momento, o habían transcurrido horas?

La fila de camellos avanzaba a lo largo de un camino empedrado que gradualmente ascendía por una colina hasta desembocar en unas altas murallas frente a una puerta almenada, que fue abierta por hombres uniformados.

Agnes espió a través de la niebla causada por el polvo, que aún giraba en el aire y se preguntó si serían guardias. Pero, que ella recordase, no había guardias en Bar-Soudi.

Entonces, ¿en dónde se encontraba?

Su ahogado grito debió de transmitirse al hombre, cuyos brazos, mientras conducían el camello, se mantenían alrededor de su cuerpo como un lazo.

—Es El Karah —explicó—. Estamos entrando en el patio de mi palacio.

—¿Su... qué? —exclamó. Estaba aún un poco adormilada y se sentía inclinada a imaginarse que todo aquello era un mal sueño—. ¿No puede dejar de bromear?

—Le aseguro que tiene siempre mejor aspecto a la luz del día —la voz, sobre su cabeza, era impersonal, como si se tratara de un guía y ella una turista—. Su arquitectura es algo confusa en este momento, pero, en mi opinión, se trata de uno de los mejores ejemplos de artesanía de la región.

Fue construido por uno de mis antepasados, sobre las ruinas donde varios ejércitos lucharon y murieron, cada uno de ellos tan convencido como los otros de que su bandera y su fe eran las verdaderas. Existen cámaras aún intactas debajo, donde los prisioneros eran... alentados a cambiar su forma de pensar.

—No me importa lo que haya dentro, alrededor o debajo de su palacio —dijo Agnes furiosa; su cuerpo se retorció en la silla para poder lanzarle las palabras a la cara—. Usted me hizo creer que íbamos a Bar-Soudi. ¡Es infame que me haya traído aquí! Este es el último lugar de la tierra donde deseo estar. ¿Me oye?

—Con claridad, mon enfant.

—Yo no soy su pequeña —estalló—. ¡No soy nada de usted, ni nunca he querido serlo! ¡Exijo que me lleven al Hotel Ramis!

—¿Exige? —una sonrisa entreabrió sus labios, pero no precisamente una sonrisa divertida—. Es usted, sin duda, una costilla del viejo Lacroix. Él también era un saco lleno de exigencias.

—Cállese y dele la vuelta al camello —replicó furiosa.

Él entrecerró los párpados ante el tono de voz de la joven, pero ésta captó un extraño brillo en aquellos ojos color ámbar y sintió la fuerza del hombre que gobernaba El Karah. Un hombre para quien una mujer podía significar menos que un semental entrenado para todos sus caprichos.

La autoridad de su alta posición estaba estampada en sus facciones y Agnes se percató de los grandes peligros que podían acecharla, unos peligros sobre los cuales apenas había pensado ni siquiera cuando cabalgaba sola por el desierto.

—Hay otra cosa histórica notable en El Karah —manifestó arrastrando suavemente las palabras—. El viejo mercado de esclavos, con una plataforma de piedra ásperamente labrada

sobre la cual se realizaba la venta. Acudían de todos los puntos cardinales para contemplar la mercancía y quienes alcanzaban los más altos precios eran los jóvenes vigorosos y las muchachas vírgenes.

Los camellos se habían detenido y los hombres de la tribu del bey esperaban su orden para desmontar. La joven sintió el latir de su corazón cuando Razul se inclinó, acercándose a ella, y descubrió su aturdimiento. Ella había oído decir que el tiempo se detenía en el desierto, y que, en cierta forma, su gente y sus costumbres permanecían iguales a como habían sido durante incontables años.

Pudo creerlo cuando miró al bey de Karah. Intuyó, con un enorme sobresalto, que, si se hubiera acogido a su oferta original de ayuda, podría ahora estar a salvo en el hotel en Bar-Soudi. Su cultura occidental lo había mantenido controlado hasta que ella, impetuosamente, había prendido fuego a la casa de la plantación.

Ahora, el lado bárbaro de su naturaleza se había apoderado de él, por lo que Agnes se dijo que era preciso hallar una fórmula razonablemente aceptable para convencerle. Las palabras suplicantes la mortificarían no podía rogarle que la llevara a Bar-Soudi y como era mucho más rico que ella, resultaría absurdo ofrecerle dinero, en especial cuando este dinero debería salir del legado de Guillaume Lacroix.

—La gente de Bar-Soudi se preguntará qué me ha pasado —comentó—. Las autoridades le acusarán de secuestro, si me retiene contra mi voluntad.

—Las autoridades probablemente pensarán que pereció usted en el incendio, junto con el viejo. Usted encendió la llama, pero supondrán que la lámpara se cayó de la mesa a causa de una ráfaga de viento.

—Sus hombres saben que me ha traído aquí —Agnes se esforzó por ocultar su pánico.

—Mis hombres están atados por una lealtad tal que no puede imaginarla —ahora sus ojos se mostraban burlones—. Ellos nacieron en el desierto; usted no es más que un terrón de azúcar en la boca del Kismet.

Cuando Razul Bey ordenó a su camello que se arrodillara, la joven contuvo el aliento, abrumada por un sentimiento de angustia, y en el momento en que, una vez en el suelo, intentó agarrarla, ella se sujetó fuertemente al arzón, sin lograr otra cosa que la risa de su antagonista a la que hizo coro la de sus hombres. Sintió sus mejillas enrojecer. Un terrón de azúcar, había dicho él, como si en El Karah pudiera esconderla, tratarla como se le antojara y pisotear sus derechos.

—Es... esto ha ido demasiado lejos —dijo—. Ya está bien de bromas. Ya se ha desquitado de lo que hice...

—¿De verdad cree que se trata de una broma? —la arrancó enérgicamente de la silla—. Nadie, señorita, me llama perro, sin pagar por el insulto. Ninguna mujer me llama mentiroso sin aprender algunas dolorosas verdades. Nadie en la ciudad de El Karah moverá un dedo si traigo una mujer a mi serrallo, aunque su pelo sea de oro fino.

Agnes lo miró fijamente a través del polvo que el viento había esparcido por el cielo. Existía algo fatal y como prohibido en el aire, algo que parecía inclinar una parte de su ser a pensar que lo que estaba sucediendo se hallaba escrito en las ardientes arenas.

¡Pero no! ¡Aquello sólo eran supersticiones tontas! Lo arrancó de su mente y se echó atrás la capucha.

—Desempeña usted un elevado puesto —una vez más debía razonar con Razul Kebir—. ¿Cómo puede comportarse así, y luego asumir el derecho de castigar a otros hombres cuando ellos obran mal? Al traerme a mí aquí, al forzarme a quedarme, está cometiendo un delito y usted lo

sabe.

Respiró profundamente, con la esperanza de calmarse.

—¡Lo descubrirán!

—Siempre existe esa posibilidad—se encogió de hombros con un movimiento fatalista—Ya veremos. Ya ha mostrado su lado voluntarioso; ahora voy a descubrir si su pretendida pureza es sólo un pedazo de vidrio, y no una auténtica joya.

—¡Usted... sí... que... es un... patán! —estalló en una tormentosa corriente de palabras, realmente descontrolada—. ¡Se comporta usted como un carretero! ¡Caballero del desierto! ¡La insignia que lleva con tanta arrogancia es una farsa!

Otra vez el hombre se encogió de hombros, como si sus palabras no hubieran más que rozado su piel, como las alas de las moscas en el cálido cielo.

—Se dice que somos un reflejo de la compañía que tenemos; así que, ¿por qué debo comportarme como un caballero con alguien que se porta como un incendiario en vez de como una dama?

—¿Así que esa es la excusa para su comportamiento? —Agnes echó hacia atrás el pelo, en un gesto de reto—. Veo que el que yo haya pasado una noche infernal no significa nada para usted; simplemente se propone aumentar el infierno por el que he pasado.

—Pretendo —repitió con deliberada frialdad—, enseñarle a un miembro de la familia Lacroix que aquí, en el desierto, yo soy el amo. Como la mayoría de las mujeres occidentales, quiere un mundo en el cual no haya una enorme diferencia.

—¿Y usted es quien va a hacerlo? —trató de poner el máximo desprecio en sus palabras, aunque sentía que temblaba. Apretó los puños; de disponer de un látigo, le hubiera golpeado en la cara. Quería pelear con él con algo más que palabras. Él tenía respuesta para todo. No se había conmovido por la pena que le había causado la pérdida del abuelo, estaba complacido de que Lion se hubiera ido para que él pudiera recobrar su ansiada posesión—. ¡Usted, canalla! ya tiene su pedazo de tierra; así que, ¿por qué no me deja en paz?

—¿Tiene miedo de mis tentaciones? —sonrió, pero fue una sonrisa que dejó sus ojos ámbar como los de un tigre.

—Usted no me asusta —mientras hablaba, él aprisionó con fuertes manos su estrecha cintura. La levantó del suelo con facilidad y pateando, peleando, lanzándole maldiciones, fue conducida a un pequeño salón enlosetado, separado de los principales apartamentos del palacio. Una fuente formaba un estanque, y ella, en los brazos de Razul Bey, hizo su nada digna entrada en una estancia amplia y fresca con una elaborada arcada a la cual se agarró en un esfuerzo para detener al hombre, cuyos tensos músculos se asemejaban al acero.

—¡Suéltese! —rugió él.

Hirviendo de furia y con un atisbo de temor, Agnes aflojó su mano. Por el momento, sus esfuerzos para escapar eran inútiles.

Fue dejada de pie bajo una gran ventana en forma de media luna que exhibía un intrincado tallado de madera, en vez de cristales. Bajo la ventana había un enorme sofá de la misma forma.

—Siéntese —no necesitó más que un leve empujón y se encontró tumbada sobre los cojines—. Pediré el desayuno para dos. No creo que haya comido durante las últimas veinticuatro horas; a menos que esté pensando en negarse...

—¿Me alimentará a la fuerza? —preguntó amargamente—. ¿Del mismo modo en que me obligó a entrar en su palacio?

Miró entorno, observando los oscuros muebles de madera con opulentas incrustaciones de otro

tipo de madera más clara. Bajo los pies había alfombras que brillaban con mil colores.

—Este lugar, ¿qué es? —la asaltó una sospecha en el momento en que las palabras escaparon de sus labios.

—El serai —replicó y sus ojos se fijaron en ella mientras se despojaba de la túnica y la lanzaba a un lado, revelando un justillo tejido de suaves tiras de piel y pantalones que estaban recogidos por las botas de piel a la altura de la rodilla.

—¿Qué es un serai? —tenía que oírsele decir, que se lo deletreara, para que no hubiera ninguna duda de que cada centímetro de él era parte despreciable, como las cosas que había dicho de su abuelo.

—La parte de mi palacio reservada a mis mujeres —al hablar cogió un cigarro de una caja recamada en plata, se lo puso entre los labios y lo encendió. Su frente, nariz y mandíbula estaban perfectamente estructuradas, pero llamarlo guapo habría sido inapropiado. Los hombres guapos tenían un cierto atractivo; aquel hombre era formidable y su prolongado escrutinio hizo que la cara de la joven se ruborizara.

—¡Patán! —la palabra surgió de sus labios una y otra vez. El disgusto y el miedo fueron reemplazados por una ardiente ira que jamás había sentido en su vida—. Usted, vagabundo del desierto, ¿cómo se atreve a traerme a este... esta casa de esclavitud?

Su interlocutor sonrió; parecía inmenso, arrogante, impresionante embutido en su ropaje del desierto. Era la ley en aquella parte del mundo y no estaba dispuesto a olvidarlo.

Los dedos de Agnes apretaron el cojín que inadvertidamente había arrastrado hacia sí. Una protección tan patética como inútil, contra las intenciones que pudiera abrigar sobre ella.

Mientras el humo formaba un círculo alrededor de su cabeza, él contempló la exótica habitación, donde todo estaba diseñado para proporcionar comodidad y placer. Alzó su mirada hacia el techo y contempló al grupo de huríes en torno a la laguna de loto, como si estuvieran esperando la imperiosa llamada de su señor.

Las uñas de la muchacha estaban a punto de romper el satén del cojín, cuando Razul Bey volvió la mirada hacia ella. No dijo una palabra. La dejó atormentarse con sus pensamientos.

—Tiene usted un trozo de... piedra en lugar de corazón —quiso decirlo con sarcasmo, pero las palabras salieron ásperamente de sus secos labios. Sintió debilidad y lo último que deseaba en aquel instante era desplomarse a los pies de Razul Kebir. Con un esfuerzo desató su túnica a fin de sentirse menos agobiada, pero no fue así. Era como un juguete en las torpes manos de un niño.

Algunos sirvientes vestidos de blanco entraron en el salón y con educados salaams aceptaron las órdenes del bey. Les habló en aquel lenguaje que no significaba nada para ella y todo lo que deseó fue que hubiera pedido café. Se moría por una taza, pero ciertamente no iba a reclamar nada, excepto que la liberaran de su injusta... prisión.

Cuando los criados salieron, el hombre se sentó en el sofá, con indiferencia, y ella se alejó de él cuanto pudo.

Aquel simple movimiento había hecho que su pulso se acelerara, pero parecía tan ajeno a sus sentimientos como si no existieran. Y se imaginó que así era para un hombre criado en la creencia de que las mujeres eran sólo objetos ornamentales, puestos en la tierra para su placer y para proveerlo de hijos, preferiblemente varones porque realzaban la propia estimación del padre.

Agnes reafirmó su confianza, ya que a causa del incendio que ella misma había provocado, las cosas habían escapado de su control y no sabía si gritar, correr o arrancarse la piel, al más leve movimiento del cuerpo poderoso de Razul Bey. Por más que lo deseara, no podía negar la posibilidad de que su desaparición fuera achacada al incendio. Se preguntaría a los criados de la

casa y ellos confirmarían que se había quedado allí sola con el cadáver de su abuelo.

Las lágrimas pugnaban por brotar, pero estaba determinada a no llorar delante de su secuestrador. En lo que a ella concernía, no sentía la más mínima compasión por él.

—No puedo... —la voz de Agnes era ronca y casi inaudible—. No puedo comprender por qué me ha traído aquí. Seguramente preferiría no verme.

—¡Au contraire! —se recostó sobre los cojines y emanó de él una potente aura de masculinidad—. Esos labios pueden expeler veneno en vez de miel; pero, a la vista, son sumamente incitantes. Aunque por el momento su cabello sea una masa de hebras, cuando está cuidado, es dorado como las dunas del desierto por las que acostumbro a pasear.

Sus ojos, ma femme, son del color de los iris silvestres y cuando el polvo haya sido arrancado de su piel, promete ser una tentación.

Cuando estas palabras se filtraron en su cerebro, Agnes notó un aviso de alarma, uno muy personal. Su vida, hasta aquella mañana, no le había enseñado que había hombres como aquel. Del colegio de monjas había ido a vivir a El Oasis, de una forma tan aislada como la había hecho en el internado...

Ahora, de golpe, se había encontrado con un hombre que parecía tan peligroso como una docena de hienas.

Levantó un poco la mano, tratando de apelar a sus mejores sentimientos. ¿Quería verla suplicante? ¿Había dicho todas aquellas cosas sólo para asustarla? Tenía que ser así. Él era un extraño para ella, eran extraños el uno para el otro. ¿Por qué iba a pretender algo más?

Los sirvientes entraron llevando fuentes con comida: una humeante cafetera, una lechera y tazas, que colocaron sobre la mesa de ébano situada enfrente al sofá. Pero fue el rico aroma del café lo que verdaderamente la interesó. Más que nunca deseaba una taza.

Se la acercó a los labios y bebió con ansiedad, sin importarle que estuviera fuerte y sutilmente especiado.

—¿Se siente ahora dispuesta a comer? —sus delgados dedos levantaron la tapa para revelar unos succulentos rizzoles, acompañados por riñones fritos y tomates.

Al oler los apetitosos alimentos, se sintió incapaz de rehusar. No iba a ganar nada agregando la debilidad a sus sentimientos. De hecho, parecía como si fuera a necesitar cada gramo de su fuerza al tratar con Razul Kebir.

Se sirvió y aceptó uno de los rollos de ajonjolí, que estaban calientes. Una vez que empezó, no pudo parar.

—Debe probar otro de éstos —colocó otro rizzole en su plato y añadió algunas rebanadas de los deliciosos tomates—. Es evidente que tiene hambre.

—Lamento estar comportándome como un cerdo —dijo tensamente—. En general no soy glotona, pero ayer no tuve ganas de nada. No espero que usted aprecie mis sentimientos respecto a mi abuelo. Usted lo odiaba, pero yo no. No hubiera dicho cosas tan horribles sobre él si lo hubiera conocido mejor.

Se hizo un breve silencio, luego, una mano bronceada alzó la cafetera y llenó su taza.

—Me gustaría que se conservara tan inocente como hasta ahora, pero si le permito seguir con sus ilusiones me quedaría con la etiqueta de mentiroso colgada al cuello.

La joven lo fulminó con la mirada.

—Las cosas horribles que me ha dicho tienen necesariamente que ser mentiras. Mi propio abuelo, no pudo ofrecerme a... a un extraño como... —¿Un extraño como yo? —los ojos ambarinos de Razul Bey la miraban fijamente—. Conserva aún la candidez de su crianza, mon enfant. No

tiene conciencia de lo que algunos hombres pueden llegar a hacer por su propio interés. Guillaume Lacroix sólo tenía un deseo.

Agnes logró liberarse de su insensible mirada. No le cabía en la cabeza que Lion hubiera enviado por ella sólo para apaciguar a aquel bárbaro. No valía la pena pensar en ello... Sin embargo, había oído que en el desierto era bastante común que una mujer fuera cambiada por un camello de carreras o un puñado de ovejas. Se preguntó qué había sido lo que su abuelo intentó decirle justo antes de morir.

Con un estremecimiento Agnes recordó la cara del viejo. Este ansiaba seguir viviendo en El Oasis y pudo haber muerto con algo terrible sobre su conciencia. Algo que trató de confesarle en el último segundo antes de que lo matara el infarto.

—No tenía usted razón para decirme tales cosas —habló con voz estrangulada—. Fue brutal por su parte admitir que algún tipo de trato fue acordado entre ustedes. Pero ahora me doy cuenta de por qué me ha traído aquí.

—Me pregunto si se da perfecta cuenta de ello —se inclinó hacia delante y Agnes buscó algo para defenderse. No era un arma, pero serviría para mostrarle lo profundo de su descontento. Deliberadamente, le golpeó la cara con un ramo de jazmines que uno de los sirvientes había colocado en la mesa. Hubo una llovizna de pétalos y luego el sonido de la suave y burlona risa de Razul Bey.

—Es una lástima —dijo arrastrando las sílabas—, que los jazmines no tengan espinas, como las rosas.

—¡Es una lástima que no haya sido una bala que le atravesara el corazón!

Durante un momento siguió sonriendo, luego sus dedos aprisionaron su barbilla y colocó un insistente beso sobre su boca. Ella contuvo el aliento, como si aquello pudiera convertirla en una estatua sin sensibilidad, un bloque de hielo que no pudiera sentir sus ardientes labios sobre los de ella.

—Ahora, tal vez se dé cuenta —comentó él.

—Sí, mi señor Razul, me doy cuenta que es aún más despreciable de lo que supuse.

Su curtido rostro se endureció y la mirada sensual desapareció.

—¿La comparé a un terrón de azúcar en la boca del destino? Debí haber dicho una cucharada de acíbar.

—Espero que le guste el sabor amargo en la boca, mi señor.

—Por cierto que sí. De lo contrario, siempre puedo cambiarla por un camello.

No encontró respuesta para su pulla. Se sintió maltratada, traicionada por el destino que la había llevado al desierto. Destino, Kismet, la gente de Oriente creía en él sin la menor sombra de duda.

—¡Váyase al infierno! —gritó con los ojos chispeantes.

Razul Bey inclinó la cabeza y se puso en pie con el movimiento grácil de un cuerpo en perfectas condiciones.

—La dejaré para que se familiarice con su nueva morada. Más allá de la cortina hay otras habitaciones para que pueda sentirse en mi serai como en su casa.

—¡Mi prisión! —le lanzó a la espalda.

El hombre no se molestó en contradecirla.

Capítulo 3

AGNES examinó la habitación desesperadamente, con un extraño sentimiento, con una rara sensación de que estaba sucediendo algo que ya había ocurrido antes. Se estremeció, en tanto que la verdad se iba apoderando de su pensamiento.

Aquello no era un sueño, sino una terrible realidad; había sido llevada hasta allí a lomos de su camello. La imagen de su secuestrador estaba grabada en su cerebro, tan imponente como arrogante, tan amenazante que la obligó a gritar:

—¡No!

De un salto se puso en pie y corrió a la puerta por la cual había salido Razul Bey.

Agarró el picaporte metálico y abrió. La salida estaba custodiada por un par de hombres, de ojos inescrutables y caras bronceadas e inexpresivas ante su angustia.

Al verse tratada de aquella manera, la invadió una gran furia. Era una furia entremezclada de temor, mientras se enfrentaba a los vigilantes. En épocas pasadas, los guardianes de un harem eran eunucos, pero en el presente se parecían tanto a un eunuco como el propio Razul. Instintivamente supo que eran guardias de alta seguridad del bey. Individuos que no cuestionaban lo que hacía, especialmente en lo que se refería a su actitud hacia la mujer.

Uno de ellos se inclinó y, con sus pupilas impenetrables clavadas en Agnes cerró la puerta en su cara, con deliberada calma. Ella se quedó allí cada vez más iracunda, casi desconcertada. Cuando las cuentas de la cortina tintinearón, se volvió asustada y contempló perpleja a la joven que acababa de entrar.

Se miraron una a la otra, como si ambas calibraran el contraste de su color de piel y de sus ropas. La chica egipcia era hermosa y morena; sus oscuros ojos almendrados estaban delineados con kohl bajo las líneas de sus cejas.

Arillos de oro colgaban de los lóbulos de sus orejas. Su cabello brillante era tan negro como el azabache, y su vestimenta se componía de múltiples capas de fina seda y de una bata color miel, con amplias mangas y puños bordados.

—Soy la princesa Jamaila —habló en un francés fluido acercándose a Agnes con un provocativo tintineo de las ajorcas que utilizaba; esta dirigió la mirada a sus delgados pies, pintados con alheña y se admiró del trabajo de orfebre con que lo habían hecho. En ellos se plasmaba el dibujo de un encaje que parecía real.

Agnes decidió que cualquier muchacha tan seductora como aquélla, y que además tenía el título de princesa, sería la favorita entre las mujeres del bey. Parecía nacida para pasar sus días y noches en un harem; una especie de muñeca, hecha para arrullarla entre cojines, cuya única función debía limitarse a ser acariciada por delgados dedos y admirada por ojos color ámbar de pestañas oscuras.

Una sensación de calor recorrió el cuerpo de la prisionera. Sus emociones eran una mezcla de rabia y mortificación al encontrarse en un sitio como aquél. Un lugar donde el bey de Karah daba rienda suelta a sus caprichos masculinos y era el dueño de todo.

—Debo... debo salir de aquí —habló distraídamente en francés—. Si me ayudas no te arrepentirás.

La exótica mujer la miró de arriba abajo, deliberadamente irónica.

—¿Crees que voy a provocar el enojo del amo Razul haciéndote caso? —sonrió perspicaz—. Es típico de una roumia creer que sólo tiene que pedir para recibir.

—Seguro que no deseas tenerme aquí —se esforzaba en lograr que su interlocutora sintiera celos.

—No te quiero aquí —admitió la princesa—, pero al amo Razul parece... que le gustas. Sería estúpido por mi parte ayudarte de cualquier forma que vaya en contra de sus deseos. Ven, desearás bañarte y cambiarte de ropa. Te serviré de intérprete.

Agnes la siguió, reacia. Entraron en los aposentos interiores del serai y examinó detenidamente un enorme salón totalmente oriental.

Una fina mezcla de madera labrada en plata servía de pantalla a las altas ventanas con antepechos. El incienso ardía en braseros de cobre, formando espirales de aromático humo, y había colgaduras de terciopelo ricamente bordado con aves y animales.

Aspiró el sensual aroma del lugar mientras observaba un amplio lecho rodeado por un dosel de fina seda que llegaba hasta el suelo. Frente a la cama se sintió enloquecer. Su cerebro se llenó de imágenes en las cuales Razul Kebir la tomaba a la fuerza en aquel mismo lecho.

Desesperada se volvió hacia la princesa Jamaila.

—¿No tiene sentimientos ese demonio? —preguntó—. ¿Son todos aquí tan insensibles como él?

—Tal vez usted sea la que carezca de corazón —refutó la princesa—. Tal vez le falten los sentimientos de una verdadera mujer.

—Ciertamente no soy su clase de mujer —replicó Agnes alejándose de la suntuosa cama con un estremecimiento de disgusto.

Mientras lo hacía se percató del tapiz que cubría por completo una de las paredes. Bordado de seda, representaba una joven con el cabello rubio, suelto hasta la cintura, a punto de sacar la mano de un cesto con frutas. La expresión de su cara era tremendamente angustiada. Sus ojos parecían llamear, como la diadema que llevaba alrededor de la frente.

—Se llamaba Rozmonde. Fue la hija de un cruzado que cayó en manos de un hombre que la mantuvo encerrada en una torre, separada de sus otras esposas. Pero una de éstas sobornó a un eunuco con una joya y cuando le llevó fruta a Rozmonde, entre ella iba un escorpión. Al introducir la mano para sacar un melocotón, una ciruela o una naranja, fue picada por el venenoso bicho y murió.

Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Agnes. Lion le había dicho una vez que había ciudades en el desierto donde los residentes vivían como si el tiempo se hubiera detenido. Lo había oído, fascinada, aun cuando la realidad de la ciudad entre las dunas era difícil de creer.

Sentada en el despacho de su abuelo, escuchándolo mientras le contaba cosas sobre los años pasados en la región, sobre los peligros y tentaciones del desierto, había llegado a creer que todo aquello formaba parte de la leyenda. Ahora, mirando a su alrededor podía comprobar que se trataba de algo real.

—Tengo mi orgullo —se dijo fieramente. Todo lo demás le había sido arrebatado, pero nadie podría quitarle el orgullo.

Le dio un poco de valor seguir a la princesa Jamaila al baño, palabra inapropiada, porque el hueco más bajo que el suelo, en forma de loto, podría contener una mesa de comedor con un docena de personas sentadas en torno a ella.

Los azulejos de las paredes, que formaban diseños atrevidos y detallados, eran del más suntuoso turquesa y jade.

Dos mujeres vestidas con túnicas, esperaban para atenderla.

—Por favor, dícales que se vayan —pidió a la princesa—. Puedo hacerlo yo sola perfectamente.

—Es la costumbre.

—No me importa cuáles sean sus costumbres —se indignó—. No son las mías y no voy a tener espectadores mientras me baño.

—¿Eres tan vergonzosa? —la princesa miró a las dos mujeres y murmuró algo en árabe. Inmediatamente sonrieron por lo que Agnes adivinó el contenido de su comentario. Su vergüenza no le importaría nada al señor del serrallo. Sus deseos eran lo más importante.

—No dudo que pueda haber muy poca vergüenza en un sitio como éste —replicó—. Una simple ojeada basta para ver que están dedicados a atender las órdenes y placeres de Razul Bey. ¡No me quedaré aquí un minuto más, tengo que salir de este lugar!

Intentó llegar a la puerta, esperando fervientemente conseguir la ansiosa libertad, que era lo único que importaba en aquel momento.

—¡Déjenme ir! —empujó a las que atendían el baño y corrió a la otra habitación. Las dos mujeres fueron rápidamente tras ella y se inició un furioso forcejeo en el cual se rompió la parte delantera de la camisa de Agnes. Su temperamento y su desesperación estaban tan agitados que peleó como un gato para liberarse.

En medio de la trifulca, la cortina se corrió hacia un lado dejando paso a quien era la causa de todos sus sinsabores y perturbada conducta.

—Dícales a estas miserables... —se detuvo, respirando agitadamente—. ¡Dícales que me suelten!

Él profirió algo en árabe y desaparecieron inmediatamente en el baño, de donde salió la princesa Jamaila. Le habló en francés, para que Agnes pudiera entender lo que decía.

—Libera a la roumia, primo. Es más una molestia que lo que vale. ¡Mírala!

Desgreñada y con el cuerpo pálido como el queso de cabra.

Agnes lo miró ceñuda, entre el cabello que le cubría la frente; y sintió un espasmo cuando Razul Bey la miró de arriba abajo. Sus ojos de tigre no perdieron detalle de su desarreglo, haciéndola sonrojar intensamente.

—¡Arrójeme fuera de aquí! —lo retó—. Ya ha tenido la satisfacción de ver a mi abuelo muerto, así que, ¿qué ganará con retenerme? No soy ni bonita ni sumisa como su prima. Estoy llena de odio. ¿Se da cuenta? —Estoy seguro —dijo suavemente—, que después de que se haya bañado y vestido con una prenda digna, se sentirá como una persona diferente. Se relajará y descansará cuanto necesite.

—Lo que necesito es estar en algún sitio donde no tenga que volver a ver su cara nunca más —se quitó el pelo de los ojos, que brillaban asombrosamente azules en su pálido semblante—. Envíeme a Bar-Soudi y yo... no diré una palabra sobre esto —su voz se quebró, dudó y en seguida continuó—: ¡Juro que no lo haré!

Durante un tenso momento, él la miró; luego la princesa Jamaila habló: —¡Hazlo, primo! ¡Deshazte de ella! Es como una avispa rabiosa, preparada para clavar el aguijón. Seguro que no la necesitas.

—Jamaila —volvió la cabeza con lentitud, puesta la mirada sobre el bello rostro color de miel, de desdeñosos labios—, aún no ha llegado el momento de que ningún miembro de la tribu me dé órdenes. Eres la hija de tu padre en todos los aspectos, pero yo soy la cabeza de la casa, las tiendas y cada centímetro de terreno. Hago lo que me place sin pedirle permiso a ninguna mujer,

aunque sea tan adorable como tú.

—Sólo pienso en tu bienestar —los ojos almendrados lanzaron dardos sobre Agnes—. Tengo el presentimiento de que esta roumia te traerá mala suerte. Debe de ser suficiente con la muerte del viejo francés, ¿no? ¿Por qué molestarse por la nieta?

—¿Por qué? —su mirada era enigmática, no había forma de decir qué decidiría, razón por la cual su prisionera contenía el aliento, rezando para que olvidara que lo había llamado perro y mentiroso.

Durante unos extraños minutos se mantuvieron en un silencio que estuvo a punto de romper cuando él se abalanzó, como lo había hecho en El Oasis, y la levantó en brazos. Demasiado sorprendida para resistirse, la llevó al baño y la arrojó al agua.

Ella jadeó y manoteó mientras él, parado en la orilla, se reía de ella. —¡Monstruo! —farfulló—. ¡Bruto!

—Disfruta del baño —se burló—. Te calmará y relajará tus nervios después de la prueba de anoche. Pronto te sentirás agradecida por las comodidades del serai.

La burbuja de esperanza que Agnes había creado, explotó y la abrumó, llenando sus ojos de lágrimas. Se dio la vuelta para ocultarse de su escrutinio y sumergió la cabeza. Nunca la vería llorar. ¡Nunca!

Supo que se había ido cuando las mujeres empezaron a hablar entre ellas. Con un encogimiento de hombros se arrancó la destrozada camisa y se desprendió del resto de la ropa. Lo arrojó todo fuera y procedió a lavarse en lo que, después de todo, era el más lujoso baño que había visto en su vida. Semejaba un loto hecho de alabastro y podía nadar en él si lo deseaba.

¿Qué dirían las buenas hermanas si pudieran verla ahora? Se quedarían pasmadas y sentirían lástima de que una de sus alumnas estuviera en un lugar como aquél. Seguro que rezarían por la salvación de su alma.

Incluso en medio de su autocompasión, no guardaba dulces recuerdos de su niñez, que había pasado en el rígido internado. Haber ido a vivir con Lion fue como escapar de una prisión. Al ver el desierto por primera vez, se había maravillado de su magnitud, de su gloriosa soledad que, de alguna manera, le había liberado el espíritu, una libertad sin ataduras después de una vida de restricciones.

Había aprendido a montar y pronto se había convertido en la clase de nieta que Lion parecía querer. Había aprovechado las lecciones, y al poco tiempo, se sintió a gusto en la silla de su caballo árabe, así como haciendo diana en los blancos que su abuelo fijaba cuando le enseñaba a tirar... ¿Por qué vaciló en disparar en El Oasis? Podía haber acabado fácilmente con Razul Kebir.

Claro que luego hubiera caído en manos de sus hombres, que esperaban en la niebla producida por la tormenta, agazapados junto a sus camellos como figuras tenebrosas.

Seguro que no habrían tenido piedad. Esto lo sabía, como tampoco ignoraba que el bey había enturbiado deliberadamente la confianza que tenía en el amor de su abuelo.

Salió del baño chorreando y una de las mujeres la ayudó a ponerse un albornoz. La invadió cierto grado de adormecida aceptación, y casi como un autómatas aceptó sus servicios. Secaron cepillaron y desenredaron su cabello y le arreglaron las uñas de los pies y de las manos y la habrían pintado con alheña si lo hubiera permitido.

Mordiéndose los temblorosos labios permitió que la vistieran con una túnica de tan delicada seda que apenas sentía su peso. La condujeron a la otra habitación, ahora sin la princesa y el bey, y la escoltaron hasta el lecho que había llenado su mente con tantas imágenes chocantes. Se deslizó entre los cojines y se sintió atrapada, como una polilla, cuando el dosel se cerró alrededor

de ella.

Deseaba dormir. Tal vez cuando despertara se encontrara con que El Oasis no había sido destruido por la tormenta y el fuego. Escucharía la voz de Lion pidiendo café. Tal vez sólo había imaginado que un cruel extraño la había llevado a su palacio en el desierto.

Reclinada sobre un costado, abrazando un cojín para mayor comodidad, Agnes se sumió en el sueño. Estaba tan cansada que apenas se movió. Su estilizado cuerpo se advertía a través de la diáfana tela de la túnica color trigo. El edredón sobre el cuál yacía contrastaba con su rubia cabellera, que daba a su cara una vulnerabilidad conmovedora.

Una alta figura abrió las cortinas de la cama con una mano que resultaba muy bronceada contra el brillo de la blanca seda. Miró intensamente a la inmóvil durmiente, y sus ojos recorrieron desde su rubio pelo, su esbelto cuello, sus bien torneados hombros y hasta sus senos, ya que la seda revelaba más de lo que ocultaba.

Se quedó durante un tiempo indefinido junto a la cama. Su cara era una máscara dorada que no mostraba ni sus pensamientos ni sus sentimientos; y, al fin, de forma tan silenciosa como había entrado, abandonó la estancia.

Agnes se despertó mucho después, tan confusa que creyó estar en El Oasis. Pensó que la mujer que estaba a su lado era una de las sirvientas de Lion, pero enseguida se dio cuenta, reteniendo el aliento, de que aquella mujer tenía una piel muy oscura y usaba turbante.

—¿Está despierta la lel-lab? —se inclinó hacia Agnes y la estudió detenidamente.

La joven se sentó evocando cada detalle de lo ocurrido aquel día. Su abuelo y su casa entre árboles frutales habían sido engullidos por las llamas y ella se encontraba prisionera en el palacio de Razul Bey.

—Soy Kasha, aya de amo Razul cuando era niño —la mujer pronunció un francés gutural que Agnes no tuvo dificultad en entender—. Su eminencia me pidió que me pusiera a su servicio, lel-lab, y haré lo que sea para complacerlo.

Los labios de la joven se curvaron con disgusto:

—No estaré aquí mucho tiempo, así que no ha debido molestarse. Puedo cuidar de mí perfectamente.

Kasha mostró sus brillantes dientes en una sonrisa fugaz.

—El tiempo que se quede será decidido por el amo Razul y es la costumbre que cada kadin tenga una sirvienta.

—¿Qué significa esa palabra? —preguntó Agnes con rapidez—. ¿Kadin?

—En su país sería... amante —al hablar, la mujer tocó el gran broche de plata que sostenía la túnica en su hombro.

—No soy nada de eso —exclamó—. ¡Cómo se ha atrevido a decir algo semejante!

—Es lo que se cree, lel-lab. ¿Para qué más la habría traído a su serai?

—Porque es un bruto y un demonio! Porque... ¡Oh, Dios! ¡Lo odio tanto! —se sintió intensamente entristecida por una emoción más violenta que cuando se encontraba al lado de la cama de Lion. La realidad de su muerte había sido muy dura de aceptar pues la había dejado sola, como una extranjera en una tierra extraña.

Y aquella presunción de que era la nueva amante del bey, sólo un término decente para significar un juguete o una esclava, era insufrible. La hizo sentir e imaginarse cosas más terribles que la misma muerte.

—Tal vez se sienta un poco atemorizada de él —se encogió de hombros al hablar. Demasiado tiempo al servicio del bey le impedían sentir compasión por una joven reacia o por su miedo ante

el hombre.

—¡Ojalá le hubiera disparado al corazón! —Agnes miró alrededor, con los ojos espantados, dándose cuenta de que estaba metida en una jaula aunque fuera tan hermosa como aquella—. No imaginé nada parecido. ¡Traerme aquí y encerrarme, como si fuera un objeto del mercado de esclavos! ¡No puede hacerme esto!

—¡Silencio!—la sirvienta puso su morena mano sobre el tembloroso hombro de la joven—. Si hubiera dañado al bey, usted habría pagado con algo más que con su cuerpo. Sus hombres le hubieran cortado el cuello.

—Lo habría preferido...

—No —negó la sirvienta—. Es joven. Tiene una larga vida por delante. —¡Qué vida! —exclamó—. ¡Encerrada en este... este burdel!

Kasha la reprendió:

—Será mejor que acepte las cosas como están. El amo se ha entusiasmado con su pelo rubio y su blanco cuerpo y sobre todo, por el hecho de que aún sea virgen.

—¿Cómo puede estar seguro de eso?

—Los orientales muy rara vez se engañan en tales asuntos...

—Yo no soy de Oriente, soy de Inglaterra y pude... haber tenido docenas de hombres.

—Si fuera así, sería maltratada, leb—lab. Pero no lo es. Tiembla una joven que nunca ha conocido varón. Que Razul Bey vaya a ser su primer hombre no significa nada terrible. Es el jefe supremo de una gran casa. Es admirado por su valor y por la fuerza de su carácter.

—Apuesto a que no es... amado —Agnes lanzó las palabras con veneno.

—Para amar a un hombre de gran poder se requiere también una mujer de gran carácter.

—¿Cuántas mujeres posee?

—En el transcurso de los años han sido numerosas las que le han sido presentadas —replicó.

—Así que su serallo estará repleto.

—¿Le molesta eso a la leb—lab? —Kasha sirvió limonada y le pasó el vaso. Era refrescante y Agnes la bebió con placer.

—¡Me importa un comino cuántas tiene! Lo que no me gusta es ser una de ellas. Sí, por favor, quiero más limonada.

Kasha volvió a llenar el vaso.

—Hay aspectos muy positivos en el hecho de ser la mujer de un Señor del Desierto.

—¿Por ejemplo? —preguntó.

—Podría hacer que la amara.

La joven miró asombrada.

—Quiero que me odie —replicó—. De esa forma estaré libre de él. Me mostraré tan aburrida, tan indiferente, que me dejará marchar.

—¿Lo encontrará usted aburrido?

—No tenemos nada en común —arguyó—. Somos de diferentes culturas y raza. ¿Qué podríamos encontrar para... discutir?

—Tal vez discutir con usted no es lo que él desea.

El significado de las palabras se clavaron en la joven como espinas y el vaso tembló en su nerviosa mano. Lo puso a un lado cuidadosamente para ganar tiempo, haciendo esfuerzos para no desmayarse de miedo, ante lo que Razul Bey parecía reservar para ella.

—No soy virgen, —dijo finalmente—. Debo ir a decírselo. Hablaré de mi amante inglés. El soldado a quien veía en secreto, cuando tenía diecinueve años. Solía saltar la valla del convento y

él me esperaba bajo su roble. No pude resistirlo. Estaba tan atractivo con su uniforme que le permití hacerme el amor.

Era un cúmulo de mentiras, por supuesto, pero estaba desesperada. Si Razul Bey llegaba a pensar que no era virgen, tal vez no quisiera tocarla.

Era orgulloso, rudo, cruel, pero quisquilloso en lo que a aquello se refería.

La muchacha se arrodilló en la cama, tratando de no fijarse en que su cuerpo era visible a través de la diáfana túnica. Tenía que comportarse con impudicia para convencer a Kasha de que su historia era verdadera.

—Él debe saberlo —comentó—. Porque soy rubia y de piel clara parezco joven e inocente, pero no lo soy. Mi soldado inglés besó cada rincón de mi cuerpo. Sus manos me acariciaron y lo aprendí todo con él.

La criada la miró duramente.

—Quiero que sepa la verdad sobre mí —explicó con la impetuosidad de la verdad—. Si no le habla sobre mi soldado, lo haré yo. No debería estar tan sorprendido. Odiaba a mi abuelo y decidió que no era un hombre íntegro. No puede esperar que yo sea un ángel sólo porque tengo el pelo rubio.

Saltó de la cama y se detuvo provocativamente, ocultando en lo más profundo el daño que le causaba su desvergonzado comportamiento. Dos años con Lion no habían eliminado lo que las monjas habían imbuido en ella. Que la carne debía estar sometida al espíritu. Que los apetitos del cuerpo debían ser saciados sólo por amor.

—Hágalo —dijo Kasha—, pero no se sorprenda mucho si no la envía a Bar-Soudi. A través de los años, como le he contado, le han sido presentadas numerosas mujeres, pero con frecuencia las ha casado con alguno de los oficiales de su guardia. ¿Cómo puede estar segura de que no hará lo mismo con usted?

—¡No se atrevería! No puede ser tan despreciable. Kasha se encogió de hombros.

—Hay casas de mala reputación donde no todas las que allí trabajan tienen piel oscura. Mi consejo, leb—lab, es que sea sabia y no tonta al tratar con mi amo. Actúe como un ángel, si no quiere que se porte como un demonio.

Las palabras danzaban desesperadamente en el cerebro debocado de Agnes... Al parecer estaba tratando con un hombre que la había robado como si un ladrón hubiera deslizado la mano dentro de algún bolsillo y hubiera sacado una cartera. Y como el ladrón, tomaría de ella lo que quisiera y luego la arrojaría a un lado.

—Usted lo conoce bien, puesto que lo cuidó cuando era joven.

—Lo conozco lo suficiente —aceptó—. Trátelo como lo haría con el desierto mismo. Está en la naturaleza de un hombre de El Karah ser impredecible en sus tratos con una mujer; pero si es lista, entonces podrá obtener una fortuna de su relación con él.

Agnes abrió mucho sus ojos, mirando a Kasha, quien afirmó con la cabeza.

—Él es generoso y si le regala joyas, podría comprar su libertad.

La posibilidad de ser dueña de sí misma otra vez, libre para vestir como quisiera y libre para regresar a su hogar en Inglaterra, donde un sol templado y un campo verde no creaban individuos como Razul Kebir, la hizo sentir incluso dolor físico.

Sus pensamientos la trasladaron a El Oasis. Desde la primera vez que él entró en la casa de la plantación, supo instintivamente que le acarrearía problemas. «Su abuelo me la ofreció a cambio de El Oasis», había dicho y Agnes se preguntaba ahora si Razul había aceptado el ofrecimiento.

Capítulo 4

Se apreciaría en su apariencia, se vería en sus ojos, que su vida estaba a punto de cambiar? Se miró en el espejo y se sintió extraña vestida con aquellos exóticos ropajes que iban a obligarla a utilizar.

Los pantalones eran de seda tan delicada al tacto que se sentía desnuda, aunque su semi-desnudez quedaba oculta por la maravillosa túnica de color perla y plata.

Le había rogado a Kasha que le diera un atuendo menos costoso y llamativo, pero ésta le había respondido que debía estar deslumbrante cuando fuera a comer con el amo Razul. Debía comprender que si él daba una orden, esperaba que se cumpliera y aquella era una de esas órdenes. Debía aparecer lo más hermosa y elegante posible.

Su rubio cabello estaba suelto, pero enlazado con finísimas hebras de oro que le daban un aire luminoso. Le habían puesto un ligero toque de kohl en los ojos, produciendo una mirada sensual, misteriosa y seductora. Había desaparecido la chiquilla retozona de Lion y estaba segura de parecerse a cualquier esclava transportada en una caravana.

Odiando el brillo de sus piernas a través de los pantalones, odiando todos sus atributos femeninos en aquel ambiente, Agnes se apartó del espejo y se detuvo, sin expresión, mientras Kasha trataba de interesarla en unas redomas de cristal que contenían perfumes.

Debía escoger, insistía la sirvienta. Cada una de las esencias era atara, algo que la impregnaría de fragancias embriagadoras. Eligió un frasco al azar, lo destapó y se sintió asaltada por un penetrante olor que parecía como surgido de un jardín de jazmines. Intentó sacudirse aquella imagen de su mente porque no debía dar cabida en ella a tales romanticismos. En ningún momento debía permitir que aquel lugar la sedujera.

—Este —dijo y aplicó un poco en sus muñecas desnudas. Sonrió con ironía al hacerlo. Los perfumes estaban prohibidos en el colegio, y cuando fue a vivir a El Oasis había usado pantalones y camisas durante el día y por las tardes vestidos sencillos, mas austeros que frívolos. Aun cuando visitaban al souk en Bar-Soudi no había sido tentada a comprar esencias orientales—. ¿Le parece bien? —sostuvo la muñeca hacia la mujer que había llegado a convertirse en su única amiga en el palacio.

No podía tener secretos con ella porque necesitaba su amistad, si deseaba conservar la cordura, encerrada en una tierra extraña cuya localización era un misterio para ella.

Kasha cogió el tapón de manos de Agnes y lo cerró.

—Sobre la piel es inofensiva —dijo—, pero tomadas unas cuantas gotas serían mortales.

—Esencias venenosas —sonrió—. Qué apropiado para una cita con un bárbaro. Tal vez debiera llevar el frasco conmigo. Hum, es una idea interesante.

—Una idea que debe borrar de su cerebro —Kasha guardó los letales perfumes en una cajita de laca que tenía un pájaro negro grabado en ella; con una expresión que la hizo parecerse a Lion Lacroix, alzó una muñeca y olió su piel.

La criada la examinó críticamente de la cabeza a los pies.

—El amo Razul estará complacido con usted —dijo, con acento de inseguridad.

—Estoy rara —sonrió tristemente. Los vestidos como aquel habían sido diseñados para una voluptuosa morena y ella sabía que era tan delgada que se encontraba mucho mejor con un traje de

montar—. Que sea para bien. No quiero parecer demasiado llamativa.

—Es usted... diferente —opinó la sirvienta despacio, con un significativo tono de voz que hizo que su interlocutora se estremeciera. Tenía una anormal inocencia, producto de los años pasados en el convento y de su soledad en El Oasis, pero sus instintos surgían dolorosamente vivos en el serallo. No podía pretender que sería tratada como una huésped. Razul Kebir ya la había besado con una devastadora indiferencia hacia sus sentimientos.

Apretando los dientes, Agnes volvió a mirarse en el espejo y se sintió como alucinada. Aquella criatura cubierta de perlas y plata que se reflejaba en el cristal era tan irreal como un ídolo; sintió una frenética urgencia de arrancarse los vestidos, pero una alta e imponente figura entró silenciosamente en la habitación y se lo impidió.

La observó en silencio con una clara expresión admirativa que no le pasó inadvertida a la joven. Con los ojos llameantes se volvió hacia él, lo que fue un error. Inmediatamente se dio cuenta de su proximidad, de su estatura y del aire de dominio que escapaba de su persona, cubierta con un caftán de pesada y oscura seda.

Todo él mostraba la fuerza de un señor del desierto, lo que suponía que, en el estado emocional de Agnes, se le antojase atractivo y terrible como alguno de los tiranos de los remotos y crueles tiempos, cuando mandaban degollar a cualquiera por el más leve signo de rebelión.

—Bien, habibiti, estás mucho mejor después del baño y de haber descansado —posó la mirada sobre ella, fijándose en cada detalle de su cuerpo. Dijo algo en árabe a Kasha y ésta los dejó solos.

—Estos ropajes... —empezó a decir Agnes—. Me siento incómoda con ellos. Parezco una odalisca.

—Te pareces, sí —replicó él divertido—. Pero piensa que pude sugerir que comieras conmigo con la camisa que usaste para dormir.

Le observó, notando las largas y negras patillas.

—Femme blonde —murmuró—, tienes ojos que brillan como joyas. ¿En qué piensas?

—Creí que usted no necesitaba hacer este tipo de preguntas, ya que tenía acceso a los pensamientos de los demás —rebatió—. Supongo que anduvo espionando por aquí, mientras dormía, y... me echó un vistazo.

—Sí, un buen vistazo —confesó—, pero, sin importar si mis intenciones eran buenas o no...

—No lo serían —lo acusó—. Usted no tenía derecho a tratarme como a una de esas mujeres. Soy inglesa.

—En parte francesa. El pelo rubio y el temperamento galo son una combinación intrigante. Fuego y hielo.

—Usted es inaguantable, sin escrúpulos y arrogante —le espetó.

—¿Eso es todo? —preguntó lentamente—. Seguro que hay más que decir y es mejor que lo hagas antes de que compartamos la mesa. No me gustaría que tuvieras indigestión.

—Es usted un insufrible fanfarrón. Sólo porque tiene determinado rango, se imagina que es superior a mí y que puede comportarse a capricho. Es criminal lo que me está haciendo.

—¿Qué estoy haciendo? —se burló—. Me parece que tienes aposentos lujosos y prendas que han costado mucho dinero.

—¿No lleva registros de lo que gasta en ropas para sus... concubinas? —preguntó sarcásticamente.

—No hay necesidad.

—¿Y qué se supone que significa eso, amo Razul?

—Seguramente que tu vívida imaginación puede suministrarte los detalles —sus ojos eran burlones—. El serai de un bey no es ni Ascot, ni París. Durante el día el clima aquí, en El Karah, es muy caliente. En tales circunstancias una mujer se sentiría cómoda con el menor número posible de prendas, porque, como tú sabes, las mujeres orientales pasan gran parte del día dentro de casa. Solamente durante frescas tardes salen al jardín de la azotea o a la terraza, y allí es precisamente donde nosotros vamos a disfrutar de nuestra cena.

Salió, llevándola firmemente asida de la mano.

—Ven, el aire fresco del jardín te ayudará a tranquilizarte. ¡Por Alá! Si no hubiera sabido que eres nieta de Guillaume Lacroix, lo habría adivinado.

Agnes obedeció, pero sin rechazar la idea de rebelarse. Cruzaron el patio alumbrado por la luz de las estrellas. Entraron en una torre a través de una arcada, de donde partía una angosta escalera en forma de espiral, que les condujo al techo almenado del palacio.

Un par de discretos sirvientes vestidos de blanco estaban preparados para servirles en una mesa puesta donde abundaba la reluciente plata.

La joven se detuvo, sorprendida, iluminado su rostro por los colores verdes, topacio, y rubí, de las lámparas.

—Siéntate.

Lanzó una mirada al hombre que había organizado la romántica cena.

Detrás de sus ojos, sombreados por las espesas pestañas, se mostraba insensible, un bruto rudo y sin entrañas. Sin embargo, en aquel momento, enfundado en su caftán con los sobrios colores azules de su rango y enjoyado con gemas igualmente sobrias, aparecía altivo, orgulloso y distinguido. Un bárbaro con un añadido de cultura, se dijo ella.

—Se enfriará la comida —Agnes se deslizó entre los cojines; cuando él hizo lo propio y notó su indescriptible cercanía, se puso tensa y aspiró casi sin quererlo—. ¿Tienes hambre?

Dudó, determinada a mostrarse indiferente al dios de cara amable en tanto le servían rajadas de melón y langostinos gigantes, absolutamente apetitosos. Abrió mucho los ojos cuando vertían un extraño líquido dorado en un par de vasos de cristal.

—Es vino destilado de dátiles —explicó Razul Bey, en tanto pelaba un langostino y lo comía—. Pruébalo, habibti.

Lo hizo mientras se preguntaba qué significaba aquella palabra.

—¿Te gusta el vino? —preguntó, y la luz de la lámpara se reflejó en su rostro. Parecía un tigre de terrible belleza tratando de ocultar la amenaza y pretendiendo ser civilizado.

—Es agradable —admitió—. ¿Es fuerte?

—Tal vez, para un paladar como el tuyo.

Se comió el melón y un delicioso trozo de marisco y lo miró interrogante. En la mesa era casi imposible mantenerse tan distante y aburrida como había planeado. La comida era demasiado excepcional... y la compañía muy provocativa.

—Tú nunca has satisfecho tus apetitos —dijo él, bebiendo del vaso—. El blanco de tus ojos parece cristal. De hecho, son adorables. Intensifican lo claro de tu piel y cabellera.

—No deseo sus lisonjas, amo Razul —su voz era helada y su mirada dura—. No soy una belleza; simplemente distinta a todas sus otras mujeres. —Todas mis otras mujeres —se burló—. ¿Cuántas crees que son?

—Creo... creo que bastantes—bebió de nuevo y evitó la perturbadora profundidad de sus pupilas.

—¿Te importa? —arqueó una ceja—. ¿Te gustaría ser el único terrón de azúcar en mi taza?

—Me gustaría ser la gota de veneno —contradijo enfáticamente.

Razul se rió con una risa que parecía surgir de lo más profundo de su pecho.

—Nunca te falta una réplica. Pero tu agudeza, babibti, resulta para mí más un placer que un dolor.

—Pensé que a los hombres de El Karah les gustaban las mujeres sumisas, con pocas opiniones que exponer.

Ahora fue una sonrisa la que curvó su boca tan profundamente marcada como todos sus rasgos.

—¿Alguna vez has comido cuzcuz? —interrogó antes de responder. Negó con la cabeza. Un sirviente levantó la tapa de un recipiente donde apareció un montón de sémola humeante, con trozos de carne de pollo, rodeado por trocitos de médula en salsa, maíz y patatas, así como pequeñas zanahorias. No sólo era apetitoso a la vista sino que olía exquisitamente y a Agnes se le hizo la boca agua.

—Es tradicional comer de un solo plato, pero puedes usar tenedor y cuchara, a menos, por supuesto, que prefieras utilizar los dedos.

—¡Oh, no! —había sido educada demasiado rígidamente por las monjas en Inglaterra para permitirse coger un muslo de pollo, como él había hecho, y morderle la carne con sus fuertes dientes. Sabía que la miraba divertido cuando era incapaz de imitar su destreza haciendo bolas con la pasta que se metía a la boca.

Agnes estaba segura de que había escogido deliberadamente aquella forma tan íntima de cenar, para remarcar sus costumbres extranjeras, como si quisiera transmitirle que ella tenía que aprender a vivir con sus hábitos.

—Resulta sorprendente que la nieta de Guillaume Lacroix tenga reservas de ningún tipo —él comía sin ninguna restricción y le fastidiaba que no derramara nada de los dedos. En comparación se sintió torpe.

—No... no quiero hablar de mi abuelo —dijo limpiándose la salsa de un lado de la boca—. No quiero escuchar sus insultos contra él.

—¿De qué te gustaría hablar? ¿Del desierto? Tiene muchos nombres, ¿sabes? Incluso ha sido llamado el jardín del deseo.

—Es un lugar asfixiante —su voz fue mordaz.

—Entonces, ¿por qué permanecer en El Oasis, rodeada por el desierto?

—No tenía ningún otro sitio a donde ir... —se detuvo al darse cuenta demasiado tarde de que su interlocutor la había atrapado con supregunta—. No le importa a usted lo que yo piense o sienta.

—Tus sentimientos no me los has ocultado precisamente —repuso.

—Debe de ser un cambio para usted, amo Razul, ser despreciado desde el fondo del corazón de una mujer.

—¿Te imaginas que todas las demás están enamoradas de mí?

—Prefiero decir que usted así lo cree y... pienso que ellas también le temen y no se atreven a decirle algo diferente a lo que usted quiere oír. Tú no tiembles, ¿verdad?

—Usted es un libertino del desierto y yo lo detesto por haberme traído aquí.

—¿A esta casa de desenfrenada lujuria? —se rió e hizo señal de que quitaran el plato—. Tal vez unos pasteles a la diable endulcen tu cortante lengua.

—Ya he comido suficiente. ¡Maldita sea su arrogancia! —Agnes se estaba preparando para arrojarle el vino a la cara cuando él, agarrándola por la muñeca, la detuvo.

—Yo no lo intentaría —amenazó en voz baja y sibilante—. Pudieras encontrarte con algo que

no espera.

—Y... y... yo —se frotó la muñeca dolorida—. Por lo que sé, usted sucedió al viejo cadí.

—Cierto, llegué al poder por elección, no por herencia —sus ojos la retenían casi de forma hipnótica—. Su hijo carecía de lo que se requiere para ser un líder y aunque su hija, la princesa Jamaila, tiene más espíritu, la tribu no la hubiera aceptado.

—Naturalmente. Hubieran considerado humillante recibir órdenes de una mujer. Usted personifica todo lo que esperaban, especialmente por su actitud machista. Es un ejemplo viviente de la superioridad masculina, por no mencionar la codicia. Ahora tiene El Oasis, o lo que queda de la plantación.

—Hay pozos en el terreno.

—Por su actitud, creí que serían pozos de petróleo.

—Tienes la inteligencia de una colegiala. Estás menos instruida en los caminos de la vida que la más joven Sint de la provincia de El Karah. Necesitas lecciones sobre cómo ser una auténtica mujer.

—¿Y usted va a ser mi maestro? —trató de hablar con fría indiferencia, pero había cierta insinuación en su comentario que atizó el temor hacia sus intenciones—. ¡Le gustaría verme vencida a sus pies, pero nunca lo conseguirá! —comentó aparentando más valor del que sentía.

Desechó con un gesto su objeción y les habló en árabe a los sirvientes. Uno de éstos salió para cumplir la orden del bey.

Agnes contempló las estrellas y sintió un escalofrío. Su mirada se posó en la pared almenada de la azotea y sintió la necesidad de correr hacia ella y tirarse por uno de los huecos de la muralla hacia el empedrado del patio.

—Vamos, habíbtí, admite que encuentras fascinante el desierto. con un estremecimiento volvió de sus oscuros pensamientos y miró al hombre.

—Esa cordillera es la Ghelb e Ahib —dijo.

—Pero tú no conoces el árabe, ¿o sí? ¿Sabes lo que ese nombre significa?

Agnes movió la cabeza negativamente; en verdad no le interesaba el tema. El desierto y las montañas formaban parte de su prisión, como el palacio mismo, sus bastidores y torres, cuyos contornos se perfilaban contra el cielo.

—Esa sierra se conoce como «El Corazón del Esclavo» —prosiguió Razul mientras saboreaba el vino—. Uno de estos días cabalgaremos hasta allí, pues corresponde a mi territorio.

—¿Uno de estos días? ¿Cuánto tiempo tiene planeado mantenerme aquí? —Digamos que hasta que ya no me diviertas.

Sus ojos recorrieron su indignado rostro.

—¿No lo crees? —se acercó más a ella; su virilidad era manifiesta—. los aspectos de un país constituyen el carácter de una persona, pero cuando llegaste al desierto, tus necesidades sufrieron un cambio. por ejemplo, descubriste lo excitante que podría ser cabalgar por las doradas dunas. ¿Nunca imaginaste que eras vigilada mientras montabas?

—¿Por usted?

—Por supuesto. ¿No debería haberme mostrado curioso sobre la joven colegiala inglesa que se suponía poseedora de todas las virtudes?

La joven se sonrojó y sintió alivio cuando los sirvientes aparecieron con el postre, junto con los elementos para preparar café filtre.

Cuando el criado les sirvió, recogió los platos y salió, dejándolos solos de nuevo en la terraza del palacio, bajo un manto de estrellas; el aire estaba tan quieto que los aromas de la noche

parecían crear un extraño perfume que se mezclaba con el olor a café.

La muchacha percibía nítidamente que Razul Bey no tenía intención de permitir que nadie los molestara, ahora que la opípara cena había terminado.

—¡Qué maravillosa noche! —exclamó él—. Me gustaría fumar un puro, si no tienes inconveniente.

—Ninguno —replicó rápidamente, contenta de ver sus manos ocupadas con el encendedor y el cigarro.

El hombre se recostó en los cojines. A los ojos de la joven un tigre humano, sin un ápice de pesar a causa de sus acciones. Era su Excelencia el padisbah, que podía obrar como quisiera con cualquier mujer.

—Para ustedes, las mujeres no tienen alma, así que no cuentan —verlo tan calmado, había aumentado su mal humor.

—Alá les dio otros atractivos, otros encantos —comentó perezosamente.

—Y usted piensa que tiene derecho a esos encantos, esté o no de acuerdo la mujer, ¿no es así?

—Me sorprende su gran percepción —su mano se movió y Agnes sintió que algo caía en su regazo lanzando deslumbrantes destellos.

—¿Qué es esto? —miró hacia abajo como si él le hubiera lanzado un escorpión.

—Cada mujer debería poseer algunas joyas. No tantas como una bailarina de cabaret, pero sí piezas escogidas para complacerla y halagarla.

—Es un diamante —dijo, sin atreverse a tocarlo.

—Un diamante hace juego con tu fuego helado, ¿no estás de acuerdo?

—¡No lo quiero!

—Nunca rechaces algo que valga la pena conservar. Es una piedra muy fina, con la cadena de oro. ¡Póntela! Me gustaría vértela colgada del cuello.

—¡Le digo que no la quiero! —estuvo tentada de arrojarle a la cara el enorme diamante, pero algo la detuvo; tal vez darse cuenta de que la forzaría a utilizarlo y sus manos tendrían que tocarla.

Entonces, insidiosamente, recordó lo que Kasha le había dicho... que si tenía joyas, podría comprar la libertad.

Poco a poco, levantó el colgante de su regazo, sintiendo su peso y viendo cómo sus vetas despedían un fuego cegador. No había duda de que era muy valioso y que su arrogante dueño debía de sentirse muy seguro de su dominio sobre la gente para no importarle desprenderse de tal joya.

—¡Póntelo! —insistió.

Lo hizo lentamente, notando en el cuello el peso de la cadena de la que pendía el diamante en forma de corazón.

—Me siento como una danzarina exótica.

Él pareció divertido por el comentario.

—¿Bailas, habibti?

—No, y si lo hiciera, no sería por gusto —tuvo una rápida pero vívida imagen de sí misma siendo obligada a bailar con una gema en el ombligo. Había observado a estas bailarinas en los cafés de Bar-Soudi.

Tales vistazos a la vida oriental la habían intrigado bastante, pero ahora que se encontraba en el ojo del huracán, se sentía atormentada por un sentimiento muy diferente.

—¿No te enseñaron a dar las gracias cuando recibes un regalo? —No son regalos. En todo caso, un pago.

—Así que ahora estoy pagándote por tu mal humor y tus venenosos comentarios sobre mi carácter.

—No me culpe de que usted sea un delincuente.

—Soy un villano rapaz y tú mi amable cautiva, ¿no?

—Sí.

Él reaccionó con un ligero encogimiento de hombros.

—En apariencia, así es; pero, ¿se te ha ocurrido pensar que puedo estar afirmando mis derechos?

—¿Sus... qué? —su pulso se alteró. ¿Sería cierto que Lion acordó algún infame trato con aquel hombre? Se negaba a creerlo, mas no podía dejar de recordar la horrible expresión del rostro de su agonizante abuelo, gritándole algo que no llegó a entender.

—Estás tratando con un hombre de El Karah —hizo una breve pausa mirándola fijamente—. Creemos en la obligación de retribuir y ¿qué es una mujer en comparación con la deliberada destrucción de una enorme casa?

Agnes se relajó ante la respuesta.

—¿Así que estoy aquí porque quemé la vivienda de la plantación?

—Por supuesto —dijo mirándola y observó el cielo, donde una estrella parpadeó un momento escapando a su vista—. Una estrella fugaz, en nuestra mitología, es una flecha lanzada por Alá a un demonio que trataba de fisgar en el paraíso.

—Un paraíso superpoblado de hombres —comentó la joven acerbamente—. Si no me equivoco El Corán especifica que únicamente los hombres alcanzarán el cielo a su muerte.

—Se espera que unos cuantos lo logren en vida —tiró la colilla del puro, cogió un racimo de uvas negras y se lo pasó a su acompañante.

—Gracias —dijo amablemente.

—¿Así que unas cuantas uvas te complacen más que un diamante? —la estudió, en tanto lanzaba una uva a su boca y la masticaba—. ¿Te enseñaron las mojas a mirar las cosas mundanas como si tuvieran poco valor?

—En efecto —las uvas eran dulces, pero no empalagosas. Estaba claro que el hombre no veía los lujos como algo que pudiera malograr sus oportunidades de ganar el cielo.

—Por eso no vacilaste en incendiar El Oasis.

—¿Lo lamenta, amo Razul? —preguntó.

—Se me ocurre que destruiste cosas que eran tuyas al morir Guillaume Lacroix.

—¿Qué hubiera hecho con muebles y retratos familiares, cuando usted tenía la intención de echarme de allí? —Agnes se estremeció; luego bajó la mirada, con el pelo velando su cara—. No siento haberla quemado. Creo que a Lion le hubiera gustado.

—Su funeral pagano; sólo faltó el perro a sus pies.

Se separó el cabello con un ademán desafiante.

—Si mi abuelo tenía orgullo y obstinación, ¿espera que yo sea diferente?

—Tu orgullo y obstinación son los de una joven traviesa, un poquitín salvaje.

—Sé... sé perfectamente lo que está pensando. No es más que un miserable.

Lo que aquel parlamento significaba quedó flotando en el aire; luego él dijo suavemente:

—Demonios de mujer, estás pidiendo recibir una lección que no olvidarás nunca.

Se movió de improviso, con la felina agilidad con la que la atacó en El Oasis. La agarró antes de que ella se diera cuenta de dónde estaba. La tenía prisionera bajo su musculoso cuerpo, las manos sujetas por las de él para que no pudiera arañarle la cara. La miró con ojos fulgurantes.

Capítulo 5

AGNES se retorció, tratando con todas sus fuerzas de liberarse de su peso. Razul se rió ante sus inútiles esfuerzos.

—¡Ahora, rétame! —respiró—. ¡Ahora llámame perro y secuestrador! ¡Te desafío a decirme esas mismas cosas a la cara, en esta posición!

—¡Vete al infierno!—le tuteó en la fuerza de su ira—. Eres un monstruo ególatra. Tu todopoderoso título no le va a tu bajo comportamiento. ¡Oh! ¡Cómo me gustaría ser hombre!

—Mi lista de crímenes puede ser de un kilómetro de largo según tú, pero no me agradan las prácticas anormales.

—¡Te gusta abusar! —le espetó, contorsionando el cuerpo, que él sujetaba.

Su proximidad era insoportable y trató con desesperación de darle un rodillazo, pero las piernas masculinas aprisionaban las suyas.

Era humillante encontrarse en tal posición, llena de íntimas posibilidades que él podía intentar poner en práctica con toda impunidad y el mejor éxito en cuanto se lo propusiera, ya que ella no estaba en situación de resistírsele.

—Puedo apostar que los que te dieron su voto para que llegaras al poder están ahora muy arrepentidos —dijo, expresando todo el resentimiento que pudo reunir.

—Te ganarás un cachete, si no te comportas —y casi sin esfuerzo la inmovilizó, rodeándole el cuello con la mano libre.

—¡Maldito seas! —gritó ella—. Tendrás que torturarme antes de que yo desee que me toques. Soy como Lion, no puedo soportarte.

—Me rompes el corazón, mon amour —sus labios se curvaron para modelar las palabras y sus dedos se cerraron un poco más. Agnes no luchó; en cambio, desafiante, ofreció su garganta al apresor.

Este la miró intensamente y empezó a frotarle el cuello, deslizando poco a poco sus dedos hacia la hilera de botones de perla que sostenían su túnica. Despacio, uno por uno, los desabotonó hasta dejar al descubierto el diamante pendiente de la frágil cadena que yacía entre sus senos, como una enorme lágrima. Agnes mantuvo su frío silencio con un enorme esfuerzo de voluntad.

—Cuando una joven llega al serai recibe un nuevo nombre —miró con interés el juego de colores del diamante, danzando sobre la pálida piel—. El tuyo será Memlik.

—No responderé a él —aseguró, con su cuerpo en tensión al sentir los casuales roces de su mano—. Espero que tenga un significado sin alma, o no me lo darías.

—Significa la pálida poseída. Creo que es el apropiado.

Agnes no pudo seguir mirándolo... ni que él la mirara. Cerró los ojos, pero sintió que Razul se apoyaba sobre ella, imponiéndole la cálida amenaza sexual que emanaba de su firme y fuerte cuerpo.

—Inshallah —murmuró—. No se puede luchar contra la voluntad de Alá, como no se puede hacerlo contra el siroco.

—Me parece más cosa del demonio que de Alá —levantó los párpados ante su cara, odiando la manera en que la sostenía, sometiéndola a la vigorosa potencia de su fibroso cuerpo.

Su única defensa era mostrarse indiferente a su tacto. Seguro que él no estaba acostumbrado a

aquel tipo de reacción en una mujer, ni a que ésta yaciera en sus brazos como si soportara las atenciones de un patán.

La muchacha permaneció como una figura de hielo, forzándose a no mover la cabeza cuando él le acercó los labios a la mejilla.

—No voy a violarte —su sonrisa era suave y burlona—. A nuestras mujeres les enseñan desde niñas a ser complacientes con los hombres y yo voy a instruirte como a cualquier joven oriental. Vas a aprender y poco a poco responderás a cada orden que te dé. Tu cuerpo ignorará cualquiera de ellas que no sea mía.

Se estremeció y parecía no tener huesos al sentir los cálidos labios que recorrían su seno izquierdo.

—Puedes estar segura, Memlik, de que no tengo inhibiciones y que te enseñaré a que tú tampoco las tengas. Pero despacio, ma femme, lentamente, hasta que sólo con poner un dedo sobre ti te sientas esclavizada. Te gustaría sacarme los ojos, ¿verdad?

—Es el único placer que tendría en mi relación contigo, mi señor.

—Puedo probar que lo que dices es una tontería —y al decir esto, tocó con sus labios la base de su garganta. Los movió suavemente, atormentando su piel con el contacto, hasta que Agnes notó la más inquietante sensación.

Se mantuvo quieta, temerosa de que lo que le estaba haciendo despertase sus sentidos. Cuando aquella boca encontró el camino hacia más íntimas partes de su cuerpo, tuvo que luchar consigo misma, mentirse diciéndose que era horrible lo que él se proponía.

Pero su cuerpo, insensiblemente, se estaba aliando con el enemigo. Los labios masculinos tenían un calor cautivante; su toque era el de un hombre muy experimentado a quien pocas mujeres se habían resistido. Él seguía mirándola y observando la reacción que sus caricias despertaban en ella.

—¡Monstre sacré! —las palabras de la joven salieron casi sin aliento—. ¡Quítame las manos de encima!

—No puedo privarme de este placer —se mofó—. Es natural que te sientas un poco tímida, ya que he oído que las alumnas de escuelas de monjas se bañan con camisa, para evitar ver su propio cuerpo.

—¡Eres un malvado demonio! —intentó apartarse sin conseguirlo.

Ahora Razul sostenía el reluciente diamante en sus dedos y la acariciaba con él. Lo movió atormentadoramente contra su piel desnuda.

—¡Deja de hacer eso!—exclamó a través de sus apretados dientes—. ¿No tienes ningún respeto hacia mí?

—¿Piensas que es falta de respeto que te acaricie con una joya? —¡Es depravado!

Alzó una ceja, divertido.

—Tal vez imaginativo, que es otra cosa. Te probaré que eres tres sensuelle, como la mayoría de las mujeres en las manos de un hombre paciente.

Era un hombre que había aprendido los trucos del oficio —pensó, tratando de controlar los temblores que la recorrían. Era una tortura, pero de una clase que nunca había imaginado. El poder de su cuerpo contra la fuerza de su mente.

—¡Maldito! ¡Desalmado!

—¡Ah, no! —sus labios frotaron su piel temblorosa—. Si lo fuera, te poseería aquí mismo, ahora que estás indefensa entre mis brazos.

Dicho esto, se echó hacia atrás, soltando el diamante para que cayera entre sus senos. Le liberó

las manos, pero estaba extrañamente excitada para poder cerrarse la túnica y ocultar su carne a los ojos de él.

—¡Dios, cuánto te odio! —sus dedos, a tientas, lucharon con los botones, sintiendo una ola de vergüenza. La increíble sensualidad de su propio cuerpo la había conmovido profundamente.

—¿No has disfrutado de nuestra cena íntima? —él estaba encendiendo otro puro, con mano firme y segura, lo que enfureció a Agnes, que aún sentía sus miembros extremadamente flojos.

—La comida estuvo bien —replicó—. La compañía, insoportable.

—Te miro y me sorprende tal temperamento escondido detrás de tus ojos azules. Las monjas debieron considerarte un problema. Creo que fuiste una joven rebelde que no aceptaba su disciplina.

—Lo que soy, amo Razul, y lo que siento, no te importa —permaneció sentada, con las manos en el regazo, sintiendo todavía el apasionado latir de su corazón y consciente de que él era el dueño de la situación.

Al contrario, ma femme; lo que eres y lo que sientes sí me importa.

—¡Tú no eres mi dueño! —estaba determinada a dejarse intimidar—. Estoy aquí contra mi deseo.

—Hiciste un trueque con tu libertad y lo sabes —su voz sonó tan dura como el metal de una campana—. Incendiaste la casa, lo que considero diez veces peor que mi acción de traerte aquí. ¡Recuerda! Por haberme llamado perro y mentiroso tendrás que pagarme, y tú única fortuna es tu propio cuerpo. ¿Está claro?

—Como el cristal —alzó la barbilla, resuelta a demostrar valor, aunque con sólo mirarlo y oír su voz se sentía desarmada e inerme—. Tienes poder de vida y muerte sobre el resto de los mortales —agregó—. Mientras respire, seguiré despreciándote.

—No recuerdo haberte pedido que me ames —se encogió de hombros—. El amor es una ilusión. Un espejismo en el desierto, de palmeras y agua fresca, que se convierte en rocas y arena cuando llegamos a lo que creemos un prometido oasis. El hombre o la mujer que cree en espejismos es un iluso que se interna en el desierto sin abastecerse de agua.

—Hablas en metáforas, amo Razul.

—Somos conocidos por ellas, Memlik.

—Me llamo Agnes y no deseo ser etiquetada bajo un nombre extranjero.

—Pues así son las cosas —estudió las estrellas, con su puro sobresaliendo unos centímetros de sus sonrientes labios. Era como un príncipe de la oscuridad, se dijo la chica, cuyo aire de soberbia la hacía sentir algo difícil de soportar.

—Toda esa situación resulta realmente grotesca. Sabes que no puedes retenerme aquí; es contrario a la ley —aun entonces mantenía una ligera esperanza de que pudiera atravesar su coraza y encontrarle un punto vulnerable. No podía ser tan insensible que se negara a comprender su punto de vista. No era culpable de que su abuelo y aquel hombre hubieran tenido sus disputas. Ella era alguien independiente, una inglesa por parte de padre.

—¿La ley de quién? En esta región yo soy el jefe máximo, y cualquiera que no haya sido invitado es un transgresor y estoy en mi derecho a fijar el castigo que me convenga.

—¡Eres insoportable!

—Ya me lo has dicho, pero he sido demasiado indulgente, dadas las circunstancias. Sabes que hace dos años tu abuelo se convirtió en transgresor, según cualquier ley de la tierra.

—Entonces, ¿por qué no lo echaste? Dos años es mucho tiempo...

Se detuvo, ya que el significado de aquellos dos años de gracia la dejaron sin habla. Había

sido entonces cuando ella llegó a El Oasis y era posible que Lion la hubiera utilizado para conservar la plantación.

Salido de la nada de repente, su abuelo había decidido enviar por ella.

Agnes se había sorprendido cuando la hermana superiora le dijo que hiciera su equipaje porque salía en un vuelo que ya le había sido reservado, y su destino era la casa de un abuelo que nunca antes había enviado ni siquiera una tarjeta de felicitación ni mostrado ningún interés en su existencia.

—¿Empiezas a comprender? —preguntó Razul Bey.

—Si vosotros dos llegasteis a algún acuerdo, ¿por qué esperaste tanto para cobrar? —se sintió dolorida, pues se estaba convenciendo de que a Guillaume Lacroix le había importado siempre muy poco.

Lacroix me contó una historia acerca de una triste niña, cuya madre había fallecido al nacer ella, cuyo padre se había vuelto a casar y cuya esposa no quería a la hija del primer matrimonio. Todo muy emotivo... y entonces propuso que si deseaba agregar una joven anglo-francesa a mi colección de kadins, él estaba dispuesto a complacerme. Tal joven inglesa, así te designó, debería contar con un tiempo de adaptación. Después de todo, había pasado su vida en un colegio de monjas y sería necesario que se aclimatara al desierto y a su gente.

—Él no... él no pudo decir... lo miró suplicante.

La cara de Razul era totalmente inexpresiva.

—Sabes muy poco de los hombres y sus motivaciones, y ya es tiempo de que madures y te enfrentes a la realidad. Lacroix entregó todo su amor y su cuidado a El Oasis, y su única hija lo abandonó por un extranjero. En su corazón abrigaba un sentimiento de venganza contra tus padres, que alimentó durante sus años de soledad.

Razul Bey hizo una pausa, dio unas chupadas al cigarro y lo echó al cenicero.

—Te diré algo, ma femme. La conversación que tuve con él, contigo como tema, se llevó a cabo antes de que llegaras a El Oasis. Es posible, sólo posible, que su duro corazón se enterneciera al vivir contigo. ¿Quién puede saberlo? Ahora está muerto y no puede confirmar o negar esta suposición.

—Visitaste la plantación en una ocasión —Agnes respiró profundamente, para calmar sus alborotados sentimientos—. Te oí discutir con él. ¿Habías ido a cobrar tu deuda?

—¿Tú qué crees? Sé tan cándida como quieras.

—Creo que Lion llegó a quererme, y cuando tuvo que pagar se negó a hacerlo.

Hubo un prolongado silencio, Razul Bey se rió.

—¿Te imaginas acaso que sentí nostalgia de ti, gracias a tu estampa de amazona cabalgando por el desierto?

Agnes le devolvió la mirada; trató de leer en su expresión.

—Te encuentro tan enigmático como el desierto. Creo que eres un hombre cruel y arrogante, capaz de cualquier cosa, Lion tuvo su plantación en tu tierra durante muchos años, y supongo que tú fuiste alimentando tu venganza. Puedo haber vivido únicamente dos años en Oriente pero he aprendido bastante acerca de la gente del desierto.

—Fascinante —comentó él—. Me muero por saber lo que has aprendido de nosotros en tan corto espacio de tiempo.

—Que cuando juráis vengaros de alguien, no os rendís hasta haber cumplido el juramento.

—¿Y mi juramento no ha sido satisfecho todavía?

—De otro modo, ¿estaría yo aquí? —preguntó—. No soy vanidosa y no abrigo ilusiones

respecto a haberte impresionado cuando cabalgaba por el desierto. No soy una belleza como la princesa Jamaila. ¿Cómo puedo competir con alguien tan seductora?

—No seas tan modesta —se burló—. No ignoras, como pretendes, tus méritos de mujer.

Ella le lanzó una mirada retadora.

—Sé que te complace jugar conmigo, Razul Bey, pero no soy tan ingenua como piensas.

—¿Qué quieres decir? —alzó una ceja, con una especie de llama divertida en su mirada.

—Si un hombre de verdad desea a una mujer, no se sienta tranquilamente a fumar un puro.

—¿Te ha molestado, ma petite?

—En lo más mínimo —replicó desdeñosamente—. Cuando me soltaste me sentí realmente contenta. Ser tocada por ti me daba asco.

Todo signo divertido desapareció de los ojos de Razul, dejándolos como piedras ámbar en una máscara dorada. Con un ágil movimiento se puso en pie, levantándola con él. La apoyó contra el parapeto y la dobló hacia atrás; su pelo quedó colgando hacia el patio.

—¿Lo haré? —preguntó con peligrosa voz—. ¿Debo deshacerme de ti y cerrar para siempre tu insolente boca? ¡Por Alá que estoy tentado a impedir que sigas hablando!

Mientras la doblaba más sobre el pretil, Agnes sintió que sus pies perdían contacto con el suelo. Era aterrador ver las estrellas danzando locamente mientras colgaba de los brazos del bey.

—Chascarás como un huevo —excupió las palabras—. Mis sirvientes tendrían que rasparte de las piedras. ¿Tienes miedo? La vida es muy dulce cuando está amenazada.

Con un brusco movimiento la balanceó completamente fuera del muro, y luego la puso de pie en la terraza, pero no retiró las manos de su cintura.

—Ahora sabes lo que se siente al verse en peligro de muerte —dijo con voz severa.

Agnes continuó reteniendo el aliento y sintiendo que la sangre volvía a circular a través de sus venas. En su mente, conservaba la imagen de sí misma suspendida en el espacio, sostenida por las manos masculinas. Su comentario había sido duro, desde luego; pero, ¿esperaba él que aceptara su secuestro como si fuera un juguete sin sentimientos?

—Odiamos vernos uno al otro; entonces, ¿por qué no me dejas ir? —preguntó con la cabeza baja.

—¿No lo has dicho ya, bint? —¿Decir... qué?

—Que mi juramento de venganza aún no ha sido cumplido.

—Sí, pero yo soy una víctima inocente de la lucha entre tú y mi abuelo.

Sabía muy poco sobre El Oasis, hasta que llegué allí y ahora soy el chivo expiatorio, sólo porque mi madre era una Lacroix. Conoces cómo la trató Lion; únicamente porque se enamoró de mi padre, la desheredó.

—Es suficiente —Razul Bey relajó sus manos sobre Agnes y se apartó de ella, apoyándose contra el parapeto sobre el cual la había amenazado—. Mientras me divierta retenerte en El Karah, así lo haré. Cuando me canse de tu compañía, serás la primera en saberlo.

La joven aspiró como si fuera a replicar, pero la respuesta murió en sus labios. ¿Para qué molestarse? Razul Kebir la veía únicamente como una muñeca rubia con la que podía jugar a su antojo.

El simple hecho de que fuera una Lacroix acrecentaba su diversión. De repente, deseó que la noche terminara. Anhelaba estar sola.

—Deseo irme a la cama.

—¿Lo deseas de veras?

Logró que sus palabras fueran tan insinuantes que su interlocutora no sabía a dónde mirar. Se

ruborizó intensamente y le oyó reír con una risa profunda que surgía de su garganta como un gruñido.

—Puedo ser un autócrata, ma femme, pero no un violador. No es en tu degradación en lo que pienso.

—¿No crees que ya me has degradado al mantenerme aquí contra mi voluntad? —preguntó a punto de llorar.

—Permíteme acompañarte a tu cama —dijo, sin contestarle—. Ven.

Bajaron por la escalera hasta el patio. Agnes fue acompañada hasta el alumbrado serrallo. El latido de su corazón parecía retumbar en sus oídos. «¡Oh, Señor! ¿Qué hará ahora?», se dijo. No confiaba en él lo más mínimo y temía ser arrojada sobre el lujoso lecho de la alcoba.

Razul Bey se detuvo y miró alrededor del aposento; adoptó su seductor encanto.

—Estoy pensando que una habitación de hotel en Bar-Soudi no sería tan cómoda ni tan encantadora como ésta. ¿No estás de acuerdo conmigo? La joven rezaba para que saliera. Si encontraba la estancia demasiado «encantadora», podría decidir quedarse a pasar la noche y aquello era lo último que ella deseaba.

—Es un poco exótico para mi gusto —replicó—. Sabes muy bien que preferiría una habitación de hotel.

—¿No puedes considerarte mi huésped? —preguntó con sarcasmo.

—¿Normalmente impones tu hospitalidad a la fuerza? —replicó, muy tensa y tan retirada de la cama como era posible.

Sus rodillas casi se doblaron cuando dio un paso hacia ella, pero fue su mano la que él agarró, sosteniéndola entre sus fuertes dedos. Podría haber admirado tales manos en otro hombre, pero se oponía a aquél con cada átomo de su cuerpo. Apenas si podía soportar el recuerdo de cómo la manoseó en la azotea del palacio.

—Estás temblando en tus babuchas —se burlo—. No puedes esperar a que me vaya, ¿verdad?

—Me siento muy cansada...

—¿Y deseas estar sola?...

—Sí —mantuvo la mirada fija en la mano que sostenía la suya, casi como un conejo ante una cobra, y trató de mantenerse tranquila cuando él se la llevó lentamente a los labios y los presionó en su muñeca. Eran tibios y casi tan penetrantes como la mordedura de la cobra.

—Gracias por una noche tan excepcional —le dijo, con su aliento cálido abanicando su piel—. Se me ocurrió, cuando estábamos por primera vez cara a cara, en El Oasis, que podrías ser... divertida.

Quería retirar su mano de la cálida caricia, pero contuvo el impulso. Era mejor permanecer calmada e indiferente, como si no sintiera el hormigueo que recorría su brazo.

Sabía cuál era el juego. ¿No había dicho que la haría sentirse prisionera de su propia sensualidad?

—¡Ojalá el siroco me hubiera matado! —exclamó.

—No, no lo deseas, femme blonde. La vida es buena en cualquier situación. Pronto sentirás curiosidad de lo que te rodea y tal vez lo encuentres fascinante.

—Lo dudo —aseguró—. ¿A qué prisionero le gusta su celda?

De nuevo él examinó la pieza y detuvo su mirada en la amplia cama cubierta de satén y rodeada por el dosel. Agnes no pudo controlar la urgencia de librarse de su presencia. En lo que a ella concernía, no era más que un libertino.

La observó mientras se alejaba, con las manos preparadas para atacarlo si se le acercaba.

—Estás sobreactuando, ¿lo sabes?

—¿No me has atormentado lo suficiente para una noche? —replicó—. Debe de haber mujeres en tu harén que estén deseando tus atenciones.

—Sin duda —expresó arrastrando las palabras.

La joven maldijo cada centímetro de su agraciada y fibrosa figura. Vestido a la manera oriental, Razul intensificaba su bárbara apostura.

—Supongo que las encuentras demasiado complacientes —comentó—. ¿Prefieres atormentarme? Bien, lucharé contra ti siempre... te lo prometo.

—¿Seguro? —una sonrisa curvó su boca—. ¿No se te ha ocurrido, mon chou, que, ante tus desplantes, podría cansarme del juego?

—Sabes que no me arrojaré en tus brazos, como otras. No me engañan ni tu varonil apariencia ni tu posición de mando. Veo a través de ti, mi señor. ¡Veo a un individuo sin honor!

Aquella vez había tocado un punto vulnerable, ya que los ojos de Razul llamearon con destello asesino, traspasándola con su dorado acero.

—¿Así, mi pequeña antagonista, que va a ser un largo asedio?

—Muy largo.

—¿Y nuestros encuentros serán explosivos? —Están destinados a serlo.

—Podemos convertirnos en adictos a nuestras batallas. Pueden mantenernos unidos, mientras que tu rendición podría separarnos. ¿Te arriesgas?

—No tengo otra opción, amo Razul. No podría rendirme a ti por mi propia voluntad.

En aquel aposento, con su tenue alumbrado, el bey parecía sentirse como en el agua, pero Agnes hubiera deseado encontrarse en el más sencillo dormitorio, con una cama angosta, como las que había ocupado en el convento.

—Nunca, nunca me rendiré a ti.

La miró con un enorme desprecio hacia sus sentimientos. Un hombre para quien una mujer no era más que un jardín de placer. Debió leerlo en alguno de los libros, que, como el resto de las cosas, se había convertido en cenizas en El Oasis. Como se había convertido en humo su creencia de que, al fin, formaba parte de la vida de alguien que la quería. Todo le había sido arrebatado por Razul Kebir. La había dejado únicamente el deseo de luchar contra él.

Él se llevó la mano a la frente y luego tocó sus labios y pecho.

—Estaba escrito —dijo escuetamente, girando sobre sus talones y saliendo de la estancia.

Durante interminables minutos, Agnes no se movió, incapaz de creer que no regresaría al dormitorio. Cuando la cortina de cuentas sonó, se sobresaltó, pero fue Kasha quien entró.

—La lel—lah está cansada, quiere acostarse —habló como si la hubieran instruido—. Estoy aquí para ayudarla.

—No —rechazó—. Lo haré sola. Váyase a la cama.

—No puedo hasta que usted no se haya acostado. Su excelencia se molestaría.

—No lo sabrá —se recogió el pelo mirando alrededor, como si buscara una forma de escape y no pudiera encontrarla.

—Mi amo Razul está conversando con los guardias y notaría si regreso demasiado pronto a mi habitación —se acercó aún más—. Permítame que la desvista.

Agnes cedió, porque no quería que Kasha tuviera problemas, y se sometió a su habilidad.

Cuando le quitó la túnica, contuvo el aliento al comprobar que la sirvienta observaba el diamante que destellaba con un fuego azul contra su piel. Parecía una piedra, un trozo de hielo contra su cuerpo. Se lo quitó sacando la cadena por la cabeza y lo dejó caer en una mesa.

La mirada de Kasha sobre el colgante no pudo ser más expresiva, pero la joven rehusó mencionarlo cuándo se sentó en silencio en uno de los enormes almohadones de cuero y se puso a pensar en los acontecimientos de la noche, mientras la criada le cepillaba el cabello.

Suspiró. No podía, ciertamente, negar la belleza donde la había y todo aquello era increíblemente real. No, no se trataba de un sueño.

—La leh-lah suspira profundamente —comentó Kasha—. Sin embargo, en su poder tiene un diamante muy valioso, lo que debe significar que el amo Razul está contento con usted.

Agnes se ruborizó por lo que tales palabras significaban. ¿Suponía que le habían pagado por servicios prestados?

—Es rico —dijo fríamente—. Creo que reparte joyas como si fueran caramelos. Me pregunto si alguno de sus fieles súbditos podría ayudarme a escapar.

—¿La leh-lah aún desea irse?

—¡Con todo mi corazón!

Agnes se levantó y se puso a pasear descalza arriba y abajo de la habitación, sobre las lujosas alfombras.

—¡Oh, lo que daría...! ¿Supones que alguien se atreverá a ayudarme?

—Sería demasiado arriesgado —contradijo la criada.

La joven se volvió para mirarla, mostrando la tensión de su cuerpo a través del camisón.

—Tiene que ser alguien de El Karah que no tema al poderoso bey. Créame, guardaría en secreto su identidad.

—Nuestra gente es partidaria del secreto —Kasha estaba abriendo el lecho—. Por eso les gusta ocultar a sus mujeres con el purdah.

—¿Quiere decir purgatorio? —indagó Agnes.

—Venga a la cama, leh-lah. Duerma y olvide sus problemas.

Kasha tenía razón, por supuesto, por lo que se deslizó bajo las sábanas sin insistir más en el tema. Al final de un activo día, la cama era un paraíso. Pero también un lugar de riesgo que el bey de El Karah podía invadir con su fuerte y bronceado cuerpo y sus morenas y experimentadas manos.

Tiró de la colcha hasta cubrirse la barbilla.

—Tú no entiendes mis sentimientos por completo, ¿verdad? —la miró ansiosamente. La bondad de aquella mujer era su único enlace con el mundo fuera de las paredes del palacio, un palacio donde había aprendido lo que era temer las intenciones de un hombre.

La sirvienta estudió el dorado pelo de su interlocutora.

—Usted es una roumia y nuestras costumbres le son extrañas. Con el tiempo...

—¡No! —protestó Agnes—. No me diga que con el tiempo aceptaré continuar con esto! ¡Nunca lo haré! Sé lo que está pensando. Quien come el pan del bey, acata sus leyes; pero, ¡no lo haré! Aquí no soy una persona. Soy una más de sus posesiones, una más de sus otras mujeres.

—Silencio —Kasha puso un dedo sobre sus labios—. ¡Descanse! Descanse y duerma.

—¡Dormir! ¿En mi estado?

—Llegará el sueño, leh-lah —prometió.

Agnes suspiró en la quietud de la amplia habitación, donde una lámpara producía una luz tenue y acogedora. Tenía todo lo que posiblemente pudiera necesitar; yacía en un lecho muy cómodo como la caprichosa favorita de un pachá, pero aun así, era como si estuviera sobre una cama de clavos.

Cada segundo de los que había pasado con Razul Bey lo tenía fijo en su memoria; cada palabra

que había dicho se repetía en sus oídos. Podía todavía ver su rostro cuando se había apoyado en ella y sentía su mano desabotonándole, con atormentadora lentitud, la túnica. Él la había mirado como si fuera el dueño de su cuerpo. La había violado con los ojos y ella se doblegaba ahora ante el recuerdo.

«Hay muchos nombres para designar el desierto, algunos lo llaman el jardín del deseo», oía una vez más su voz.

Las escenas pasaron por su cerebro con el acompañamiento del tintineo de la cadena de la lámpara, ocasionado por una ligera brisa.

—Lo odio... odio este lugar... —susurró Agnes.

No quería nada, no deseaba otra cosa más que su libertad.

Rodeando la almohada con un brazo, la estrechó, como un niño buscando consuelo en los sorprendentes cambios de la vida. Tenía una bárbara y sedosa prisión en vez de libertad. Diamantes y deseo en vez de ser una persona que pudiera hacer sus propias elecciones.

El sueño llegaría sólo si pudiera pensar en otras gentes, otros lugares, para que las imágenes del bey desaparecieran.

Con toda su voluntad volvió sus pensamientos a los días de colegio, cuando iba en fila india con las otras muchachas, cuchicheando secretos inocuos, asombrándose de lo que podía depararles el porvenir.

—Dejen de hablar —solía reprochar la hermana—. Compórtense como damitas y no arrastren los pies.

Una de sus amigas había decidido ser enfermera y durante algún tiempo Agnes se había sentido inclinada a seguir sus pasos. Entonces llegó la inesperada invitación de Guillaume Lacroix, su abuelo, que vivía en el fascinante El Karah.

La joven se estremeció y apretó aún más la almohada contra sí. De pronto había vuelto a asaltarla el recuerdo de un rostro, tan, cerca del suyo y tan detallado como el poderoso y dorado rostro de un dios.

Capítulo 6

DURANTE varios días Agnes no vio ni la sombra de Razul Bey, y supo por Kasha que tenía asuntos en otro lugar y estaría ausente de El Karah durante tiempo indefinido. Ante esta noticia, suspiró aliviada, pero pronto descubrió que estaba aún bajo vigilancia de los guardias, que la seguían discretamente a unos pasos cuando paseaba por los jardines del palacio.

Con su secuestrador lejos de sus dominios, pensaba continuamente en la manera de escapar antes de su regreso. Esperaba que el personal estuviera menos pendiente de ella y le rogó a la sirvienta que encontrara a alguien que pudiera proporcionarle un caballo y tal vez guiarla a Bar-Soudi.

—Debe darme tiempo —dijo—. Estas cosas no se hacen en un día.

—¡Tiempo! —exclamó—. Parece como si el tiempo jamás hubiera pasado en este lugar. Tengo que volver a mi anterior vida. Kasha le rogó que tuviera paciencia.

—¿Todos tienen miedo de ese hombre? —preguntó la joven.

—Ese hombre es el bey de Karah y desde que empezó su régimen ha probado su autoridad y justicia al tratar con la gente.

—¿Justicia? Es tan justo como una víbora. No conoce el significado de la palabra. Todo lo que le importa es su poder sobre la gente. Cuando se muestra protector, se sienten adulados. Cuando muestra desagrado, todos corren a esconderse. ¡Es un tirano!

—Lo ve de esa forma porque no es uno de los nuestros, leh-lah. Sabemos del buen trabajo que hace y hay muchachas que serían muy felices de estar en su lugar.

—Sean bienvenidas —replicó—. No fui criada para ver en los hombres mi sostén y comodidad, y conceptuarles la luz de mi existencia. Me puedo valer perfectamente bien sin ser mandada por el poderoso Razul Bey. Es un alivio que no ande por aquí como si fuera mi...

Cortó su comentario, mordiéndose un labio. Luego se puso en pie y salió del serrallo huyendo de sus pensamientos. Bajó corriendo los escalones de piedra hacia el jardín de las tortugas, enormes y amistosas criaturas con magníficas conchas de color marrón, dorado y negro. Cuando les hablaba, se acercaban a ella sin miedo, permitiendo que las tocara.

Estaba acariciando a una cuando se dio cuenta de que era vigilada desde una palmera, cuyas enormes hojas formaban una sombrilla sobre la princesa Jamaila, la cual salió de debajo del árbol y se acercó, haciendo tintinear sus joyas.

—Había oído que los ingleses mostraban más sentimientos hacia los animales que los que se muestran entre ellos —sus almendrados ojos se deslizaron sobre Agnes y sus oscuras cejas se arquearon, gesto que la prisionera interpretó como que la princesa pensaba que ella era un trofeo más de los muchos que poseía el bey.

—Sí, nos gustan los animales —aceptó—. Puede confiarse en su fidelidad más que lo que se puede confiar en los humanos.

—No debes cuestionar la lealtad de nuestra gente. Nos regimos por nuestra palabra, cosa que vosotros, los de Occidente, no acostumbráis a hacer. Nuestros vínculos familiares y tribales están forjados en acero, que rara vez se dobla por los cambios del viento, como el siroco que te trajo.

—No fue el siroco —replicó—. Fue un hombre. Todo el mundo sabe que no vine por mi gusto.

—¿Así que no te agrada estar aquí?

—Me marcharía, si esos dos guardias no estuvieran siempre detrás de mis talones. Correría el riesgo...

—¿De perderte en el desierto en vez de en los brazos de un hombre tan guapo y poderoso?

El corazón de Agnes latió tempestuosamente, pues aquellas palabras conjuraban imágenes que deseaba olvidar.

—Quiero irme. ¿Me ayudarías?

—Podría ser persuadida a hacerlo —la princesa admiró su brazaletes de oro—. Hay algo de Razul Bey que me gustaría tener.

—Haré cualquier cosa—expresó ansiosamente—. Sólo dime qué deseas.

—Es una caja de terciopelo —las delgadas manos describieron su forma oblonga—. Dentro hay un abanico, adornado con rubíes y diamantes. Perteneció a su... mi tía. Yo lo debería tener, pero Razul lo guarda celosamente en un cofre, del cual sólo él tiene la llave.

Jamaila la miró intensamente.

—Observo la duda en tus ojos, pero en ese cofre hay ropa occidental; pasada de moda, es cierto, pero de la clase que tú preferirías usar.

—¿Vestidos occidentales? —preguntó sorprendida.

—Mi tía era francesa. Viajaba por el desierto con su esposo y una noche su campamento fue asaltado, posiblemente por una banda de nómadas. Los creyeron muertos, pero al día siguiente una tropa de caballería llegó al lugar, descubriendo que la mujer aún respiraba y sostenía en su mano el abanico. Fue traída a El Karah, que entonces estaba gobernado por mi abuelo, el príncipe Kemel Kebir. La tropa recogió sus vestidos esparcidos por el suelo y los guardó en un cofre abandonado, que también trajeron al palacio.

—¿Qué pasó con el marido?

—Él y los sirvientes fueron sepultados en el desierto —la princesa extendió sus manos expresivamente—. Había sido golpeada en la cabeza y sufrió una conmoción cerebral con pérdida momentánea de memoria. En ese intervalo, el hermano de mi abuelo se enamoró de ella y solicitó que la dejaran quedarse con él en El Karah. El príncipe consintió con el casamiento y, a su debido tiempo, nació un hijo. El niño tenía menos de un año cuando la mujer enfermó y murió.

La princesa Jamaila dejó de hablar, y el silencio se llenó con un mensaje que hizo que Agnes abriera mucho los ojos, realmente sorprendida.

—¿Era la madre de Razul Kebir?

—Exactamente.

—Entonces, ¿por qué dices que el abanico debería ser tuyo? Una mirada de petulancia iluminó los ojos de la adorable Jamaila.

—Me enseñaron el abanico cuando tenía unos doce años y desde entonces lo he querido para mí. Muchas veces he tratado de forzar a Razul a que me lo entregara. Nunca me da una respuesta definitiva. Le he dicho a mi primo en la cara que es un hombre sin sentimientos y ha estado de acuerdo, sonriendo de la manera irónica que le caracteriza.

El abanico significa poco para él. La extranjera murió antes de que pudiera conocerla...

—Eso puede no ser verdad. Durante los primeros meses de su vida un niño está con su madre día y noche y se crea un vínculo invisible, pero fuerte. Razul Bey puede guardar en lo más profundo los recuerdos de la madre que amó y perdió, y el abanico quizá significa más para él de lo que admite.

—Lo dices porque no lo conoces.

—No deseo conocerlo —respondió rápidamente—. Y además no veo cómo puedo obtener el

abanico si lo conserva bajo llave.

—Una mujer tiene muchas formas de hacerlo —dijo insinuante la princesa—. Por el momento, tienes cabida en su vida privada y un hombre se quita la ropa cuando se acuesta.

—Si estás insinuando que puedo ir a registrar sus bolsillos para obtener la llave, te equivocas. ¡Yo no duermo con él!

—Si deseas mi ayuda para salir de El Karah, tendrás que encontrar la manera de abrir el cofre. Quiero el abanico y lo obtendré.

—Hablas como una niña consentida —dijo exasperada—. Sería robar.

—Podrías pedirselo y entonces me lo darías. Por alguna curiosa razón, él te desea en su cama. ¿Por qué otro motivo te hubiera traído al palacio?

—No... no lo sé.

—¿Temes sus atenciones? ¿Eres virgen? —Eso no te importa.

—¡Pero así es! —sus ojos oscuros llamearon—. Puedes obtenerme el abanico sin problema. Si Razul anhela tu virginidad, puedes pedirle cualquier cosa. ¿No te das cuenta, tonta?

—No... no le pediré nada.

—Pensé que querías, sobre todas las cosas, huir de él. Te crees noble, ¿no? —sonrió maliciosamente—. ¿Sufrirás en silencio?

—Si tengo que hacerlo, lo haré —habló con más valentía que convicción.

—Qué lástima, porque sería muy fácil para mí obtener un caballo. Puedo proporcionarte una brújula y darte la dirección correcta hacia Bar-Soudi, y agua para el camino; todo lo que me pidas. Conseguirías irte antes de que mi primo regrese.

Mientras oía aquellas tentaciones, sintió que se debilitaba.

—Pero hablaste de una llave que él siempre lleva consigo. —Podrías forzar la cerradura, ¿no?

—Si estás tan ansiosa de poseer el abanico, ¿por qué no fuerzas la cerradura tú misma?

—Porque yo no podría cruzar entre los guardias para entrar en sus habitaciones, pero tú sí; eres su kadin.

Los ojos de Agnes se encendieron por la indignación.

—¡Eso es lo que todos imaginan, que soy su amante! ¡Eso es lo que Razul Bey os ha hecho creer, pero da la casualidad de que no es cierto!

—¿De veras? Somos gente refinada, pero muy simples en lo tocante a un hombre y una mujer. Sí, al traerte mi primo Razul a su harén ha hecho saber que eres un capricho para él. Puedes ir y venir como desees, dentro de los límites del serrallo. Si entraras en el recinto privado, sus guardias casi no lo notarían. A pesar de lo que crees, la mujer en Oriente es a menudo consentida y complacida más allá de lo acostumbrado en Occidente. Aquí nacemos hombre o mujer y cada uno tiene una clase especial de poder. La mujer que trata de ser hombre es un fenómeno y el hombre que trata de ser mujer es un tonto.

La princesa Jamaila sonrió, como si hubiera encontrado un enorme placer en sus explicaciones.

—Déjame ayudarte a regresar a tu forma de vida occidental.

—Por un precio, por supuesto —interiormente estaba hirviendo; su ira contra Razul Bey había llegado a un punto máximo. Ya le enseñaría lo que podía hacer con sus favores...

—Siempre hay un precio que pagar —admitió la princesa.

—Sin el abanico engarzado con joyas, no hay caballo para mí —los ojos de Agnes mostraban su dolor, destacando en su pálida cara—. Está bien, obtendré el abanico, si significa tanto para ti.

—Es muy bonito. Me lo traerás aquí. Mañana a esta hora. Y por la noche tendrás el caballo y la suficiente comida y agua para el viaje. ¿Sabes? Eres un enigma.

—¿Por qué?

—Porque quieres huir de un hombre que tiene tanto poder e influencia en la provincia. Hay mujeres que se sentirían muy complacidas de estar en sus manos.

—¿Tú, por ejemplo? —preguntó fríamente.

Los ojos almendrados de Jamaila se entrecerraron. —¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo?

—¿Por qué? ¿He dado en el clavo?

—Soy de más alto abolengo que tú.

—Tan elevado, princesa, que me pides que robe para ti.

Ésta movió una de sus manos, como si ya tuviera la empuñadura del abanico entre sus dedos.

—Soy el pariente más cercano y el abanico debe ser mío—¿Qué haría Razul con él?

—¿Dárselo, tal vez, a su kadin? —preguntó con la deliberada intención de herir su vanidad.

—Él no le daría algo tan precioso a una amante —los oscuros ojos recorrieron a Agnes pies a cabeza—. Eres sabia al huir de un hombre que te utilizaría para su placer y luego te abandonaría. Eres, después de todo, un capricho pasajero para el bey, quien tomará como esposa a una adorable, delicada y bien nacida joven oriental. Hay una con esas cualidades, pero tiene únicamente catorce años y Razul probablemente esperará hasta que ella cumpla los dieciséis. Entonces será aún más adorable y estará entrenada para complacerle en todo.

Las palabras de la princesa penetraron en el cerebro de la prisionera, donde se torcieron y retorcieron intensificando su deseo de huir de él.

—Tales enseñanzas son desconocidas en Occidente, ¿no es así?

—Nuestras costumbres son muy distintas, en efecto—estuvo de acuerdo Agnes, mientras se veía a sí misma sometida a las atenciones de Razul Bey mientras esperaba que su futura esposa creciera—. Permitimos que las jóvenes inglesas crezcan antes de someterse a los hechos básicos de la vida.

—Tal vez la falta de conocimientos sobre ciertos asuntos sea la causa de tu miedo a Razul. No es inusual que una muchacha se haga rica durante el tiempo que la favorece un hombre opulento. ¿Prefieres ser pobre?

—Prefiero ser libre —fue un grito que salió de su corazón, ya que todo era preferible a ser el objeto de placer de un individuo que pagaba en joyas—. Razul Bey no me asusta —negó—. Me imagino que está en la naturaleza de un gobernante hacer sus propias leyes, pero no está en la mía someterme a ellas. ¡Lo detesto!

—Entonces es mejor que te vayas. De otra manera, hará que obedezcas sus deseos. ¡Ah, eres tonta si crees que no puede hacer lo que quiera con cualquier mujer! Es un hombre entre los hombres; si no fuera así, uno de mis hermanos calzaría sus botas. Haber nacido en la cama debida no garantiza el derecho a mandar. Razul fue escogido para ser bey, lo que lo hace aún más importante.

—Autocrático —las facciones de Agnes parecían grabadas en hielo—. Grande y poderoso, seguro de sí. Cruel como un demonio y áspero como una piel de toro. Parecía imposible cuando me encontró sola en la casa, con el cadáver de mi abuelo. Decidió que sería divertido convertirme en una mujerzuela. ¡Odio toda su arrogante persona! Desearía hacerlo sentir muy infeliz como yo lo soy, pero nada consigue menguar su intolerable orgullo. Es como una coraza contra la que se doblaría un puñal certeramente lanzado.

—Lo odias con mucha pasión —comentó la princesa—. Creo que lo matarías si tuvieras un arma.

—Lo haría —dijo, temeraria—. Me gustaría verlo en el infierno.

—Razul es hombre. Cree que lo espera el paraíso al morir.

—Claro —movió desdeñosamente la cabeza—. La vida de Oriente está por entero a favor del varón. ¿Qué obtiene de ella la mujer? Una vez más, Jamaila admiró su brazalete de oro.

—Si una mujer es sabia, obtiene tantas joyas como pueda lucir; si pierde el favor, puede conservar las joyas. Si el hombre se atreviera a retenerlas, puede pedirles a sus hermanos que intervengan.

Agnes fue incapaz de controlar un estremecimiento. Había descubierto, por una venganza, que el tiempo permanecía estático en el desierto, y las antiguas costumbres estaban muy vivas. Al llevarla a El Karah, el bey la había hecho partícipe de su venganza, y si quería eludirlo, debería usar los medios y caminos que en otras circunstancias le habrían sido inaceptables.

Todo tenía su precio y ella había de pagarlo si quería escapar de las garras del bey. Decidió que debía huir antes de que Razul fuera a buscarla a su serrallo. Haría cualquier cosa para no volviera a tocarla.

—Entre un hombre y una mujer —prosiguió la princesa—, es una especie de duelo. Están los que disfrutan de cada estocada, de cada derrota y cada triunfo —la miró divertida—. Es sorprendente que mi señor Razul trajera a su palacio a una muchacha que se sentiría feliz en una guardería.

La joven se encogió sobre sí misma, recordando cómo había deseado escapar de las restricciones del convento.

—Qué extraño que prefieras las togas de monja a los siete velos del amor.

—Creí que eso era una danza —trató de parecer indiferente.

—Lo es. La danzarina se despoja con lentitud de sus velos hasta que se muestra completamente desnuda; entre dos personas algo similar ocurre.

Desgana al quitarse el primer velo y tal vez el segundo; luego la timidez se convierte en sensualidad y la bailarina se muestra ansiosa, hasta que el corazón no tiene ya nada que esconder.

La princesa movió las manos con los ademanes de una bailarina.

—Mi gente sabe que el amor no nace a primera vista, como los occidentales dicen en sus canciones. Tal vez vosotros sois infelices porque cometéis el error de creer que el amor aparece como un relámpago.

Se rió y sus ojos orientales eran profundos y conocedores de la vida.

—Se supone que nuestra cultura del desierto es menos civilizada que la suya, pero la verdad es que nos hemos mantenido atados a nuestra sabiduría, que tiene sus raíces en el primitivo principio de las cosas. En todos los años, ¿han cambiado las estrellas su color? ¿Ha salido la luna al mediodía y el sol a medianoche? Así es entre un hombre y una mujer, como era en el principio, un duelo de los sentidos, una danza de los siete velos.

Agnes fue incapaz de replicar a la princesa Jamaila sobre tal asunto. ¿Qué sabía ella del amor? En el colegio era una materia prohibida hablar de las cosas que sucedían entre un hombre y una mujer. Les habían enseñado que su cuerpo era únicamente una herramienta para ser utilizada, pero sin disfrutarla.

En tanto aquellos pensamientos surcaban su mente, se dio cuenta de que la princesa estaba estudiándola con curiosidad.

—¿Te gusta vestirse como un muchacho?

—¡Oh!—sonrió a medias y llevó una mano a su túnica y sus pantalones largos—. Necesitaba ropa para el día y éstos me parecieron más apropiados que los vestidos que me habían dado para

pasar la noche. No me siento tranquila usando sedas y satenes.

—¿Qué harás cuando llegues a Bar-Soudi?

—Sentirme terriblemente aliviada —lo dijo con toda el alma—. No me fallarás, ¿verdad?

—No, si obtienes el abanico.

—¿No se enfadará Razul Bey cuando sepa que lo tienes?

—Lo mantendré escondido y creará que tú se lo robaste.

Agnes vaciló al oír la franca respuesta. Tuvo un sentimiento de cobardía, pero se dio cuenta de que él tendría que pensar en ella como la ladrona que había forzado el cofre en el cual estaban los recuerdos de su madre. No deseaba seguir adelante con su parte del trato, pero, al mismo tiempo, no podía permanecer allí. Con todo su corazón anhelaba hallarse fuera de El Karah cuando el bey regresara.

—Carecer de escrúpulos debe ser cosa de familia —habló con frío disgusto, tanto hacia la princesa como hacia el papel que ella debía representar si quería librarse de Razul Kebir.

—Estamos seguros de lo que queremos de la vida —Jamaila sonrió con un gesto desdeñoso—. Se llama determinación, y seguramente lo habrás visto en el rostro de mi primo. Hay veces en que los escrúpulos sobran y eso haremos tú y yo, roumia, a fin de obtener lo que deseamos.

Su instinto le advertía que no estuviera presente cuando el bey regresara.

Lo que debiera haber de sangre francesa en las venas de Razul, hacía mucho que lo había absorbido el lado oriental de su naturaleza. Su madre había muerto demasiado pronto para enseñarle algunas cosas europeas.

Sin embargo, había crecido para ser el amo de El Karah, un buscador de poder en un ambiente donde las mujeres eran seres para el recreo y el placer.

—¿Así que está esperando que su futura esposa crezca? —se esforzó por hablar—. Y, mientras espera, piensa que puede divertirse conmigo. ¡Lo desprecio por su egoísta arrogancia!

—Desprecias lo que otras mujeres admiran. No quieres tratos con un hombre entre hombres. Hay muchas que te llamarían tonta.

—Lo creo. Nunca seré el juguete de ningún hombre, y mucho menos de uno que piensa que su físico y poder le dan el derecho de tratar a las mujeres como le plazca. Buena suerte a las que piensan que les otorga un honor especial. Yo tengo otra palabra para describirlo.

Se estremeció y sintió deseos de estar sola en la fresca oscuridad del serrallo, con una taza de café.

—Te conseguiré el abanico —sus ojos estaban fijos, fríamente azules, sobre el bello semblante de la princesa—. Pero si no cumples con tu parte del trato, repetiré cada palabra de esta conversación a tu primo. No te gustaría que supiera lo avariciosa que eres.

—Tienes mi palabra —dijo con arrogancia—. Supongo que eres capaz de dominar un caballo árabe, ¿no?

—El mío lo era —pensó con tristeza en Firefly... Todo se había perdido entre el viento huracanado y ella sólo sintió miedo de un hombre con su túnica flotante, sus ojos dorados de tigre en un rostro cuyo atractivo era más terrible que los pensamientos sobre el desierto y sus cambios atmosféricos—. Entonces a esta hora, mañana —se volvió y dejó a la princesa; una figura de gracia aparente, pero, por dentro, una mente tortuosa y avarienta, determinada a obtener todo lo que deseaba ¡Un abanico con joyas! Agnes echó a correr perseguida por aquel pensamiento, subió los escalones de piedra que la condujeron a otro de los jardines del palacio, exuberante de rosales en todos los colores imaginables. Cortó un tallo y llevó la rosa al serrallo, sosteniéndola cerca de la nariz para que su aroma la trasladara de nuevo al campo inglés.

Se sentó en el suelo en un gran almohadón y se quitó el turbante. Su cabello cayó en un lustroso desarreglo, rodeando sus pensativas facciones.

Estaba prisionera en una jaula y había sólo una forma de salir de ella: tenía que convertirse en ladrona.

—¿Quiere café la leh-lah? —la criada entró con pasos silenciosos. —¿Puedes conseguirme un caballo?

—Le he dicho que estas cosas llevan tiempo.

—Tiempo y precaución —la joven selló sus labios con resolución. No debía confiar en su ayuda. Ella era una criada del palacio, pero Jamaila era la prima de Razul y no podía ser castigada con el despido—. Sí, tomaré una taza.

Kasha se encogió un poco en tanto estudiaba a su interlocutora, que seguía aspirando la rosa como si fuera una droga.

—¿Pido a Mí que corte un ramo para usted?

—He cortado sólo una. El resto está mejor donde está. No es siempre bueno arrancar una rosa, o una persona de su ambiente natural. Como ves, ésta ya se está marchitando.

—Necesita agua —dijo con preocupación, observando a Agnes—. ¿Se siente bien la leh-lah?

—¿Tienes órdenes de conservar a la kadin del bey en buenas condiciones? — alzó sus ojos hacia la cara de Kasha y pudo comprobar, por la expresión de la mujer, que, en efecto, así era—. Si mi espíritu decae, ¿no crees que hay una razón? ¿Por qué actúan todos como si tuviera razones para cantar? El canto no es natural en pájaros enjaulados.

Agnes recorrió con la mirada el magnífico aposento, recordando que Razul Bey había llenado cada rincón con el aura de su personalidad. Sus dedos estrujaron la rosa, sin darse cuenta, y algo dentro de ella se debilitó al pensar en su secuestrador, el cual proyectaba su poderosa sombra incluso cuando estaba ausente y ella sabía que había sólo un camino que podía tomar para huir de él... donde no pudiera tocarla nunca más.

Se percató de lo que había hecho con la rosa y la dejó caer al suelo, donde quedó, quebrada, simbolizando su propio destino.

Haría lo que tenía que hacer, lo haría aquella misma noche y al diablo con los escrúpulos, como había dicho la princesa.

Simulando ser la kadin que echaba de menos a su señor, podía acercarse por los aposentos reservados de éste, y ellos pensarían que era una mujer enferma de amor que añoraba su presencia. Nunca se les ocurriría a los guardias pensar otra cosa. Lo veían como un hombre admirable, que otorgaba un gran honor a la mujer que escogiera para su placer.

Sus labios se torcieron con desdén. Le enseñaría al todopoderoso lo que era capaz de hacer.

—Gracias —aceptó el café, después de que ya había tomado la decisión de lo que haría por la noche, se sintió más relajada. Se estiró en el sofá. —¿No puede tranquilizarse? —preguntó la criada—. Todas sus necesidades están atendidas. Su más pequeño deseo le es concedido.

—¿Tú crees? Si yo hubiera sido criada en este tipo de vida, estaría conforme. Pero de donde vengo, una muchacha puede elegir cuando... —las palabras se quedaron en sus labios, eran palabras que acarreaban imágenes muy potentes...—. Oh, tú sabes lo que quiero decir.

—Hablas de ser amada.

—Amor es una curiosa palabra para describir lo que me está sucediendo. No es precisamente amor lo que Razul Bey siente por mí. Juega conmigo y siente deseos de rendirme, porque soy una Lacroix.

Kasha no contestó, así que Agnes encogió los hombros. Poco después la cortina de cuentas

tintineó cuando la sirvienta salió de la habitación, dejando que reflexionara sobre la dama francesa que había vivido lo suficiente para traer al mundo a Razul Bey.

Y aquella noche... Un estremecimiento anticipado recorrió el cuerpo de la muchacha. Aquella noche ella tocaría la ropa que iba a ponerse y estaría en contacto, de alguna forma, con la mujer que había dado a luz a tan arrogante y atractivo demonio.

Capítulo 7

EL PATIO estaba iluminado por las estrellas. Envuelta en una capa con capucha cruzó la arcada que conducía a las habitaciones de Razul Bey.

Como de costumbre, sus pasos eran repetidos por los dos guardias, altos, con capas también, que la seguían.

Se volvió hacia ellos, indicándoles con un ademán que intentaba entrar en los aposentos del bey. Esperó un segundo por si intentaban detenerla y cuando comprobó que no lo hacían, procedió a abrir la puerta. Se detuvo, dudando, y uno de los soldados se adelantó y encendió las lámparas.

—Merci —murmuró, quitándose la capucha.

El hombre se reunió con su compañero, fuera, en el patio. Agnes suspiró aliviada y examinó el lugar. Se sorprendió del ambiente de la estancia, la cual era usada como lugar de reposo. Atrajeron su curiosidad las estanterías y se asombró al encontrar títulos en varios idiomas, incluyendo ruso y griego.

Tal vez el objeto más fascinante de todos, era una mesa de ajedrez situada junto a uno de los sofás, en la cual estaban detenidos, prontos para la acción, un juego de guerreros soberbiamente tallados.

¿Qué pasaba por el cerebro de Razul Bey cuando se sentaba en aquel lugar, fumando uno de sus oscuros puros, con sus explosiones amorosas en reserva para cuando visitara su harén? El tablero de ajedrez y los libros sugerían un hombre cultivado, lo que Agnes no había dudado nunca.

Sintió resurgir su ira y recordó por qué estaba allí. Vio en un escritorio una daga cuyo mango estaba labrado en plata y decidió que era justo lo que necesitaba para forzar la cerradura. Cogió una lámpara y entró silenciosamente en otro aposento, con una fuente en el centro.

Seguramente era donde cenaba solo o con sus amigos.

Pasó al dormitorio por una puerta de madera labrada y miró despacio, descubriendo un bajo y amplio sofá, y una mesa lateral sobre la cual había un libro. Algo que llamó poderosamente su atención fue una fotografía con un marco de plata. Cruzó la habitación y observó a la mujer que en ella estaba representada.

A Agnes no le cupo duda de que se trataba de la madre de Razul Kebir.

No podía creer que fuera el tipo de hombre que guardara el retrato de cualquier mujer. Aquella era europea, tenía el cabello recogido en un moño y traslucía una belleza tranquila y melancólica, como si la tragedia hubiera marcado, en un principio, su matrimonio con el padre de Razul Bey. Un matrimonio sentenciado a deshacerse, con el nacimiento del hijo que daría perdurabilidad a la familia Kebir.

¿Se parecía a ella? Agnes sostuvo la lámpara de forma que la luz cayera sobre la foto y se asustó cuando aquellos ojos largo tiempo muertos, parecieron relucir con pequeños puntos color ámbar. Así que por eso los de Razul Bey eran diferentes de los otros orientales. Aquel color procedía de la mujer que le había dado el ser.

Bajó la lámpara y dejó de contemplar a la señora cuyas pertenencias había ido a revolver para buscar un abanico.

El cofre, que con su pintura desgastada por el tiempo, se hallaba colocado contra la pared del dormitorio del bey, debía ser el que ella buscaba. Sus dedos apretaron el mango de la daga de que

iba provista y se arrodilló frente al baúl. Metió la hoja en la abertura de la tapa, y forzó la cerradura con toda su fuerza.

—Vamos, ábrete —murmuró, esperando oír el chasquido liberador. Empezaba a pensar que no sucedería, cuando la tapa saltó.

—Con un estremecimiento de repulsión hacia sí misma, dejó el puñal a un lado y durante un momento no se atrevió a nada. Era como un acto sacrílego, pero, habiendo llegado tan lejos, tenía que recorrer todo el camino hasta el final. Con una mano tocó un vestido de capas de organdí, cuya blancura se había marchitado. Había otro verde, con amplias mangas cuidadosamente dobladas, otro de seda rosa y uno más de lino azul.

Aquellos vestidos, aparte de la fotografía, era cuanto quedaba de la madre de Razul Bey, por lo que la asaltó un sentimiento de violación que la hizo mirar, con miedo de sorprender una forma fantasmal acechándola mientras revolvía las prendas en busca del estuche de terciopelo donde se conservaba el abanico.

Al fin, sus dedos encontraron la caja, la sacó y la dejó a un lado, sin abrirla. Continuó arrodillada, sintiendo, nerviosa, el latir de su corazón. Aunque el instinto le indicaba que cerrara el cofre y saliera, había algo allí que la mantenía inmóvil.

Era la madre del bey, cuya presencia podía sentir. La mujer que había llevado románticos vestidos en un viaje por el desierto, sin pensar que el amor y el encanto terminarían en un enfrentamiento a causa del cual se derramaría la sangre en abundancia.

Se estremeció de pies a cabeza y estaba a punto de cerrarlo cuando tuvo la extraña sensación de que alguien la observaba. Aunque temía lo inmaterial, sólo tuvo que lanzar una mirada para comprobar que no se trataba de ningún fantasma. Hubiera gritado de horror si el grito no se hubiera congelado en su garganta. Una alta y encapuchada figura la atisbó con ojos acusadores. Ni que decir tiene que aquella figura era la del hombre que ella creía a muchos kilómetros de El Karah.

—Qué agradable bienvenida —dijo con sarcasmo—. Santa Agnes revisando mis pertenencias con la habilidad de un experto ladrón. La virgen vestal que casi se desvanece cuando un hombre respira cerca de ella, la iracunda doncella que me llamó puerco libertino.

Agnes casi se desmaya. Siguió arrodillada, petrificada, sin poder moverse mientras Razul Bey avanzaba hacia ella.

Se sintió encoger cuando el hombre se detuvo a su lado, con los pliegues de su túnica abriéndose para revelar los pantalones y las botas cubiertos de polvo por el largo camino.

Él empezó a sacudir la arena con su látigo, de una manera significativa. —¿Tienes alguna explicación que darme?

Ella permaneció en silencio en tanto los ojos de Razul iban de la figura arrodillada al cofre abierto y de la daga de plata al estuche de terciopelo, que estaba junto a ella. Cuando se inclinó a recoger el estuche, Agnes se sintió acometida por un temor muy diferente de su anterior reacción hacia él. Ahora Razul tenía todo el derecho del mundo a llamarla ladrona.

En tanto lo observaba, preguntándose cómo justificar sus acciones, el hombre se quitó su espléndida capa y se mantuvo de pie como contemplando su inclinada figura.

La inquietante mirada parecía querer traspasarla. Transfigurada por los ojos del bey, deseaba con toda su alma que fuera una pesadilla de la cual pudiera despertar pronto, antes que llevara a cabo la clara amenaza que se desprendía de su actitud.

Primero estudió el desorden de su pelo, causado por su obstinada lucha contra la cerradura, y luego observó el estuche que todavía conservaba en la mano. Se lo quitó, lo abrió y ambos

pudieron admirar la belleza del abanico engarzado.

—¿Cómo te has atrevido a tocar esto? —las palabras eran duras e hirientes como el acero—. ¿Cómo te has atrevido a espiar en mis dominios y revolver mis cosas?

Agnes retrocedió, pero reuniendo sus dispersas y escasas fuerzas, se echó hacia atrás el cabello.

—¿Me darás los tradicionales siete latigazos por mi insubordinación? —preguntó simulando una tranquilidad que no sentía.

—Estoy muy tentado a hacerlo. Y sin embargo, creo que siete besos te someterían más que los latigazos.

Al comprender lo que sus palabras querían significar, esbozó una suave e irritante risa.

—No te agrada la idea, ¿verdad? Preferirías que lastimara tu piel, pero tu castigo no va a ser tan sencillo, no cuando te he encontrado robando. ¿Has sido siempre una ladrona?

Enrojeció y se puso en pie. Sus rodillas temblaban y nunca en su vida había sentido tal mortificación.

—No soy una ladrona —replicó bruscamente—. No estaba robando el abanico.

—Qué mentira tan descarada, jovencita. El estuche estaba escondido entre los vestidos del cofre; lo que quiere decir que efectuaste un buen registro, porque, naturalmente, buscabas algo de valor. ¿Cuáles fueron tus motivos? ¿Ibas a tratar de sobornar a alguno de mis sirvientes con él?

Una vez más sus ojos la examinaron fijamente.

—Tienes menos cerebro que un mosquito. ¿Te das cuenta? Hay muchas otras cosas en mi habitación que serían más aceptables; la daga, por ejemplo, que presumo utilizaste para forzar la cerradura.

Lo examinó en silencio. Cada porción de Razul Bey parecía amenazarla en aquellos momentos.

—¿Te ha hablado alguien sobre este abanico? —interrogó con brusquedad. Agnes se preguntó si la princesa sabría que él regresaría al palacio aquella noche. Incluso así, ¿presumiría que fue su prima la que había sugerido el robo?

Agnes buscó su cara. Aun cuando sus ojos tenían el color de los su madre, su expresión y forma eran orientales.

Decidió no mencionar a Jamaila. Si estaba celosa, todavía podría desear ayudarla a escapar. Era una débil esperanza, que se desvanecería en caso de confesar cómo se había enterado de la existencia del abanico.

—Parecía valioso —dijo—. Por eso lo saqué del cofre.

—¿Y estabas pensando usarlo para un soborno?

—Sí.

—Mi súbita presencia debe haberte causado una fuerte impresión.

—No me habría arriesgado si hubiera sabido que llegarías. Aproveché la ocasión y fui sorprendida. Tú también corres riesgos, Razul Bey. Corriste uno al traerme aquí; entonces, ¿por qué te sorprende que robe a fin de comprar mi libertad?

—Desgraciadamente para ti, cogiste la única cosa que nunca hubiera comprado un camello; presumo que era un caballo lo que buscabas y no un camello, ¿verdad?

—No hay necesidad de ser sarcástico —replicó—. Al menos sabes que no estaba robando por el simple hecho de hacerlo.

—¿Tiene importancia para ti el que no te considere una ladrona? —habló perezosamente; sin embargo, la intención de su mirada era imposible de eludir. Era como si sospechara que ella no le había dicho toda la verdad.

—No me gustaría que nadie pensara así de mí —respondió—. ¿Ni un libertino seductor? ¿Ni siquiera yo?

—Ni siquiera —estuvo de acuerdo—. Supongo que no serás tan generoso como para proporcionarme tú el caballo, ¿o sí?

—¿Realmente crees que encontrarías Bar-Soudi con tanta facilidad? ¿Y qué harás si te sorprendiera otra tormenta?

—Al menos no tendría que temer caer en tus manos.

—Podrías, jovencita, caer en manos menos limpias que las mías —sus ojos se entrecerraron. Ella retrocedió—. Yo soy el amo Razul y mis formas de retribuir son muy variadas. ¿Te gustaría probarlas?

Su corazón latió y ella buscó con desesperación algo que pudiera salvarla de los brazos del bey, si era aquello lo que él se proponía.

—La fatalidad es la única mujer que guarda los secretos para sí misma. Las mujeres terrenales tienen ojos en los que puede leerse fácilmente; no, no estoy ahora de humor para escarceos amorosos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Agnes—. Sabes por qué forcé la cerradura del cofre.

—Lo tenías sí. ¿Y no tienes curiosidad acerca de él? ¿No quieres saber a quién perteneció ese abanico?

—Creo que era de una mujer que amabas —habló la joven con aprensión.

—Pero tal presunción no detuvo tu mano, ¿verdad? —replicó cortante—. De hecho, estoy sorprendido de que pienses que soy capaz de amar a alguien. ¿No me acusabas de insensible? ¿No me acusabas de ser un tirano con corazón de piedra?

Antes de que pudiera responder, un sirviente apareció en la puerta, llevando una bandeja con café. El bey le dijo algo en árabe y después de que Abdul hubo dejado la bandeja en la mesa la muchacha se preguntó qué le habría dicho Razul Bey.

—No tengas miedo —se quitó la capa calmosamente—. No le he dicho a mi sirviente que caliente los hierros de marcar.

Se dejó caer en un diván y señaló la mesa.

—Sírvene una taza de café, y no lo tires sobre el mantel.

Agnes sintió deseos de tirárselo a la cara, pero, apretando los labios obedeció. Agregó azúcar y después se lo pasó al bey, quien se hallaba tendido tranquilamente sobre el asiento. El látigo, el puñal de plata y el estuche del abanico estaban sobre la mesa, y se preguntó de nuevo qué había querido dar a entender con la palabra retribución.

Ella creyó leer en sus ojos intenciones diabólicas; sin embargo, él se limitó a decir:

—¿Deseas un bizcocho? Abdul va a traer otra taza, para que puedas acompañarme.

—¿Era aquello todo? Agnes deseaba creerlo, mas el instinto la prevenía de que Razul Kebir no se iba a ablandar tan fácilmente.

—No tengo hambre —tiró de la capa, que aún cubría sus hombros—. ¿Puedo retirarme? Me siento cansada.

—Me supongo la causa. No, te quedarás aquí hasta que yo te despida.

—¿Despedirme? —exclamó—. ¡No soy una colegiala!

—Te has comportado como una, como una niña tonta.

—¿Piensas darme unos azotes? —estaba rígidamente de pie ante él, con la barbilla desafiante, aun cuando su espíritu flaqueaba.

—Tengo que admirar tu osadía —dijo él—, pero tienes que ser detenida antes de que obligues

a alguien a hacer algo irreparable y esa es mi intención.

—Unos azotes sería poco —replicó—. Me arrastraré por el desierto, si tengo que hacerlo.

—Sin duda —él levantó su taza y su plato—. Me gustaría otro café. Con una rebelde mirada, Agnes obedeció y le añadió azúcar, deseando que fuera veneno.

—Merci —sonrió brevemente, como si leyera sus pensamientos—. Quítate la capa y relájate, porque aún no es hora de irse a la cama.

Su corazón palpitó y con dedos reacios la desabrochó y la dejó resbalar de sus hombros. Sintiéndose muy lejos de estar relajada, se sentó en el suelo, en uno de los grandes almohadones.

Abdul volvió con otra taza y otro plato; sirvió café, le añadió leche y se lo pasó a la joven, la cual encontró sus ojos durante un momento y se preguntó si sólo se había imaginado un fugaz signo de simpatía en ellos. El sirviente se volvió hacia el bey, quien de nuevo le dijo algo en árabe, aunque ella sabía que Abdul hablaba un fluido francés.

Tomó su café. Abdul salió y otra vez tuvo que soportar la intimidad con Razul Bey en su dormitorio.

—¡Eres un tipo implacable! —no pudo impedir tales palabras ni una mirada suplicante—. Adivino lo que te propones... y no me gusta.

—Por el momento, disfruta del café —cogió uno de sus habituales puros de una tabaquera de nácar y lo encendió. Su completo relajamiento la obligó a darse cuenta de su propia tensión.

—¡Tú eres el último hombre que podría juzgarme! —exclamó—. He aprendido estos vergonzosos hábitos desde que me trajiste aquí. Yo era una buena chica y no habría soñado con hacer nada parecido a lo de esta noche. Habría sido como provocar al infierno.

—Lentamente él enarcó una ceja y no separó los ojos del bello rostro femenino.

—¿Fuego del infierno? ¿No lo has provocado quizá?

Agnes se mordió el labio hasta sentir dolor. Oh, Dios, ¿qué castigo le reservaba? Los pensamientos más atroces asaltaron su imaginación.

—Te encanta atormentarme —acusó.

Deliberadamente dirigió su vista hacia la cama y esbozó una sonrisa sin quitarse el puro de la boca.

—Tenía razón, ¿verdad? Siete besos míos serían más torturantes para ti que cualquier otra cosa en la que pudiera pensar como retribución.

—¿Retribución? —se inclinó, los ojos le brillaban profundamente azules—. Cualquiera pensaría que he intentado robar las joyas de la corona de El Karah. Es sólo un abanico.

—No tenías derecho a tocarlo, al menos sin mi permiso —profirió—. Entraste en mis aposentos y revolviste la ropa de mi madre...

Se quedó mirándola, ceñudo entre el espeso humo de su cigarro.

—Sí, la ropa de mi madre... el abanico engarzado de mi madre. Sin duda notaste el estilo europeo de los vestidos que contenía el cofre.

—Sí —lo noté.

—¿Y pretendes hacerme creer que no sabías que era francesa y que fue traída a El Karah después de que la encontraron medio muerta en el desierto? —Razul Bey se inclinó, apasionado, hacia Agnes—. Si fuera un necio, ma femme, no ostentaría el cargo máximo de la región. Sabías que estabas robando un objeto de gran valor para mí, ¿verdad?

—En efecto —admitió nerviosa ante el desprecio que descubrió en su mirada.

—¿Quién te lo contó? ¿Kasha? Fue mi aya y conoció a mi madre.

La muchacha tenía que dejar que él pensara que Kasha era quien le había explicado aquel

asunto. Seguía aferrándose a un tenue hilo de esperanza en lo que concernía a Jamaila, porque si la Princesa estaba enamorada de Razul Bey, le convenía deshacerse de su rival, ayudándola a huir. Tal vez ella ignoraba que él regresaría aquella noche a El Karah. Claro que no podía estar segura.

—¿Qué sabes de esa historia? —preguntó Razul.

—Sé que tu madre murió cuando eras muy pequeño.

—De heridas recibidas en el desierto de las que nunca se recuperó. O... —miró la ceniza que se había formado en el puro y la sacudió —... quizá porque su corazón nunca llegó a cicatrizar.

Un escalofrío la recorrió por el fatalismo que parecían contener las palabras de su interlocutor y que formaban parte de su cultura. Las cosas sucedían porque así estaban escritas en la arena, porque era el deseo de Alá.

—Mi madre murió cuando nací —dijo Agnes en voz baja—. Pero ya lo sabías, por supuesto. Lion te lo dijo y era verdad, incluso si pensaste que lo había inventado para suavizar tu actitud respecto a la plantación.

—Entonces, tenemos algo en común, sus ojos no se suavizaron; sus facciones no relajaron su severidad—. Dime, ¿te habría gustado que yo entrase furtivamente en tu habitación y cogido algo perteneciente a tu madre? ¿La considerarías una acción para ser pasada por alto?

No lo consideraba un acto del cual sentirse orgullosa y el enojo de él era comprensible, pero, a cambio, tenía que comprender que ella intentase cualquier cosa para obtener la libertad. Él le había quitado algo de más valor que un abanico y no se sentía dispuesta a bajar la cabeza avergonzada.

—No habría motivo para tu enojo por mi comportamiento si hicieras lo que es honorable, Razul. Podrías decirle a uno de tus hombres que ensille un caballo y me conduzca a Bar Soudi. ¿Por qué me retienes aquí cuando sabes que te odio tanto? ¿No he probado lo mucho que deseo irme? Sabía lo enfadado que te pondrías...

—Pero pensaste que ya te habrías ido cuando yo volviera. Cuando te encontré, casi saltaste.

Su mirada la recorrió aún con dureza.

—Esa piel blanca tan suave, te presta un engañoso aire de inocencia.

—Me raptaste y eso es un delito mayor que el cometido por mí. Por supuesto, tú lo ves de otra forma. Tu justicia, tu tolerancia y misericordia están reservadas para tu gente, ¿verdad, mi señor Razul? Hay muy poco de tu madre en ti.

—Lo que quiere decir que consideras a los franceses más civilizados.

—Tú has destruido la felicidad de que gocé en El Oasis. Y no te importa, ¿verdad?

Él dejó su puro en el cenicero de bronce y no apartó la mirada de las facciones de su interlocutora, una mirada hipnotizante como la de un tigre.

—Fue el siroco el que devastó El Oasis y un infarto el que segó la vida de tu abuelo. Te gustaría creer que soy un villano, pero la verdad es que cada uno de nosotros ha sido marcado por el pecado original. No hay dioses en la tierra, sino héroes. No hay dioses, excepto en la mitología. Estamos regidos por la terrena naturaleza de lo que somos.

—En ese caso, no deberías tratarme como si hubiera roto algún mandamiento de tu propia ley. Soy de carne y hueso, tengo sentimientos y no son siempre angelicales. ¿Qué harás conmigo?

—Voy a asegurarme, mon amie, de que lo que le pasó a mi madre en el desierto, no te pase a ti.

¿Qué quería decir? Abdul apareció en la entrada e introdujo en la habitación a un hombre con fez y túnica, que saludó de la forma acostumbrada; lo observó y se puso rígida, al observar que lo seguían dos ayudantes llevando un brasero que sostenía con las manos enguantadas. Mientras lo colocaban en el centro de la sala, Razul Bey se levantó y se acercó a Agnes.

—Es un herrero, no el inquisidor local.

Agnes se quedó inmóvil ante la escena que estaba contemplando. ¿Qué se proponía? Dirigió una mirada suplicante al bey, el cual se colocó tras ella impasible.

—No hagas ninguna tontería —sus manos descendieron sobre sus hombros—. Estáte quieta y todo terminará enseguida.

—¿Qué pasa? —su voz se elevó ronca por la alarma que le apretó la garganta.

El herrero sacó una bolsa de cuero de un bolsillo. La abrió y cogió algo brillante como el oro. Se acercó a ella, tensa entre las manos del bey.

—Doucement —murmuró él, como dirigiéndose a una niña traviesa y asustada—. Doucement.

—¡Maldito seas!

—¡Quieta, a menos que desees quemarte! —aumentó la presión sobre sus hombros y la chica miró incrédula al herrero, quien rodeó su tobillo derecho con la argolla de oro y luego, con calma, la remachó con hierro al rojo vivo, después de calentarlo en el brasero.

Estaba sucediendo, podía oler el metal y sentir el calor en su tobillo. Concluida la operación, el hombre se inclinó ante el bey y él y sus ayudantes salieron del recinto, llevándose el brasero.

—Es bastante atractiva —Razul Bey la soltó y ella se sentó, rígida, en tanto él se arrodillaba para examinar la ajorca—. Ha sido grabada, como puedes ver. La inscripción es árabe.

—Estás lleno de trucos sádicos —lo miró ceñuda, sintiendo sus dedos como una afrenta; el ultraje de la argolla en su tobillo era algo que casi no podía creer.

—No sabes lo que dices —replicó—. Si huyes y caes en manos de los nómadas, comprobarán que me perteneces, por lo que no te harán daño ni venderán. Te devolverán a mí con tu virtud intacta.

—Eres despreciable...

—No, sólo observo las leyes del desierto, que engaña con su belleza, como lo hace una mujer. Mira lo que tus labios son capaces de decir siendo tan tentadores...

Se levantó con un ágil movimiento y la atrajo hacia él, apresándola hasta que no hubo parte de su cuerpo libre de una fiera vivacidad que ella trataba de evitar. Con una fuerza que nadie hubiera podido igualar, acercó sus labios, forzándola a abrir la boca hasta que se sintió sobrecogida por el beso. Fue una sensación muy íntima, que recorrió su cuerpo como una descarga eléctrica.

—Faltan seis más —comentó él, respirando.

Arqueada entre su brazo, sólo podía luchar con palabras.

—¿No es suficiente con convertirme en esclava?

—Si al menos tu naturaleza igualara tu temperamento, mon ange. Tu crianza entre monjas debe de haberte hecho tan reacia...

—Soy simplemente inmune a tus encantos —replicó irónica. El hombre la mantuvo recta y le dio una fuerte palmada en el trasero.

—Lo que hago, lo hago por tu propio bien.

—Gracias, por nada —su posadera hormigueaba y permaneció quieta, tratando de aparecer tan digna como la situación lo permitía—. Ahora, ¿puedo acostarme, mi señor? —preguntó con una fría, dulce y burlona voz.

El observó el cómodo lecho, y Agnes retrocedió con rapidez, sintiendo el roce de la dorada ajorca en su tobillo.

—Ven —dijo—. Te llevaré al serai. Mañana tal vez quieras escoger algunas cosas del cofre de mi madre, pero no el abanico, querida. No es para cualquier chica que lo desee.

—¿Lo dices en serio? —preguntó—. Parecías furioso conmigo por haber tocado los vestidos

de tu madre.

—Sé que te sientes incómoda con las prendas orientales y aunque las de mi madre pueden estar pasadas de moda, no creo que te importe mucho.

No supo qué contestar y anduvieron en silencio hasta el serrallo. Agnes podía sentir el movimiento de su ajorca al andar junto a Razul Bey y deseó rechazar la oferta de los vestidos, pero decidió que la prudencia era parte importante del valor.

—Está bien—. Si no te importa...

Sintió la mirada masculina recorriendo el cuerpo cubierto por la capa que había vuelto a ponerse. Sus nervios saltaron, luego se calmaron cuando él se detuvo en la entrada del harén.

—Buenas noches —sus dedos sostuvieron su barbilla y le alzó la cara para poder verle los ojos—. Advertiré a mis sirvientes que ignoren cualquier solicitud tuya que no tenga relación con tu comodidad en mi palacio, ¿está claro?

—Transparente —murmuró.

—Más vale que sea así —de repente metió su otro brazo bajo la prenda y la atrajo brusca y rápidamente hacia él. Inclino la cabeza y puso un duro beso sobre sus labios, un beso amenazante más que apasionado—. Ve a tu cama —se apartó de ella con grandes zancadas, alto, dominante a la luz de las lámparas.

Capítulo 8

AGNES se volvió con rapidez y anduvo presurosa hacia su habitación, tratando de rechazar el fuego peligroso que la había asaltado en los brazos de Razul Kebir.

¡Cómo se atrevía a tratarla de aquel modo! Era como si su negativa a rendirse le impulsara a ello. La ajorca estaba allí, en su tobillo, recordándosele constantemente, inscrita en oro la insultante anotación de que era de su propiedad, de que debía ser devuelta a su custodia si se extraviaba.

Observó la valiosa argolla y otra vez le pareció oír sus susurrantes palabras, mientras se tocaba el lugar donde él le había dado la nada gentil palmada.

—Lo que hago, lo hago por tu propio bien —le había dicho. De acuerdo, si él pensaba que iba a tolerar aquel signo de su esclavitud, estaba equivocado.

Llamó imperativamente a Kasha, quien entró con prontitud en la alcoba.

—¿Qué pasa, leh-lah? ¿Es algo malo?

—¡Esto! —Agnés extendió la pierna—. ¡Esto es lo que pasa!

Kasha miró el tobillo.

—¿Mi amo Razul ha hecho eso?

—Por supuesto que sí. Él lo ordenó. ¡Y no lo soportaré! Facílítame una lima y trataré de aserrarla.

—No puede hacerlo —replicó—. Se pondrá furioso con usted.

—¡Yo sí que estoy furiosa con él! Miraré en esa caja de cosméticos —impaciente, cruzó la estancia hacia el ropero y sacó los frascos y estuches descuidadamente, sin importarle la nube de polvo facial que cayó sobre la alfombra—. ¡Aquí está! —se sentía encantada, pues la lima era fuerte, con mango de marfil. Poniendo el pie sobre un almohadón empezó a limar el remache que mantenía fija la ajorca.

—Es de oro —dijo Kasha, moviendo la cabeza—. No lo conseguiré, leh-lah, aunque lo intente toda la noche.

—No tiene derecho a hacerme esto...

—Es nuestra costumbre —habló con voz consoladora—. No es lo mismo que si le hubiera puesto un aro de hierro en el tobillo.

—Así es como lo siento —Agnés lanzó a un lado la inservible lima. Kasha tenía razón estaba perdiendo el tiempo.

Llevaría la ajorca durante el tiempo que Razul Bey deseara. Tardíamente deseó haberle dicho lo que podía hacer con los vestidos pasados de moda de la mujer que le trajo al mundo.

—¿Conociste a su madre, Kasha? —Sí, conocí a Lady Lily.

—¿Así se llamaba? Era bella y delicada como un lirio, ¿verdad? —Sí, como una pálida y fresca flor con enormes ojos y un esbelto y largo cuello, que soportaba una soberbia cabeza de rubia cabellera.

—¡Pelo rubio! ¿Como el mío?

—No exactamente; el de ella era como oro oscuro con destellos cobrizos. Usted es una rubia perfecta, leh-lah, y más joven de lo que era ella cuando la trajeron del desierto.

—He visto su fotografía en los aposentos del bey —dijo tranquilamente—. Lo extraño es... que

me ofreció sus ropas para que las utilizara.

Kasha se mostró sorprendida.

—Durante muchos años han estado guardadas bajo llave. Su padre lo ordenó así y cuando ella murió no volvió a tomar otra esposa. Recuerdo muy bien su funeral, la larga fila de camellos llevando a los dolientes al desierto donde reposaría.

—¿Y ella nunca olvidó a su primer esposo? ¿Era a él a quien más amaba? —se imaginó el cortejo fúnebre.

—¿Amor? —Kasha la miró como si dudara de que el amor valiera la pena—. El corazón dice que en la vida sólo se puede tener un gran amor. —Un gran amor —murmuró despacio—. Razul Bey, con toda probabilidad sabe que su madre no amó a su padre... ¿Será por eso, por lo que estoy aquí, por un rencor que no ha podido olvidar?

Kasha había iniciado ya el ritual nocturno, al que la joven se sometió, sin dejar de replicar al comentario anterior aunque rechazó violentamente su comentario sobre el amor.

—Estoy aquí por el deseo de un demonio. ¿Por qué pretender otra cosa?

La sirvienta mantuvo su inescrutable mirada mientras la ayudaba a desvertirse. En la cama al fin, sola, volvió a revivir en su memoria los sucesos del día y la forma en que habían culminado con el regreso de Razul Bey.

Era cierto, había estado a punto de saltar como impulsada por un resorte cuando lo sorprendió observándola desde la entrada y se preguntó cuánto tiempo llevaría allí mirándola, ya que no le había oído llegar a causa de su paso felino, silencioso y amenazador.

Sus pensamientos giraban sobre detalles que deseaba olvidar. Sus posesivos brazos que la habían apretado fuertemente contra él y sus cálidos labios que se posaron devoradores sobre los suyos. Incluso en aquel momento podía sentir su beso, taladrando su memoria e invadiendo su santuario interior.

Luego recordó a la madre de Razul, fiel a su amor hacia el esposo francés que había perdido en el desierto. ¿Cuál sería el propósito real de Razul Bey al llevarla al palacio, donde lady Lily nunca había recobrado el deseo de vivir con otro hombre diferente al que había pertenecido antes de ser asaltados en el desierto?

De no haber estado tan personalmente implicada, habría descubierto quizá que tal historia resultaba demasiado intrigante. En cambio, sólo se paraba a meditar si a él le guiaba alguna emoción incontrolable respecto a ella.

Yacía al borde del sueño sin llegar a conciliarlo, preguntándose una y otra vez si Razul Bey la estaba haciendo pagar por la pérdida que había sufrido, cuando, tiempo atrás, lady Lily había sido devuelta al desierto ya liberada definitivamente de su prisión y de este mundo, escoltada por una larga fila de dolientes.

Al cabo se durmió, despertándose más tarde de lo acostumbrado y cuando descorrió la tela del dosel y se sentó en el borde de la cama, sus ojos se detuvieron en el arcón labrado que anteriormente había visto en el dormitorio de Razul Bey. Su corazón dejó de latir. Así que no mentía cuando le había aconsejado que explorara el contenido y eligiera algo que pudiera usar. Confiaba en que a ella no le importaría lo pasado de moda de las prendas y era verdad. Nunca había sido vanidosa.

Corrió descalza hasta el cofre. Y aquella vez, cuando se arrodilló ante él, pudo abrir la tapa sin el horrible sentimiento de culpa que la había invadido la noche pasada. Todo había sido doblado de nuevo con cuidadoso esmero, y dudó si revisarlo o no.

Con cierta reverencia, acarició un vestido de seda color melocotón con cuello bordado.

¿Habría utilizado lady Lily aquellas cosas en palacio, prefiriéndolas a las ropas orientales destinadas a la esposa de un bey?

Seguía arrodillada, embutida en su camisón, perdida en sus pensamientos, cuando sintió una especie de aviso que la advertía de que el bey se encontraba a su espalda, examinándola especulativamente.

—Bonjour, mon amie. Veo que estás ocupada con tu cadeau.

—¿Mi regalo? —interrogó, aún sin mirarlo, consciente de que estaba casi desnuda y de que, si se ponía en pie, la diáfana tela del camisón revelaría más de lo que le gustaría mostrarle.

—No olvidaba que él conocía su cuerpo, pero cada vez que la miraba, era como si fuera por primera vez. A pesar de cuanto había sucedido entre ellos, todo desaparecía cuando sus ojos se encontraban.

—Sí, te ofrezco el contenido del cofre. Creo que Kasha tiene una máquina de coser, así que podrá ayudarte a arreglar lo que no te sirva.

—No... creo, no me parece correcto —tartamudeó.

—¿Qué es lo que no parece correcto? —de una zancada llegó hasta ella—. Explicáte.

—Han estado encerrados mucho tiempo y es una lástima sacarlos de ahí.

—No tuviste esos escrúpulos anoche —le recordó.

—No hay necesidad de echármelo en cara. Ya te explique...

—¿Lo hiciste? —preguntó con un dejo de ironía—. Mis aposentos eran el último lugar que te hubieras atrevido a visitar, salvo que alguien te hubiera indicado lo que podrías encontrar allí. No me tomes por tonto.

—Como si pudiera... —echó su cabello hacia atrás, despejándose la frente. Inmediatamente lo lamentó. No sólo los ojos siguieron su movimiento sino que también recorrieron sus formas a través del liviano camisón. Sintió deseos de que la tragase la tierra.

—¿Así que no lo aceptas?

—No... no sería correcto por mi parte. Las telas son adorables, pero... —¿Tienes reservas porque son de mi madre?

—No...

—¿No? —algo hizo centellear sus ojos—. Pues lo parece.

—Estás equivocado —Agnes movió la cabeza—. Fui criada en la creencia de que el alma vive después de la muerte, y luego de ver la foto y oír a Kasha hablar de ella, me siento como si... como si supiera lo que ella sentía.

El bey permaneció en silencio, como asimilando el significado de lo que la joven acababa de decir.

—¿Te refieres a lo que ella sentía al ser la mujer de mi padre, un hombre al que amó menos que al francés que enterró en el desierto?

Agnes inclinó la cabeza; pero lo que en realidad había querido sugerir era que resultaba extraño y coincidente que ella y aquella mujer, ambas europeas, hubieran caído en manos de hombres para quienes las mujeres eran criaturas de adorno, rostros para ser admirados, cuerpos para ser poseídos. No podía ver más allá de aquella actitud. No podía creer que los orientales pensarán en las mujeres como compañeras fieles y tiernas esposas únicas y sin competencia. Seguramente suponían que tenían plumas en vez de cerebro. Lo podía leer en sus ojos.

Y entonces él dijo lo mismo que Kasha:

—De acuerdo con el Corán, en la vida sólo puedes tener un gran amor, y parece que el gran amor de mi madre no fue mi padre, sino el joven francés —al hablar, Razul Bey mantuvo su

mirada fija en su interlocutora. La agarró y la puso en pie y el súbito toque de sus manos envió estremecimientos arriba y abajo de su semidesnudo cuerpo. Había algo sensualmente evocativo en la forma de sostenerla.

Sus rodillas estaban flojas y no podía emitir ningún sonido. Sólo podía mirarlo con mucha expectación. Y en tanto él la acercaba, tuvo conciencia de la presencia masculina con tal intensidad que sintió una dulce y a la vez dolorida opresión en la garganta.

—No hay razón para que rechaces los vestidos —dijo—. Las telas son finas, como tú misma has reconocido. Además insisto en que Kasha te ayudará a arreglártelos.

—Entonces, si de veras no te importa...

—De veras no me importa —replicó con un ligero tono burlón—. Qué joven eres y qué apegada sigues a las enseñanzas del colegio.

—¿No crees que el alma continúa después de la muerte?

—Los hombres de Oriente creemos que las mujeres no tienen alma.

—Ahora me explico por qué sois tan arrogantes —trató de disimular la vulnerabilidad que su cercanía le provocaba—. ¿Puedo preguntarte qué tenemos en lugar de alma?

—Si no lo sabes, mon ange, entonces estás en serio peligro. —¿Qué quieres decir?

—Creo que lo sabes; de otra forma estaría perdiendo mi toque mágico.

Su toque mágico... unos dedos fuertes, cálidos y vibrantes acariciando su cuerpo a través de la tela. Con un esfuerzo, se mantuvo rígida.

—Nunca dudé de tu habilidad con las mujeres —dijo—. Debes de haber empezado a muy temprana edad.

El rió brevemente.

—¿Acaso los muchachos de tu país son diferentes? Déjame explicarlo así: siempre hay chicas complacientes y chicas románticas. ¿Quién hubiera supuesto que Guillaume Lacroix tuviera una de estas últimas como nieta?

—Mi madre era una romántica, sí, y espero ser como ella, como tú te pareces a tu padre.

Razul enarcó su negra ceja, con sarcasmo.

—¿Te gustaría más si me pareciera y me comportara como un francés? —Tal vez —rezongó.

—Ya veo —sus manos la apretaron más contra él—. Soy el bey de Karah y tendrás que aguantar mi barbarie en vez de besos en la mano.

—No tengo que aguantar nada.

—¿No? —bajó la cabeza hasta que ella pudo sentir el calor de su aliento en la cara. Su mirada y su respiración eran casi hipnotizantes. Luchó contra aquella atracción, ya que había leído que las mujeres cerraban los ojos cuando sucumbían ante un hombre, y no quería que Razul Bey supusiera que la había vencido—. ¿Crees en efecto que soy un salvaje?

—¿Piensas que la educación te ha convertido en un intelectual? —preguntó—. Sé que lees libros en varios idiomas y no dudo de tu habilidad para entrenar un ejército o para curar a un animal, pero, en el fondo, Razul Bey, eres un señor de la época feudal, cuando hasta los reyes eran súbditos de otros reyes.

—¡Ah! —despacio, expelió el aliento, como si la hubiera estado escuchando con atención—. ¿Y tú qué eres, en el fondo?

—Mis raíces están en Francia.

—¿Y las mías en el desierto? —¡Oh, sí!

—En este momento estamos cara a cara —la miró llameante a los ojos por los que cruzaban pensamientos que ella no podía descifrar, como tampoco podía descifrar el árabe—. Somos

solamente un hombre y una mujer y creo que debo acostarte y probarte que el cuerpo es el amo de todos nosotros.

El corazón de Agnes se convulsionó.

—¡No, por favor...!

—Esas palabras no van juntas —reprendió, arrullándola en sus brazos suavemente—. Pero tú y yo... eso es otra cuestión.

Agnes le dio de puntapié en un esfuerzo para escapar.

—¡Eres un ególatra insufrible y agobiante! ¡Déjame ir de una vez!

—Yo te daré agobio, pequeña víbora —su aliento la quemó mientras la tumbaba en la cama y se acostaba junto a ella, vestido y sin quitarse siquiera las botas.

—Eres un demonio, sin humanidad... —tembló de la cabeza a los pies, cuando él empezó a recorrer su cuerpo con las manos.

—Tú... —murmuró—, no eres ningún ángel. Deja ya de pensar en el convento. No fuiste hecha para vestir un hábito —su mano acariciaba la esbelta curva de su cadera y sus dedos siguieron hasta su trasero, lo que añadió sexualidad a sus movimientos.

Agnes no sabía si deseaba que se detuviera o siguiera en su avance; ignoraba si quería despreciar cada porción de aquel hermoso cuerpo o ansiaba todo lo contrario. Lo que sí advirtió fue que un gemido jadeante escapó de sus labios, cuando la mano masculina yació cálida y firmemente contra la parte más íntima de su cuerpo, aquella que las monjas cubrían incluso al bañarse.

Quería protestar, pero las palabras se negaron a salir de su boca. Deseaba moverse para que él retirara la mano, pero en cambio se quedó quieta, hasta que un profundo deleite le envió vibraciones y temblores sobre la lisa piel del estómago. Su corazón galopaba locamente y, con los labios abiertos, se sintió como flotando fuera de su cuerpo.

¿Qué habría ocurrido si Kasha no hubiera entrado? —¡Oh... disculpe, mi amo!

Agnes oyó las palabras confusamente y luego la perezosa respuesta del bey.

—Sí, sé que debo atender una cita. ¡Qué lástima!

Se apoyó en sus codos, protegiendo a la joven con su cuerpo y estudiando su cara, encuadrada en el marco dorado de su cabellera. —Llamada del deber, pequeña; debo dejarte. Lo siento.

—Yo... me alegro... —pero su voz estaba entrecortada y sus manos hubieran querido retenerlo. Lo deseaba sobre ella, muy cerca y apretado, olvidados del mundo y de cuanto los rodeaba.

Sus ojos la desafiaron, como si estuvieran al tanto del conflicto por el que ella atravesaba. Bajó la cabeza y aprisionó sus labios en un beso deliberadamente lento.

—Lo dejamos ahora, mon ange, a la noche continuaremos.

El sentido común se abrió al fin impetuosamente para despejar aquella momentánea locura. Estaba recobrándose y, con fiereza por el odio que sentía hacía sí misma, lo empujó tan fuerte como pudo, pero si él se movió fue únicamente porque quiso, de lo contrario, nunca lo habría logrado.

Se levantó, dejándola entre la desarreglada colcha de la cama y durante unos segundos más la observó enigmáticamente.

—No me mires así... —ella se dio la vuelta, encogiéndose como una bola; él, con una risa ahogada, abandonó el dormitorio. Oyó su voz diciéndole algo a Kasha. Sus mejillas ardían a causa de que la hubieran sorprendido con él en la cama, dejándose acariciar por sus expertas manos... aquellas manos que habían dado placer antes a otras mujeres.

Se sentó, abrazándose las rodillas. Era molesto que se hubiera sentido tan extraña cuando

Razul Bey la había deseado. Su toque parecía haber despertado unos sentimientos animales que se habían mantenido escondidos desde sus días de colegiala.

Apoyó la cara sobre sus todavía trémulas piernas.

—A la noche —había dicho él—. A la noche continuaremos...

Con un gemido, saltó de la cama y corrió al cuarto de aseo. Kasha había preparado un baño espumoso del cual salía un vapor fragante. Se deslizó dentro de aquel líquido prístino. No podía decir lo mismo de su pensamiento, que estaba lleno de provocativas imágenes en las cuales Razul Bey era el héroe y el villano.

Cuando al fin salió del agua, la sirvienta la envolvió en una enorme toalla, casi de forma protectora. Sus ojos se encontraron y Agnes curvó los labios con una sonrisa anhelante.

—No debe molestarle, leb-lah que gustarle a mi amo Razul. Es un hombre muy ocupado y resulta agradable para él relajarse en su compañía.

—Supongo que no importa si a mí me complace o no —replicó Agnes. Kasha le lanzó una mirada reprobadora.

—Parecía muy relajada, leb-lah.

La joven se sonrojó hasta las orejas.

—Me hace sentir cosas que no deseo. No me ama, sólo me utiliza. La sirvienta movió la cabeza ligeramente.

—Sí, lo hace —insistió Agnes—. No quiero ser una de ellas.—Aquella vez, Kasha se mostró perpleja.

—Una más de sus esposas —la muchacha infundió una nota venenosa a su voz.

—¿Está segura?

—Por supuesto que lo estoy. ¿Te imaginas que soy como las otras? —Entonces, ¿no disfrutó con sus caricias?

Iba a negar con la cabeza, pero su innata honestidad le impidió comprometerse.

—El bey ha tenido mujeres sólo el cielo sabe desde cuándo. ¡La práctica hace maestros!

Kasha retuvo el aliento, como si no estuviera acostumbrada a tal candor en lo que al bey se refería.

—Está equivocada, leb-lah.

—Estuve aquí, en la cama, me viste con él, ¿no?

—Quiero decir... —vaciló, entrenada como estaba para ser discreta—. Me refiero a sus otras mujeres, no hay ninguna.

—No te creo —se había convencido de que, en departamentos separados como el de ella, Razul Bey disponía de jóvenes de todas clases y colores. —Digo la verdad, leb-lah.

Miró a su sirvienta con ojos sorprendidos.

—Pero los hombres de su posición, ¿no tienen montones de ellas?

—Algunos —admitió—. Pero Razul Bey nunca ha sido de ese tipo. Cuando ha disfrutado de la compañía de alguna, ha estado con él como usted está ahora. No es libertino; pero, como a otros hombres, le gusta tener una amiga. Esto es natural, ¿verdad?

—Así que soy el último eslabón de una larga cadena de amigas... —Agnes aparentó cinismo—. Parte de los entremeses, hasta que tome esposa, ¿verdad?

Kasha siguió a su ama al dormitorio, donde la ayudó a deslizarse dentro de un sedoso caftán. Agnes señaló hacia el cofre que aún mantenía la tapa levantada, lo que permitía ver el brillo de las prendas.

—El grande y poderoso señor me informó que tienes una máquina de coser. Generosamente me

ha ofrecido los vestidos de su madre, lo que nunca había hecho antes con ninguna de sus amigas.

Le respondió el silencio de la sirvienta. Sus otras diversiones habían sido mujeres de Oriente, así que no hubo problemas sobre sus preferencias en el vestir.

Arrugando el ceño, se acercó al cofre y apenas captó el ligero y delicado perfume que los años habían acumulado como en una memoria, su humor cambió.

—¿Los revisamos, Kasha? —preguntó.

Pasaron el resto de la mañana seleccionando vestidos que la criada pudiera arreglar. A la hora de la comida, uno color crema, sin mangas, estaba preparado para que lo utilizara.

Se lo puso y dio vueltas frente al espejo, contemplándose y sintiéndose como la chica que había sido en El Oasis.

—Esto se parece más a mí —se entusiasmó—. Me estaba cansando de parecer una hurí, aun cuando su señoría prefiera ese tipo. Cuando se encontraron a la hora de comer, él sólo arqueó una ceja.

—Veo que encontraste algo a tu gusto —comentó.

—Sí —a ella le fue difícil mirarlo, por los todavía vívidos recuerdos de su último encuentro—. ¿Te fue bien en tu reunión?

—Excelente.

Agnes decidió ignorar el destello divertido que sorprendió en sus ojos. —Me... encanta montar, amo Razul.

—Sin duda. Estoy encantado de tu predilección por los caballos.

—No es justo que me mantengas encerrada, como un caramelo en su caja al que puedes probar cuanto te venga en gana.

—No intento mantenerte encerrada durante mucho tiempo más. Abrió mucho sus ojos azules.

—¿Quieres decir...?

Él se rió con una risa breve y aguda.

—Quiero decir que estoy preparando un viaje al desierto.

—¿Iré contigo?

—Puedes estar segura.

—¡Oh!—sintió una punzada de impaciencia—. No seas tan poco expresivo.

—Somos conocidos por eso —replicó—. Te gustaría hacer ese viaje, ¿verdad?

—Sí —suspiró—. Me encantará alejarme de este lugar.

—No lo digas así, mon amie. ¿Te es tan desagradable el serallo? —Conoces de sobra la respuesta, Razul Bey.

—Sin duda —se encogió de hombros.

Los pensamientos de la muchacha giraban alrededor de las mujeres que en diferentes épocas, habían compartido la vida del bey. Probablemente lo habían besado con ansiedad, demasiado felices al encontrarse en los brazos de un hombre cuya viril apariencia era innegable. Más tarde, transcurrido algún tiempo, él habría mostrado su desinterés en los anhelantes besos y deseosos cuerpos y cada una habría sido pagada, tal vez con diamantes o esmeraldas.

Un escalofrío recorrió la piel de Agnes. ¿Estaría... podría escapar de él sin llegar a ser sólo otra mujer que pasara por su vida, para ser olvidada después? ¿La recordaría como una que se había atrevido a pelear y discutir con él, que se había negado a someterse a su carisma?

Oh, sí, tenía carisma; no había ninguna duda al respecto. Era el jefe elegido por su gente, y de acuerdo con lo que había dicho la princesa Jamaila, estaba esperando hasta que su novia virginal tuviera la edad mínima para acostarse con ella.

Mientras tanto... Agnes estaba allí a su disposición y para su distracción y seguramente le resultaba divertido llevarla a la cama y utilizar sus fuertes y expertas manos por su cuerpo, que era tan virginal como el de la niña con la que iba a casarse.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te da esa apariencia de estatua de hielo? —preguntó Razul.

—Pensamientos —respondió.

—¿Pensamientos que no puedes compartir?

Estuvo tentada en parte a expresar lo que pasaba por su mente, pero en aquel instante, los sirvientes entraron con la comida. Después todo transcurrió en silencio y cuando sirvieron el café, cogió una taza y se sentó en un almohadón, a cierta distancia de su acompañante. En tanto lo tomaba, él la observó intrigado.

—Sí —dijo al fin—. Tenía razón al sugerir que hicieras arreglar algunos de los vestidos de mamá. Ese es muy adecuado para ti.

—En efecto —acordó—. No me gustaría parecer una vampiresa oriental. —¿Te sientes una vampiresa?

—De acuerdo a lo que piensas de mí, sí, aunque admito que soy una inexperta.

—La inexperiencia puede remediarse. —¿En tus expertas manos?

—Precisamente —de súbito, su boca se endureció—. Parece que estás un poco deprimida.

—Mis sinceras disculpas, amo Razul. No dudo que acostumbres a tener a tus mujeres en un estado de embeleso.

—¿Mis mujeres? —cogió un puro y lo encendió.

—Las amigas que vienen y van. ¿Soy una de ellas? Aunque, probablemente, la única en contra de su voluntad. Creo que las otras estaban esperando que tú te mantuvieras intrigado por sus encantos.

Razul se tendió en el sofá. Parecía la estampa del relajamiento.

—Tu imaginación resulta bastante fértil, mon amie sin duda es el resultado de vivir en un ambiente casto durante tus años formativos. Sí, he tenido aventuras, pero, de haberme entregado a ellas en la forma que supones, no habría tenido tiempo para mi tarea más importante, la de ser un bey. Creo que tratas de pelearte conmigo. Y me pregunto por qué. ¿Acaso porque prometí hacerte mía esta noche?

Agnes tembló ante tales palabras.

—No me gusta ser deseada como un objeto.

—¿Cómo te gustaría ser deseada?

—Como un ser humano; en el supuesto de que estuviera interesada en esa clase de actividades.

—¿Pero no lo estás? —rió—. Me diviertes mucho, mon ange. ¿Imaginas que cuando te tuve entre mis brazos y te acaricé con mis manos, no sentí tu respuesta? Negarlo sería una solemne mentira, así que no te molestes en hacerlo.

—Te crees muy listo, ¿verdad, amo Razul? Muy superior en todo a cualquier mujer. El dueño de tu destino, con ninguna consideración hacia las que deseas y luego arrojas a un lado. ¿No has amado a ninguna?

—Amor es una simple palabra —replicó—. ¿Qué quieres decir?

—Cuidar de alguien, compartir algo con esa persona... ¡Oh! Yo no pretendo saberlo. Pero has pensado sobre ello, ¿no?

—¿No lo hacen todos?

—Hay excepciones.

—¿Tú, por ejemplo, mi señor?

—Se me ocurre que amar me causaría más problemas que provecho. A mi padre no le hizo feliz amar como amó.

—Pero aquellas fueron unas circunstancias desgraciadas —replicó la joven, poniéndose en pie, como si una mano la hubiera empujado—. ¡Dios mío! ¿Qué estoy haciendo?

Razul Bey la miró con fijeza y repentinamente apagó su puro y se acercó hasta donde ella se había detenido.

—Eres un manojito de nervios —le sujetó las manos, apretandoselas con fuerza—. *Doucement, mon ange, doucement.*

Habló con un tono hondo, persuasivo, pero Agnes se sintió impulsada a separarse de él cuanto le fuera posible. No se dejaría seducir ni por su actitud, ni por su voz, ni por sus caricias y ni siquiera por aquellos ojos, tan cambiantes como el desierto.

—¡No soy un caballo que necesite ser domado! —casi se torció la muñeca al tratar de desasirse—. Si no me dejas ir, gritaré: «¡Violación!» con toda la fuerza de mis pulmones.

Los párpados masculinos se entrecerraron ante la amenaza; la soltó tan bruscamente, que ella se tambaleó y casi cayó. Razul hizo un gesto, como si estuviera formulando algunas palabras que no llegó a decir y, poco después, salió del aposento.

Agnes se acarició la muñeca izquierda, roja a causa del brusco apretón.

No, a su señoría no le gustaba aquella palabra. Era lo que se proponía, aunque no le agradaba que nadie se lo echara en cara.

Agnes se sintió sofocada. ¡Maldito demonio! Pero, mientras pensaba así, lágrimas ardientes brotaban de sus ojos y rodaban por sus arreboladas mejillas.

Salió corriendo hacia el jardín y se perdió entre los arbustos.

Capítulo 9

LA orden llegó, inesperada, justo cuando Agnes empezaba a abrigar esperanzas de que, al conservarse fuera de su camino, Razul Bey estaba haciendo exactamente lo que ella quería que hiciera.

Kasha estaba preparando su equipaje. El viaje al desierto, del que le había hablado, era inminente.

—No me inclinaré ante su mandato —rechazó moverse del diván y cumplir su orden de ir a los establos para escoger un caballo—. Piensa que sólo tiene que alzar una ceja para que todos le obedezcan. No tengo intenciones de acompañarlo.

—Pero yo tengo toda la intención de llevarte —entró con grandes zancadas en la habitación, con su mandíbula tan sólida como una roca—. Harás lo que yo diga, Kasha, no lo que dice esta bint. ¡Arriba, mon amie!

Agnes se sentó, rebelde, y jadeó de manera audible cuando él la levantó sin esfuerzo y la puso en pie.

—Ven conmigo y no digas algo que ambos tengamos que lamentar.

—¡Tú... fanfarrón! —luchando con todas sus energías, fue conducida con firmeza fuera del serallo, hasta el ardiente patio y de aquí a los establos. El fresco corredor estaba formado por una fila de caballerizas ocupadas por equinos árabes, de cabezas suaves y hermosas.

—Pensé que soñabas con tener un caballo —Razul Bey recorrió su vestido con la mirada—. Voy a regalarte uno.

—¡Cuánta magnanimidad, mi señor! ¿Qué he de darte a cambio, un beso en la mano? —a pesar de su reto, la joven se sintió excitada. Poseer un caballo era su segundo más ferviente deseo, y sabía muy bien que la cuadra de Razul Bey se componía de animales de la más fina estirpe.

—No vayas a llegar a la conclusión de que podrás huir con él. Ahora escoge, mon amie. Demuéstrame que tienes buen gusto y conocimientos.

—Cada uno de estos caballos es una belleza —retuvo el aliento, porque en aquel instante había visto al de sus sueños, un alazán de espesa crin y límpida mirada. Se detuvo y, sin temor, tocó la brillante piel del cuadrúpedo—. ¿Lo dices de veras, amo Razul? ¿Puedo escoger el que más me guste?

—Nunca me retracto de mi palabra, aunque escogieras a «Oseille», que tiene el hábito de tirar de la silla a quien se monta en ella.

—No me tirará —dijo confiadamente, sin retroceder cuando el caballo empezó a olisquear la parte delantera de su vestido.

Razul Bey llamó por señas a uno de los caballerizos y le habló en árabe. El chico abrió la cuadra y sacó al caballo, que agitó la crin y relinchó cuando le colocaron la silla, una silla color escarlata, con estribos de plata. Agnes estaba ansiosa por demostrar su habilidad como amazona, pero no podía hacerlo llevando vestido y sandalias.

—Necesito botas —dijo y, aunque estaba detenida peligrosamente cerca del inquieto animal, no se movió.

Razul Bey la agarró por la muñeca y la apartó. Dio algo al caballerizo, quien fue al lugar donde se guardaban los utensilios de montar y salió con un par de botas de piel de cabra. Parecían

nuevas, por lo que Agnes le miró interrogante.

—Kasha me dijo la medida de tu pie —aclaró—. Estas botas han sido hechas a mano para ti.

—Ya veo —odiaba sentir gratitud por cualquier cosa que le diera—. Tenía botas de montar cuando vine, pero me las quitaron.

—De duro cuero inglés. Encontrarás éstas mucho más cómodas y fáciles de usar. Cógelas.

Lo hizo, murmurando un «gracias».

—Te esperaré aquí mientras te cambias —parecía no tener interés en si a ella le complacían o no sus regalos.

Corrió, apretando las botas contra sí. Llegada a su habitación, se apresuró a quitarse el vestido y a ponerse una camisa de seda, encontrada en el cofre, y los viejos pantalones que le servirían para montar. En tanto se calzaba las botas la asaltó un recuerdo doloroso de El Oasis. lo que la obligó a no dejar la plantación cuando Sadik la urgió a hacerlo fue su lealtad hacia el anciano que yacía en el dormitorio. No podía abandonarlo, aunque estuviera muerto y no se diera cuenta de si ella se quedaba en la casa devastada por la tormenta o huía como todos los demás.

Se dirigió hacia los establos, donde el semental gris-plata de Razul Bey había sido ensillado. El joven árabe la miró con cierta conmiseración.

—Ya estás de vuelta —le ofreció un látigo, que Agnes aceptó. Entonces, con ansiedad, se acercó a «Oseille» y empuñó las bridas, atentamente observada por los mozos de cuadra mientras ponía el pie en el estribo y balanceaba la pierna sobre el lomo del alazán. Lo sintió tensarse al sentarse en la silla y apretó las riendas en tanto le hablaba en inglés con voz suave y acariciadora.

—Ahora, pórtate bien, demonio. No me vayas a tirar delante de suseñoría y hacerme pasar por una estúpida principiante.

«Oseille» alzó las orejas, sus cascos golpearon las baldosas, agitó la cola y lanzó miradas laterales a la extraña mujer que tenía sobre sus lomos.

La joven afianzó bien los pies en los estribos, notando, una fracción de segundo antes de que lo hiciera que el caballo estaba a punto de encabritarse, así que se sujetó con firmeza en vez de hacerlo con desesperación.

—No me vas a desmontar —y, mordiéndose el labio, bajó el látigo hacia el reluciente cuerpo. El caballo se estremeció, como sorprendido de que una amazona lo tratara así. Era evidente que había dado por hecho que la iba a arrojar al suelo fácilmente—. Pórtate bien —ordenó—. Deja tus travesuras para otra ocasión.

Más allá de su concentración en el caballo, Agnes oyó una divertida y medio sofocada risa. Sus manos apretaron las riendas de cuero con mayor firmeza aún. ¿Qué esperaba Razul Bey? ¿Qué sería incapaz de manejar su preciosa y rebelde joya? Le lanzó una rápida mirada mientras él montaba su caballo, que se encabritó, se calmó y luego volvió a levantarse de patas, mascando el freno que le impedía lanzarse inmediatamente hacia el desierto.

—¡Vamos! —la palabra fue como un reto para Agnes y clavó sus tacones, guiando a «Oseille» en un medio galope. Era entonces o nunca. El caballo la obedecería o se rebelaría de una vez. No había término medio.

Se quedó muy quieto e inclinó hacia adelante la hermosa cabeza. La joven intentó convencerlo hablándole dulcemente:

—Sé mi amigo. Necesito a alguien en quien confiar y tú eres un bello y adorable demonio. Compénsame por haber perdido a Firefly.

Admiró su orgullosa resistencia, una resistencia que entendía perfectamente, porque, ¿no estaba ella en la misma situación respecto al bey de Karah? Sus dedos apretaron la fusta, pero no volvió

a utilizarla.

De repente, «Oseille» irguió la cabeza, como si estuviera percibiendo una llamada del desierto.

Allí estaba, sin límites, rodeado de dunas tostadas por el sol. La figura de Razul Bey y su cabalgadura se recortaba contra el dorado fondo. Entonces el caballo se precipitó en pos del semental gris—plata y Agnes sintió el aire cálido acariciándole el rostro.

Contuvo la respiración cuando el galope del alazán la llevó lejos del palacio. Miró hacia atrás y descubrió las torres y domos perderse en el aire, como el espejismo que le hubiera gustado que efectivamente fuera.

«Oseille» alcanzó al semental y Agnes sospechó que Razul Bey estaba reteniendo su montura hasta que ella se acostumbrara al fiero animal que había escogido. De cualquier manera, no podía esperar a igualar al bey en lo que se refería a su maestría y conocimientos sobre aquel asunto.

El manto de Razul se hinchó, formando una figura pintoresca sobre supoderoso corcel gris; sin decir nada, galoparon el uno junto al otro.

La excitación brillaba en los ojos de la chica, cuando al fin se detuvieron para descansar bajo unas palmeras. Razul Bey desmontó; ella se mantuvo durante un instante sobre la silla conteniendo el aliento.

¡Aprovecha la oportunidad!, le susurró una vocecita interna. Ya había probado al animal, sabía que era capaz de controlarlo y era la respuesta a su oración: poner las manos sobre las riendas de un caballo que poseía tanto valor y potencia.

—¡Olvídalo!—las palabras surcaron el aire—. Te alcanzaría y, en caso de no poder hacerlo, te perderías; aunque el desierto te parezca vacío, hay nómadas que viven en él. Como te he dicho antes, están menos limpias sus manos que las mías... menos educadas en todos sentidos.

Agnes se quedó, tensa, sobre la silla. Sus dedos apretaron el látigo que él le había dado y pudo sentir las marcas de la escritura arábiga en el mango de plata.

—Desmonta y permite que el caballo descanse.

Se estremeció e hizo lo que se le pedía. Era tonto discutir con él.

—Eres una buena amazona. Lacroix fue un buen maestro.

—Lion también me enseñó a disparar —replicó fríamente—. Creo que de haber vivido con él toda mi vida, en vez de haber estado en un colegio de monjas, te habría disparado la mañana que llegaste a El Oasis. Mi problema, Razul Bey, es que, me enseñaron a confiar en la gente y en sus intenciones.

—Si te he presentado de golpe mis intenciones, es porque esa es mi manera de ser. Nuestra permanencia en el desierto ha empezado. He dado órdenes a los sirvientes para que nos siguieran con las tiendas y el equipo para acampar, y nos alcanzarán en más o menos media hora.

—¡Eres de lo más divertido! Has pensado que en cuanto tú lo dijeras yo aceptaría acampar en el desierto.

—Tal vez por ser mayor que tú, mon amie, y ser un hombre del desierto, percibo tus deseos secretos antes incluso de que se te ocurran —levantó el trenzado látigo y señaló los alrededores con un ademán abarcador—. Dime que el desierto no te intriga. Podía apostar que desde el momento que llegaste a Oriente, sentiste su magnetismo y su misterio. Los colores y perfumes fueron como vino dulce que no pudiste resistir. Dime que no fue así.

Agnes aferró la fusta. Oh, sí, Razul Bey era un excelente observador, sabía leer el pensamiento. Para él era como una página del libro de la vida y, con sus experimentados ojos e instintos, había descifrado los rincones más ocultos de su mente: aquellos pensamientos, aquellos deseos que ni

ella misma se atrevía a confesar.

—Debes admitir que me has traído a rastras —habló con fría arrogancia—. Me lo ordenaste, no me lo pediste.

—¿Crees, puedes imaginar, que yo consultaría mis planes con una bint como tú? —sus labios se curvaron divertidos—. ¡Cuánto tienes que aprender sobre mí y mi forma de ser! Esa es una de las razones por las que preparé este viaje al desierto. Aquí aprenderemos uno del otro, porque éste es el jardín de la sabiduría.

—Para no mencionar a la serpiente... —interpuso Agnes parada bajo la sombra de las palmeras, retándolo, esbelta y erguida, con sus pantalones blancos, camisa color maíz y botas hasta la rodilla.

—Me agradan el peligro y las delicias del desierto. Quiero compartirlos contigo.

—Sus palabras tuvieron un curioso efecto en la muchacha, un efecto inesperado que ocultó con rapidez volviendo la cabeza para mirar a lo lejos.

—El desierto, por la noche, es uno de los lugares más sombríos de la tierra —prosiguió él—. Nunca te has adentrado tanto como para advertir que cuando las estrellas, en el cielo, están tan aglomeradas convierten con su brillo la arena en marfil. Nunca has probado comida preparada sobre un fuego alimentado con boñiga de camello. Nunca has dormido en una tienda de cuero negro, pero hoy lo harás.

Otra vez Agnes se estremeció íntimamente... otra vez sintió aquella reacción que hacía que sus huesos se convirtieran en gelatina. Se apoyó contra la palmera y trató de parecer fría, indiferente y distante.

—El tiempo no existe en el desierto —parecía que Razul estuviera absorbiendo aquel esplendor por los poros de su piel—. Una huella en la arena es borrada por un soplo de viento. Las pasiones de miles de años son aún las pasiones de esta noche. Todo, cada atardecer, es sobrenatural y sereno. Razul Bey respiró profundamente.

—Viviría toda mi vida aquí, si fuera posible, pero me conformo con escaparme de cuando en cuando durante un corto tiempo.

Se volvió hacia su silenciosa acompañante subrayando su movimiento con el vuelo de la capa.

—Eres la única mujer a la que he traído en una de estas excursiones.

Agnes lo miró fijamente, sin saber qué responder. El desierto era dominante y ella temía su respuesta a él... era como si le respondiera al bey mismo. No llegaba una réplica a sus labios, como si su mente, en blanco, fuera incapaz de inspirarle un solo comentario. Se sentía indefensa, incluso cuando Razul, de pronto se acercó y la atrajo hacia él, no supo cómo reaccionar.

Imágenes espeluznantes cruzaron por su cerebro mientras el látigo de Razul crujió agudamente y algo cayó del tronco de la palmera donde ella había estado apoyada. Miró hacia abajo, al escorpión que acababa de quedar muerto a sus pies, y tembló como una hoja al percatarse de lo cerca que había estado de ser mordida.

—Suelen encaramarse ahí y ponerse al acecho —su aliento abanicó la piel de Agnes, que se estremeció por un sentimiento diferente—. Espero que no te desmayes.

—¡No!—intentó separarse de él, pero su brazo se apretó alrededor de ella, y sintió la presión de sus músculos, en tanto bajaba la cabeza y acercaba su boca a la de ella—. Supongo que debo agradecértelo habló con voz trémula, tratando de evitar que sus labios se encontraran.

—Cuando un hombre se toma el trabajo de salvarle el cuello a una chica, espera alguna recompensa —su acento era ligeramente burlón—. Esto es el desierto, mon amie, con todas sus bellezas y peligros. Aquí ya no importa que tú seas una Lacroix y yo Razul Bey. Somos dos

personas que se encienden como la yesca y echan chispas cuando sus ojos se encuentran. Mírame —con su mano la obligó a hacerlo, sosteniéndola por la nuca mientras estudiaba su rostro. Escudriñó sus facciones como si buscara la razón y el porqué de estar tan juntos y no poder anular sin embargo la incompreensión que los separaba.

No había ningún indicio de ternura en su mirada, ningún rastro de amor; no obstante, Agnes olvidó el desierto y cuanto los rodeaba cuando él aprisionó sus labios.

Era como la tormenta que había devastado El Oasis, una tormenta salvajemente fuera de control, atemorizante por su intensidad... que luego había ido aquietándose hasta adquirir una calma semejante a la de la muerte misma. El se separó de ella al oír tintinear las campanas poco antes de que los animales de largos cuellos y sus jinetes aparecieran ante su vista.

La joven recibió instrucciones de montar.

—Tenemos alguna distancia que recorrer antes de llegar al sitio donde levataremos nuestro donar.

Agnes agarró las riendas, pero aún temblaba por el beso que había sido obligada a compartir. Para mayor suplicio, su falta de concentración en lo que estaba haciendo facilitó que el caballo se encabritara y diera con sus huesos en la arena. Razul Bey la miró con expresión burlona.

—¿Tienes las piernas débiles? —preguntó ofensivo.

Volvió a ponerse de pie, lanzando miradas furiosas y cogió las riendas de nuevo; apretando los dientes, subió a la silla de «Oseille», aspirando el aire que logró ir aclarando la confusión que los labios masculinos habían sembrado en su mente.

El beso había sido tan embriagador que no le permitió pensar en sus intenciones, ahora que estaba con él en el desierto... el jardín de los dioses, donde las pasiones de otras épocas eran las pasiones de aquella noche.

Cabalgaba tan rápidamente como el bey mismo, pero no tenía que mirar hacia atrás para comprobar que él la perseguía con su caballo. Corrieron bajo el ardiente sol, por las colinas de áspera arena, entre desvaídas rocas que refulgían bajo la luz del sol.

Un reino sin edad. El lugar del destino. Estaba escrito; era su sino... No, no se apegaría a tal creencia, ni se sometería a ella de buen grado.

Había sido forzada a aquella situación, y todo lo que aquel demonio del desierto quería era doblegarla. Sólo entonces se sentiría satisfecho; entonces podría dejarla ir, sin preocuparse más de ella ni de lo que la había hecho.

Cuando el semental alcanzó a «Oseille», la mirada que Agnes lanzó a Razul era azul como una piedra preciosa. Había una extraña sensación en la joven que la traicionó al contemplar al jinete. Era como la encarnación de los antiguos dioses paganos y no podía negar su incomparable energía, la forma en que montaba al poderoso equino.

Agnes comprendió que no podría huir de él. Razul hizo que el animal cabalgara al mismo paso que el de ella, y después de un rato, el sol empezó a tornarse una gran bola roja y casi cada color imaginable empezó a surcar el cielo.

El desierto, bajo aquel caudal irisado, era tan hermoso que no había palabras para describirlo.

Abrigaba la curiosa sensación de que la estaba llevando a donde su madre había sido encontrada, y sintió el tumultuoso palpar de su corazón cuando un grupo de árboles y pilares de roca aparecieron frente a ellos, como un templo de forma primitiva. Miró oblicuamente el perfil de Razul, que parecía como si estuviera forjado en bronce, a la luz del sol declinante. «Desierto indómito... hombre indómito», pensó.

Bajo el encendido ocaso, glorioso y fiero, llegaron al lugar donde acamparían, entre un

conjunto de rocas.

Los cargados camellos encogieron los labios al ser obligados a arrodillarse en la arena, que tenía un misterioso tono morado. La chica saltó de la silla, sintiendo un escalofrío de anticipación y la sensación de frío que se sentía al declinar el sol.

Afortunadamente, las hogueras de boñiga de camello y arbustos fueron encendidas con prontitud.

Pronto, con agilidad y maestría fueron izadas las tiendas; la del bey era la más cómoda. Fue erigida bajo los delgados pilares de piedra, con sus altas paredes cubiertas con grandes tapices que mantenían el frío de la noche fuera. Las lámparas de aceite, de cobre, fueron encendidas, y las cafeteras y tazas dispuestas en una mesa colocada frente al diván de pieles de borrego.

Agnes, parada ante la puerta, miraba, tensa como los sirvientes preparaban la cena. El aroma del café que estaban tostando se esparcía por el aire en la oscuridad, junto con el del cuzcuz que se preparaba en las grandes perolas de hierro.

Al quitarse el turbante de muselina, dejó al descubierto su cabellera desarreglada y antes de que pudiera retroceder, él había pasado una de sus manos por ella, apreciando, a pesar de todo, su suavidad.

—Plata, ceniza y oro —dijo, en aquel tono de voz que a la joven le resultaba tan inquietante.

Se quedó muda.

—Vamos, entremos. Abdul nos traerá café y, después podrás tomar un baño.

—¿Un baño? —exclamó, mirándolo con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¿Aquí, en medio del desierto?

La condujo al interior de la tienda bien iluminada gracias a las diversas lámparas, donde los tapices que colgaban del techo daban a las paredes una apariencia suave y cómoda. Señaló la sección oculta por unas cortinas.

—Detrás encontrarás un baño fabricado con piel de camello y el agua será sacada, con cubetas hechas del mismo material de un pozo de mi propiedad, construido en lo más profundo de las rocas. Como te dije una vez, el agua tiene un valor incalculable para el hombre del desierto.

—¿Harás uno nuevo donde estaba El Oasis?

—No he pensado en ello —replicó—. Bien, ¿qué, piensas de nuestra tienda?

—¿Nuestra tienda?

Las palabras enviaron un mensaje de alarma a la mente de Agnes, la cual se sintió impotente. Ya no le cupo duda de que él se proponía dormir allí, con lo que esto podría significar de intimidad entre ambos. Ante aquel estado de cosas, se sintió impulsada a escapar.

Pero, antes de que hubiera podido mover un dedo, él se apresuró a desatarle la capa y a quitársela de los hombros.

—Ve al diván y descansa. Hemos tenido una larga cabalgada, y has montado un caballo árabe. ¿Te gusta «Oseille»?

—¿Cómo podría ser de otra manera? —sólo para evitar su cercanía, se acercó al diván y se desplomó sobre él, lo que fue un alivio ya que sus piernas habían empezado a temblar en cuanto intuyó que iban a compartir la tienda.

—Te doy el caballo —se quitó su propia capa y se detuvo ante su interlocutora. La túnica masculina estaba abierta en el cuello y rodeaba su cuerpo sostenida por un cinturón de cuero repujado. Se quitó las espuelas y durante todo aquel tiempo, se sintió como fascinada por su gracia felina y su fuerza.

—«Oseille» es tuyo —añadió—, pero no si vas a huir con él, Dios sabe dónde.

—¿Por qué te preocupa eso? ¿Eres acaso diferente de los nómadas que atacaron a tu madre? ¿Fue aquí donde la encontraron medio muerta? —Cerca —admitió—. ¿Tienes miedo de los fantasmas?

—¿Y tú? —replicó—. Son tus fantasmas, no los míos. Son tus recuerdos los que no se inmobilizarán durante la noche. ¿Por eso me has traído aquí? ¿Para olvidar tus añoranzas?

—Yo era un niño cuando mi madre murió. No puedo tener nostalgia de ella. Sólo he visto su rostro en una fotografía.

—Tenías diez meses —le recordó—. Aun a tan temprana edad, un niño se da cuenta del amor y del cuidado que ha perdido de pronto, tan preciado eslabón se rompió y en tu mente infantil no pudiste entender por qué sus caricias, la forma de hablarte, tan especiales, se habían ido, habían desaparecido para siempre.

La joven se sorprendió de su propia elocuencia.

—Desde entonces, Razul, has tenido miedo de abrirle tu corazón a alguien, por si ese alguien, tras un breve intervalo, te abandona.

En el silencio que se hizo entre ellos, pudo haber contado los latidos de su corazón. Luego él encogió los hombros.

—Es una teoría romántica, pero sucede que nunca me sentí privado de afecto en mi infancia. Mi padre me concedió toda la atención que pudo sustraer a sus obligaciones y nunca estuve falto de cariño. Nunca aprovechó la ley musulmana que le permite a un hombre tomar cuatro esposas, así que fui su único hijo.

En aquel instante, la entrada de la tienda fue echada a un lado y Abdul entró, inclinándose discretamente ante ellos mientras llenaba la cafetera de plata con otra mayor.

—La leh-lah me servirá —le dijo Razul Bey en francés.

El criado asintió y miró alrededor por si algo no se hallaba en orden.

—El agua del baño está casi a punto, mi señor —manifestó—. La cena estará lista dentro de una hora.

—Excelente —el bey sonrió y Agnes advirtió en sus ojos algo que la asustó. Los hombres que servían a Razul Kebir le eran fieles de una forma que ella había echado de menos en El Oasis, entre Lion y su personal. Sin importar cuál pudiera ser el peligro que corrieran aquellos hombres estarían siempre de parte de Razul y no precisamente porque el miedo a su castigo les hiciera ser leales.

Un suspiro escapó de sus labios en tanto se inclinaba hacia la mesa y llenaba las tazas con el fragante brebaje. Cuando alzó la cabeza, él avanzaba hacia el diván. Una vez acomodado, ella le sirvió el café.

—Empiezo a pensar que nada de lo que haga te complacerá —comentó él mientras movía la cucharilla.

—¿Te refieres al desierto? —indagó con voz ligeramente temblorosa—. Tú sólo te complaces a ti mismo. ¿Cómo podría ser de otra forma, dada tu innata arrogancia?

—Mi arrogancia —replicó—. ¿Qué poco conoces a los hombres! Y, sin embargo, debiste de ser testigo del deseo de tu abuelo por doblegar la vida de los demás en beneficio propio. ¿Cómo piensas que está el mundo? ¿Cómo imaginas que se sostiene? Los hombres no son diferentes de los tigres; las cosas salen mal cuando los seres humanos se olvidan de ser como un animal orgulloso y astuto.

—Lo tienes presente en todo momento, ¿verdad, mi señor? ¿No te preocupa que el hermano de la princesa Jamaila pueda intentar deponerte?

—Su temor hacia mí es mayor que su ambición. Tiene un séquito, que lo apoya exclusivamente para su provecho, pero yo cuento con mayor influencia sobre la tribu. Soy un jefe importante, porque me preocupo por la gente.

—Y porque te sientes muy satisfecho y seguro de ti mismo —exclamó Agnes—. ¿Hay algún momento en el que te asalte alguna flaqueza?

—No soy más insensible que tú —le tocó el brazo a través de la seda—. Trés sensuelle, y el color te sienta muy bien.

—Perteneció a tu madre —lo examinó con curiosidad, pues había sido un detalle muy atento por su parte haberle permitido usar el guardarropa de lady Lily.

Los dedos masculinos se deslizaron hasta su muñeca.

—No debes esperar que los hombres se comporten como santos, mon amie.

Estamos todos bajo el designio de los caprichos de nuestra forma de ser.

De haber querido la seguridad de una vida enclaustrada, no habrías venido a Oriente. Te habrías quedado donde estabas, pero sentiste la llamada del desierto, y aquí estás. Niégalo. Niégalo si te atreves.

—No voy a negarlo. Pero sí diré que cuando llegué a El Oasis, no podía soñar que acabaría cayendo en las garras de... de un bandido como tú. —¿Bandido? —pareció divertido, pero la forma en que le apretó la muñeca denunció otro tipo de sentimiento.

—¿Cómo se supone que debo llamarte? —lo retó.

Ella se dio cuenta de que la estaba atrayendo hacia él.

—No —negó una vez más, y la palabra murió en un sonido entrecortado al apoyarla él contra su pecho e inclinar la cabeza hasta encontrar la suya.

Lo hizo tan rápido que Agnes quedó inerte entre sus brazos, con los labios de ambos sellados, antes de que pudiera proseguir, en caso de que lo hubiera propuesto.

Con deliberación, él apretó su boca, poseyéndola como si fuera un fruto para su deleite. Aunque Agnes se sintió furiosa y con el decidido propósito de luchar con él hasta que la dejara ir, una extraña lasitud la sobrecogió y se encontró asaltada por sensaciones tan enervantes que apenas pudo soportarlas. Los labios de Razul Bey viajaron, errantes y cálidos, en busca de su cuello y siguieron por una lenta y atormentadora travesía hacia abajo, hasta el escote de su camisa.

Los dedos de la chica se clavaron en su espalda, donde podía sentir sus músculos cubiertos por la túnica. Y como si él hubiera tomado aquello como una señal, su boca siguió hacia abajo. La joven boqueó cuando él besó sus senos como había besado antes sus labios, deliberadamente, con una persistencia que casi la llevó a maldecir contra él y contra ella por sentirse tan desvalida y entregada.

—No... —la palabra salió por fin sofocada.

—¿No te das nunca por vencida? —preguntó él, y sus ojos miraron directamente los de ella, como si supiera que había roto su barrera emocional y la había hecho sentir un deseo absolutamente devastador.

—Deja de usar la fuerza bruta conmigo; sabes que no puedo defenderte.

—Es en otro campo donde no puedes defenderte. ¿Por qué luchar contra mí si la rendición sería el mayor deleite?

—Nun... nunca me rendiré...

—¿Significa eso que tendré que tomar por esa fuerza que me atribuyes lo que te niegas a darme de buen grado?

—Pero has dicho... —se cortó, sofocada por el bochorno en tanto que los ojos de él recorrían

el cuerpo femenino divertidos y un poco calculadores.

—Nos hemos dicho demasiadas cosas el uno al otro —enarcó una ceja—. ¿No puedes ser un poco más explícita?

—Cuando negaste... cuando aseguraste que la violación no entraba en tus cálculos.

—Nunca te he mentado, me creas o no —al hablar deslizó los labios, de una forma atormentadora, sobre su blanca piel—. No confundas la violencia de un rapto con la forma en que te estoy tratando, mon amour. Si estuviera rabioso por poseerte a cualquier precio, lo hubiera hecho la primera noche que estuviste en El Karah. Nadie me habría detenido; menos, tú misma. ¿Piensas que un violador se sienta y conversa con su víctima? ¿Realmente crees que me parezco a un vil insensato, determinado a causar dolor y humillación?

La mirada de la chica estaba fija en su rostro, sin advertir aquel tipo de bestialidad. Pero lo que vio, la hizo morderse un labio.

—Estás tratando de seducirme, ¿no? No te importa ni mi orgullo ni el respeto que me debes. Sin embargo, esperas que la chica que se case contigo sea pura como la nieve de las montañas.

Las palabras de Agnes quedaron flotando sobre ellos; entonces la separó de su regazo y se levantó. Con un estremecimiento, la muchacha se arregló la blusa.

—Tienes razón, por supuesto. Todo hombre desea una novia inocente y yo no soy la excepción. La tendré, no lo dudes.

—Yo sólo soy un hors d'oeuvres, ¿verdad? —se alisó el pelo tratando de fingir desdén. Pero sabía que una parte secreta de ella ya había sido descubierta.

—Te dejo. Ve preparándote para la cena —parecía intuir que Agnes estaba luchando... contra la insidiosa atracción existente entre ellos—. No te asuste el deseo —dijo suavemente—. Es más natural que la castidad. Eres demasiado bella para ser ajena a la pasión.

—Puedes guardártela —replicó tormentosamente—. Guárdatela para tu novia. Sé que la tienes reservada en un purdah hasta que tú decidas.

—¿Con quién has comentado mis planes de boda?

—Con tu prima, la princesa Jamaila. Parecía impaciente por hablarme sobre la niña que ha sido seleccionada para ti.

—¿Y estás celosa? —preguntó insultante.

—¿Celosa? —alzó la barbilla voluntariosa—. Tu vanidad iguala a tu arrogancia, Razul. Crees que toda mujer está enamorada de ti... ¡Si quieres tenerme, tendrás que arrastrarme hasta tu cama!

—¿Tendré? —sus labios se curvaron en una sonrisa—. Hay muchos tipos de mujeres en este mundo, y entre ellas, ciertamente, aquellas que lo dan todo por el lujo y la tranquilidad.

—No soy de esa clase —sus ojos llamearon.

—Estamos de acuerdo. Sin embargo, la vida en una tienda en el desierto te agradecerá.

—Seguro, si no tuviera que tolerar tu compañía.

—Mi compañía no es tan horrible. ¿Deseas que te lo demuestre?

Agnes se hizo a un lado para evitar que la tocara y él salió de la tienda con una carcajada, dejándola sola. Oyó la actividad del campamento y fijó su atención en el lenguaje que no podía entender, a excepción de unas pocas palabras de uso común. También llegó hasta ella el sonido de los cascabeles de los camellos, que rumiaban el alimento, y la música de una flauta.

De repente, se asustó ante una mano que corría la cortina de entrada a la tienda. Era Abdul y un muchacho, que portaban cubos de agua humeante.

La muchacha los siguió a la parte velada de la tienda, donde el baño había sido preparado con todas las comodidades de un hogar. Sorprendió al muchacho mirándola de reojo inquisitivamente,

lo que no la extrañó, ya que ella era la kadin de su bey. Era la mujer que su amo había traído para su placer, un placer como pudiera serlo la cacería o cetrería que se llevaría a cabo durante la excursión.

Fueron transportados algunos cubos más, hasta que la bañera quedó llena. Entonces la dejaron sola, para que pudiera bañarse. Se sentía bien sumergida en el agua jabonosa después de tan prolongado viaje a caballo y aunque sus miembros pronto se calmaron, no podía decir lo mismo de sus sentimientos.

Era como si las facciones de Razul Bey estuvieran marcadas a fuego en su cerebro. Como si sus besos hubieran quedado grabados en su boca. Incluso mientras se bañaba revivió la cálida y ardiente sedosidad y fortaleza de su abrazo. Frotó su piel como castigo, tratando de borrar con la esponja sus anhelos, pero el recuerdo dominaba sus sentidos... sentidos que habían estado dormidos hasta que él había venido a despertarlos tan violentamente.

«¡Maldito demonio!», insistió en su exclamación favorita. Salió del baño y se envolvió en la enorme toalla, evocando sus días de colegio y las prendas que tenían que usar para entrar en el agua. Siempre la lección básica había sido que la carne era débil y deseosa, y debía someterse a un enérgico control.

Todo muy apropiado para las monjas, enclaustradas como estaban detrás de paredes que las mantenían a salvo de las tentaciones del mundo. Agnes estaba en lo profundo del desierto, con un hombre que había vivido según sus reglas en su propia tierra, su propia cultura y donde la mujer no tenía más valor que cualquier otro objeto incluso menos.

Un hombre cuyo rostro la había fascinado, así como el tono de su voz y la agridulce suavidad de su tacto.

Sus besos tenían un efecto enloquecedor sobre sus resoluciones, que cada vez eran menos resueltas. ¡Deseo! ¡Amor! Aunque se mofaba de tales sentimientos, sentía curiosidad sobre el misterio de sentirse querida y estar enamorada.

Sentada en un banco, se secó el cabello que Razul Bey había acariciado hacía poco tiempo. Había habido cierta ternura en su ademán, así como crueldad en su voz cuando admitió que aceptaría como su esposa únicamente a una doncella inmaculada.

Se echó el pelo hacia atrás, despejando su frente, y sus ojos azules brillaron inundados de lágrimas. A él nunca le habían importado sus sentimientos. Le había hecho saber que estaba allí, en su tienda, con el único propósito de divertirlo. Todo lo que podía hacer era quedarse tan pasiva como le fuera posible y no sentirse rebajada por lo que la obligara a sentir cuando la besara. Tal vez ella tuviera un secreto anhelo de afecto y eso la traicionaba. De cualquier forma, de entonces en adelante, estaría en guardia, aunque él la desquiciara y la abrumara con sus sensuales atenciones. Razul Bey era un individuo de fuertes pasiones capaz de transmitírselas a cualquier mujer que estrechara en sus brazos.

Los músculos de su vientre se tensaron al imaginarse en la cama, un sofá bajo cubierto de gruesas pieles de borrego, notando la seda de sus labios deslizarse por su piel... Nunca antes había estado tan pendiente de sí misma. Sentía su cuerpo en relación al del hombre tal y como estaba hecho, tal y como podía acoplarse a los deseos masculinos, allí sobre aquellas pieles, en la penumbra de una tienda levantada en medio del desierto.

La escena resultaba devastadora, ya que casi pudo sentir la piel de Razul Bey, morena y cálida, mezclada con la piel blanca y sus labios errando sobre ella, de la cabeza a los pies, en una larga, interminable caricia.

Capítulo 10

El vestido era de color azul violáceo y la sedosa y suave tela brillaba sobre el esbelto cuerpo de Agnes. Estaba sorprendida de que Kasha hubiera escogido una serie de ropa femenina encaminada sin duda a complacer a su señoría; por un momento cruzó por su mente la idea de ponerse para cenar sus pantalones de montar, pero la desechó instantáneamente al percatarse de lo que sucedería si hacía aquello.

El amo del desierto se los quitaría y surgiría una situación muy difícil sobre la que ella ejercía muy poco control. Se dejó guiar por la precaución y se enfundó el vestido de seda y unas zapatillas que hacían juego, con tacones cubiertos de gemas. Las zapatillas eran bonitas, pero le apretaban; sus pies no eran tan delgados como los de las chicas del desierto. El tipo de chica que era reservada para hombres como Razul Bey... hasta su boda.

La joven se acercó a la mesa, donde por primera vez cenaría en el desierto con el bey. Junto a ella estaba el diván, invitadoramente alumbrado por las lámparas de aceite.

Cada aspecto de la tienda resultaba inquietante y perturbador. Los muchos tapices que adornaban las paredes eran del tipo oriental en sus colores y diseños y colgaban hasta encontrarse con las alfombras que cubrían el suelo. Aquí y allá, sobre el suelo, había cojines y, sobre otra mesa baja, un cenicero de plata listo para que el bey pudiera disfrutar de su puro después de cenar.

Agnes parecía muy atractiva, y como relajada con su vestido de flores violeta, pero por dentro era un manojo de nervios. No sabía a ciencia cierta cómo reaccionaría cuando Razul Bey entrara en la tienda. Sobre todo, deseaba mostrarse fría y reservada, como si la presencia masculina no la afectara. Aquel demonio no debía sospechar que se le había metido bajo la piel y la hacía recordar su naturaleza vulnerable y romántica.

Imágenes del desierto desfilaron por su cerebro, entre ellas cómo habían galopado de un lado a otro por las onduladas y doradas arenas, hasta que el sol empezaba a ocultarse. No podía negar que la bárbara belleza del cielo y la tierra fundiéndose en el horizonte la habían conmovido más profundamente que si hubiera cabalgado sola.

Bajo el incandescente sol, las arenas habían palpitado, cambiando del bronce al oro, de un sombreado azafrán a un morado oscuro. Ningún lugar en el universo podría ser tan fascinante y el bey había crecido por allí. Desde la niñez había absorbido el misterio y peligro de unos espacios abiertos ilimitados, tan fieramente castigados por el astro rey durante el día que las dunas humeaban y las rocas se resquebrajaban. Al caer la noche súbitamente, tras un brevísimo ocaso, el desierto cambiaba su aspecto hacia una pacífica belleza. Y por las noches, las hienas aullaban y los chacales se deslizaban hacia la luz lunar.

¿Cómo podría un muchacho no quedar hechizado por aquella tierra sin edad? ¿Cómo no ser afectado por aquella luna pagana y el quemante sol?

Poco a poco, Agnes empezaba a comprender a Razul, aunque no tenía razones para pretender que se sentía menos prisionera en su douar. No estaba allí por su gusto. Siempre sería así, porque amaba la libertad, y a él parecía no haberle importado arrebatarle el derecho de escoger o rechazar su compañía.

Se arrodilló en uno de los cojines de cuero y se preguntó si ella la habría buscado alguna vez

voluntariamente. Trató de imaginarse junto a él en una situación más civilizada y decidió que si hubiera sido educado en Francia, seguiría siendo como era; una fuerza huracanada que hacía inclinar las cabezas a su paso, porque tenía la mirada temeraria y autoritaria del hombre del desierto. Agnes lo vería siempre así porque ningún tipo de vida civilizada podría domesticarlo.

De repente, con sus pisadas silenciosas, Razul Bey apareció en la tienda, deteniéndose en la entrada para mirar a Agnes, que aún estaba hincada sobre el cojín... como si fuera una esclava a la espera de su dueño.

—Dios mío, concédeme una gran indiferencia —musitó ella. Pero no sería así... Todos los rincones parecían contener el aura del bey, vestido ahora con una túnica de seda oscura, su cabeza descubierta revelando la negrura de su pelo, cortado a la altura del cuello. Cada centímetro de él era imponente, y durante interminables segundos, quedó cautiva, sin poderse mover, de la fuerza de sus ojos color ámbar.

No había manera de escapar a aquella mirada. Había fuego en ella mientras se le acercaba y Agnes se sintió invadida por su presencia, en breves segundos estaría lo bastante cerca como para tocarla con sus manos.

—Eres una poderosa tentación —la cogió por los hombros y la atrajo hacía sí hasta que sintió la presión de su delgado cuerpo contra el suyo.

—¡Oh! ¿Cuándo te he tentado? —no deseaba que su voz sonara provocativa pero las palabras le salieron así.

—¡Qué preciosa estás! Casi esperaba encontrarte con tus pantalones de montar.

Agnes aguantó la respiración. Parecía estar leyendo dentro de ella lo que le inquietaba, pues, por contra, ella lo encontraba impenetrable.

—¿Estoy en lo cierto?

—Tú siempre piensas que lo estás, amo Razul.

—Me pregunto si alguna vez usarás mi nombre de una forma más dulce.

—Lo dudo, mi señor —entonces, por curiosidad, preguntó—: ¿Tienes un nombre francés, en deferencia a la nacionalidad de tu madre?

—Ah! ¿Sientes curiosidad por eso?

—Admito que lo de tu madre me intriga.

—¿Por su relación con mi padre? ¿Eres de esas que cree que el Oriente y el Occidente no deben mezclarse?

—Tal vez... —parecía insegura.

—Un hombre es un hombre, bint. Una mujer es una mujer, sin importar el color de su piel o las leyes del Corán o de la Biblia que tiendan una fina raya separadora entre ellos. Sí, tengo un nombre francés también, pero siempre he escogido el de Razul, el hijo de Hasan Kebir.

—¿Me dirás cómo te llamas en francés?

—No habría ninguna diferencia pues no te respondería por él.

—¿Te disgusta tanto tu sangre francesa?

—Hice mi elección cuando era niño y fui llevado en sus viajes al desierto por el amo Hassan. Él me enseñó a estar orgulloso de mi herencia oriental, y al crecer y convertirme en hombre, no sentí afinidad alguna con Occidente.

—Sin embargo, lees libros occidentales; los vi en las estanterías del palacio.

—Fui a una escuela militar en el sur de Francia, pero eso no significa que me haya convertido en francés. No más... —sus ojos se iluminaron con una sonrisa—... que tú te hayas convertido en monja porque asistieras a clase en un convento. Somos lo que somos, lo que debemos ser.

—Lo llamas destino, pero tratas de torcer los acontecimientos para acomodarlos a tus propósitos —no quería que sus ojos sonrientes la afectaran tanto.

—¿He soplado la arena hasta formar un vendaval? ¿Fui el culpable de la muerte de tu abuelo? —su sonrisa era burlona—. Vamos, mis poderes no son tan potentes.

—Te aprovechaste de la tormenta y de la muerte de Lion —trató de no recordar cómo sentía la boca cuando la besó—. Sabes que lo hiciste.

—¿Y qué si deseaba protegerte y me malinterpretaste?

—¡Protector! ¡Basura! Tenías un asunto que liquidar con mi abuelo y yo era la prenda en el trato. Si querías que pensara diferente, no debiste decir las cosas que dijiste acerca de él. Pudiste dejarme con mis ilusiones. Pero escogiste herirme.

Tal vez un dejo de tristeza en su voz o una sombra en sus ojos, hizo que él la liberara; sus dedos recorrieron su brazo hasta la mano, que sostuvo durante breves instantes. Pareció perderse en sus pensamientos. Luego sacó algo de su bolsillo y se lo ofreció. Era una costosa cadena hecha de turquesas en forma de escarabajos azules y en el centro una piedra turmalina.

—No... no lo quiero.

—Es una lástima. Parece hecho para lucirlo con el vestido que llevas.

—¿Qué intentas? —retrocedió aún más lejos de él—. ¿Estás tratando de comprarme?

—Siempre me discutes —de una zancada, llegó hasta ella y la sujetó, con rapidez enrolló la cadena de escarabajos a su cintura y cerró el broche. Dejó sus manos descansando en sus caderas, con suficiente firmeza para hacerla saber que el exótico cinturón se quedaría donde él lo había colocado.

—Todo ha de ser siempre a tu manera, ¿verdad? —se mantuvo inmóvil, intentando no sentir aquellos dedos cálidos a través de la fina seda de su vestido—. Seguro que ninguna mujer se ha atrevido hasta ahora a resistirse. Mucho menos cuando les ofreces regalos. ¿Era el pago por haber estado a tu disposición y servicio? Por ser tu juguete, hasta que la diversión terminara y te aburrieras.

—Pronto sabrás cuándo estoy aburrido. Nunca en mi vida he encontrado a nadie tan perversa como tú, ma chérie. ¿No te gusta esta tienda? ¿No deseabas explorar el desierto? ¿Te pusiste ese vestido para pasar inadvertida?

—Es el menos revelador de cuantos me envió Kasha.

—Habrà otras noches —comentó—. Esta, después de cenar, vamos a tener entretenimiento. Algunos viajeros han acampado cerca y disponen de música y de una bailarina. ¿Alguna vez has visto nuestras danzas?

—Sí, en Bar-Soudi.

—Ah, sin duda en un café. Esto será más interesante para ti; una chica del desierto moviéndose a la luz de las fogatas. Se les enseña desde la niñez y se vuelven tan flexibles como una serpiente.

—Tal vez solicite tu compañía por la noche, mi amo —Agnes habló impulsivamente—. ¡Así lo espero!

—Por Alá... —con súbita ira, la levantó y la dobló como un arco sobre su brazo—. Estás pidiendo lo que tanto insistes en decir que no quieres. Sería mejor que estuvieras agradecida de que soy un adulto y no un joven impetuoso, que te arrastraría a su cama en este mismo instante y silenciaría esos labios que escupen fuego.

—¡Déjame! —dijo con voz entrecortada—. Me estás haciendo daño.

—Te lo mereces —relajó un poco su presión, luego inclinó la cabeza y aprisionó su boca. Agnes sintió la calidez de sus cuerpos entrelazados, la presión de sus músculos, la fuerza de la

cual no podía escapar. Una vez más fue forzada a enfrentarse a su propia vulnerabilidad. Su beso fue una llama que arrasó y convirtió en cenizas sus inhibiciones. La exquisita dulzura de la llama la hizo estremecerse de pies a cabeza, y por propia voluntad, sus manos subieron hasta el oscuro cabello masculino y sus dedos se enterraron en su espesura.

Era demasiada crueldad por parte del destino que tocar a aquel hombre resultara tan sumamente excitante. Además, ¿cómo había podido pensar que él era insensible, cuando su corazón latía tan fuerte que podía sentirlo allí, junto al suyo, redoblando como un tambor?

Con una lentitud sensual, sus labios se retiraron de los de ella. Y fue entonces, sólo entonces, con un supremo esfuerzo de voluntad, cuando casi en trance abrió los ojos lentamente para encontrar los de su aprehensor clavados en los de ella.

Miró su dorado rostro, la piel tirante sobre sus fuertes y hermosos músculos. No podía emitir ningún sonido. Estaba como prisionera en un hechizo que no podía ni quería romper.

—Dime qué pensamientos han cruzado tu mente —le habló al oído, con voz aterciopelada—. Si has sentido odio, me odiarás siempre.

—¿Te importaría...? —las palabras apenas fueron audibles, ya que su cercanía destruía su deseo de resistirse, confundía sus pensamientos; era incapaz de darle una respuesta directa. ¿Odiarlo? ¿Era posible odiar a un hombre cuyo cuerpo parecía ser parte del propio cuando estaba cerca... tan cerca como en aquel momento?

—Estoy esperando —le advirtió—. Deseo saber lo que pensaste cuando nos besamos.

—No... estaba pensando.

—No me mientas. Ahora, deja las niñerías y sé sincera conmigo. ¿O debo leer en tus ojos? ¿Debo mirarme en el espejo de tus pupilas y conocer lo que sientes? Claro que sólo me veo a mí mismo. Ahí está reflejado, en los ojos de la nieta de Lacroix, el amo Razul Etienne Kebir.

¡Etienne! El nombre la golpeó como un puñetazo. ¿Sería posible que fuera el nombre del esposo francés de su madre, muerto en el desierto? Ella al menos así lo habría hecho si amara profundamente a un hombre.

—Apártate, entonces —el bey la liberó de sus brazos, sólo unos segundos antes de que Abdul entrara en la tienda con la cena en una enorme bandeja de plata. El bey le pasó la mano por el cabello y con ese gesto pareció desaparecer todo vestigio de que se hubieran besado con tanto placer y abandono. Como le ocurría al tigre, pensó Agnes, sus sentidos armonizaban con el más leve sonido, con el más ligero cambio de humor.

—La cena huele muy bien —dijo ella en francés a Abdul, que parecía menos severo que los guardias armados. La miró con agradecimiento, pues habían cruzado algunas palabras de cuando en cuando y a veces la miraba como si sintiera simpatía hacia la prisionera.

—Ven y comprueba que no sólo huele bien, sino que está delicioso —ordenó Razul Bey, pero se tomó su tiempo para acercarse al diván, junto al cual había sido dispuesta la mesa con la comida. De nuevo junto a él, le sería imposible conservar la perspectiva. Estaría demasiado sensibilizada a cualquier movimiento de su flexible cuerpo—. Pensé que tenías hambre —sus ojos se burlaron de su lento acercamiento—. ¿Quieres que el cuzcuz se enfríe?

Se sentó en silencio, haciendo un esfuerzo para comportarse como si estuviera cenando con un desconocido. Cuando él se acomodó a su lado, ella desplegó su servilleta con cuidado sobre las rodillas y miró cómo Abdul servía el primer plato. Era una mezcla de vegetales hervidos, tan estupidamente condimentados que la chica limpió su tazón de sopa con presteza.

Razul Bey no pronunció tampoco una sola palabra, pero Agnes lo oyó reír suavemente. El cuzcuz era una fuente de arroz con azafrán, servido con trozos de cordero y riñones. Cebollas

rebozadas con mantequilla, guisantes y zanahorias como guarnición, además de una salsa oscura y aromática. Abdul ya no daba vueltas en torno a ellos, y se retiraba caballerosamente por la entrada de la tienda.

—¿No sabes formar todavía una bola de arroz con los dedos?

—No de la manera que tú lo haces —como de costumbre, estaba hipnotizada por la destreza demostrada por él. Ciertamente hacía parecer muy fácil comer con los dedos y, por supuesto, nada vulgar.

—Inténtalo. Aquí, en el desierto, debes habituarte a nuestras costumbres, lo que puede incluir montar un camello.

—¿Hablas en serio?

—¿Sobre las bolas de arroz?

—No, sobre el camello... ¿Me vas a enseñar a montarlo?

—Si te parece bien —la miró sardónicamente y comió los guisantes con mantequilla, mezclándose con el arroz—. Pienso convertirme en tu profesor y la primera lección es que dejes de inhibirte con tantos remilgos ingleses. Hay una especial satisfacción en comer con los dedos; son, lo sabes, una de las zonas más sensitivas del cuerpo, especialmente cuando se llegan a juntar con los labios y la lengua al comer. Mírame y trata de imitarme.

Agnés luchó por ignorar la nota sugestiva existente en su comentario.

—No creo ser remilgada porque prefiera comer civilizadamente.

—Estás muy lejos de las frescas y verdes praderas inglesas. Estás en El Karah y es mi deseo que aprendas nuestras costumbres.

—¿Y qué pasa, si el mío es permanecer exactamente así?

—Soy el amo Razul —se inclinó hacia ella y le quitó la cuchara con la cual había estado comiendo—. Y mis deseos deben prevalecer sobre los tuyos. Ahora haz lo que te digo, bint. Enrolla ese pedazo de riñón en arroz... no, no tanto de una sola vez o la comida se caerá de tus dedos. Así; ahora, métete con rapidez la bola en la boca.

Milagrosamente, la comida llegó a su destino, y el contacto con las puntas de sus dedos fue agradable y pareció agregarle sabor al guiso. Era una forma sensual de comer, pero no iba a admitirlo ante el bey, quien probablemente ya lo sabía.

—Ahora coge una costilla y rebaña la carne pegada al hueso. No me mires tan sorprendida. Haz lo que te digo. Descubre que hay deleites que nunca soñaste y deja de sentirte culpable cuando algo te causa placer. No tendríamos sentidos si no fuera para disfrutarlos. Seríamos figuras de barro, mon amour.

Una sonrisa se reflejaba en su rostro al observarla morder la costilla de cordero que sostenía con los dedos.

—Nuestros ojos tendrían la mirada vacía de las estatuas —siguió—. Nuestros labios siempre estarían sellados. Nuestros oídos nunca responderían a la música o al trinar de las aves. Nunca sabríamos lo deliciosamente bien que huele la comida. No poseeríamos el sentido del tacto, ni del gusto.

No sentiríamos ninguna de las emociones que hacen la vida excitante. Ni ira y, ni por lo tanto, apaciguamiento. Ni odio y, por lo tanto, ni amor. Ni dolor y, por lo tanto ni placer.

Hizo una pausa, su mirada clavada en su interlocutora.

—La carne sabe bien, si la arrancamos con los dientes directamente del hueso.

Tuvo que reconocer que era así, parecía la forma más natural de comer, especialmente cuando cenaba en la tienda de un bey. Pero qué azoradas estarían las monjas si pudieran verla escogiendo

zanahorias y guisantes y arrojándoselos a la boca sin utilizar los cubiertos. La disciplina y el decoro habían sido importantes en la escuela; las pobres y queridas hermanas habían hecho lo posible para suprimir en sus alumnas las inclinaciones naturales.

Agnes no sabía qué era lo mejor para las chicas cuando estaban creciendo, en un mundo dominado por los hombres.

«Debes comportarte correctamente», le habían dicho de manera constante... «La modestia, la prudencia y la verdad, son las características de una dama. La inmodestia, la indiscreción y la impudicia son los indicadores de una mujer disoluta».

Algunas de las colegialas habían cuchicheado sobre lo que significaría la palabra disoluta. La habían buscado en el diccionario y encontraron algunas como licenciosa, inmoral y perdularia.

Mientras se limpiaba los dedos en la servilleta, miró con suspicacia al hombre que estaba a su lado. ¿Qué trataba de hacer? ¿Quería hacerla reaccionar como una chica oriental?

Abdul se llevó la fuente de cuzcuz y trajo un gran recipiente con frutas y una cafetera.

—Esperamos a la danzarina —Razul Bey habló a su sirviente en francés, para que Agnes pudiera entenderlo—. La leb-lah nunca ha visto a una verdadera danzarina del desierto, así que sería muy interesante.

—Son... mujeres extrañas —Abdul sirvió el café y miró a la joven, interrogante.

—Lo que Abdul quiere decir... es que estas mujeres son de la más antigua profesión del mundo. Empiezan jóvenes, amasan una fortuna y luego regresan a su tribu para convertirse en respetables esposas y madres. ¿Comprendes?

La chica enrojeció al recordar el comentario que le había hecho con respecto a las intenciones de la bailarina.

—No soy tan niña —replicó.

—En algunas cosas, bint, eres la inocencia personificada. Contuvo su respuesta hasta que Abdul salió de la tienda.

—Dices eso, amo Razul, pero tus intenciones hacía mí no son las más puras e inocentes.

—Según tú, ¿cuáles son mis intenciones? —estaba estudiando el frutero, junto al cual había un cuchillo de plata con una hoja afilada, brillante y puntiaguda.

Agnes miraba el cuchillo, mientras bebía el café.

—No me has traído aquí por amistad, ¿verdad?

—¿No? —sus dedos eligieron un lustroso higo.

—Tú y yo, Razul Bey, nunca podremos ser amigos.

—Nunca es mucho tiempo, cherie —sonriendo partió el higo y empujó un pedazo entre los labios de Agnes antes de que ella pudiera protestar—. Compartir un higo es causa de armonía. Así que cómelo y disfrútalo y no dejes que tu mente se enrede con tantos pensamientos encontrados.

La joven se vio obligada a tragar el trozo de higo, que, por supuesto, era muy delicioso. Sin embargo, se sintió molesta por la forma en que él la observaba mientras se comía su propio pedazo.

—Con toda seguridad pertenece a la higuera del jardín del Edén —dijo con calma, tendido junto a ella—. Una fruta mucho más evocativa que la manzana, ¿no crees? Una fruta tentadora y misteriosa.

—Sin duda la serpiente la habría elegido en vez de la manzana —estuvo de acuerdo, humedeciéndose los labios y tratando de parecer distante, lo que no resultaba fácil, ya que Razul Bey estaba cerca y era muy masculino, vital y experimentado. Si intentaba apartarse, la podría atraer hacia sus brazos y no confiaba en sí misma cuando sentía su cálida y morena piel tocar la

suya. Sólo pensar en ello la hacía sentirse extraña, con una debilitante sensación, como si una segunda persona, alguna escondida criatura, estuviera tomando posesión de ella y haciéndola una esclava de sentimientos contra los cuales no podía luchar, sobre todo cuando él la rozaba.

Se sentó rígida, temerosa del más leve movimiento de la mano masculina.

Cada uno de sus nervios reaccionó cuando él se acercó a la tabaquera y eligió uno de sus puros. La delgada y oscura envoltura crujió en sus dedos, el encendedor llameó y el humo azulado formó espirales en el aire.

—¿No te gustan los dulces? —preguntó—. Esa Delicia Turca parece que podría derretirse en la boca. Come alguno; de otra forma, Abdul se sentirá contrariado. Lo ha servido únicamente por ti, ya que conoce mis preferencias.

—¿Lleva contigo mucho tiempo? —sólo para complacer a Abdul cogió un dulce confitado. Lo mordisqueó y el bey fumó; fuera de la tienda se oía el redoblar de tambores y la melodía de una flauta. Era un momento de tal misterio y rareza que el corazón de Agnes se agitó. Aquello era la realidad, no un sueño. Ella estaba allí, en la tienda de un jefe del desierto. Él se hallaba junto a ella, vestido con ropas orientales, con el rostro como una escultura pensativa entre el humo de las lámparas encendidas.

—¿Te sorprende? —preguntó—, que la mayor parte de mi servidumbre esté conmigo desde hace muchos años? Al parecer, no soy tan monstruo.

—Te sirve la gente de tu misma raza, que entienden tu forma de ser. Si ésta me parece extraña, es algo comprensible.

—Tenemos un dicho, mon amie. «Todas las mujeres son fundamentalmente una mujer y su nombre es Eva».

—¿Tienen todos los hombres un nombre, el de Adán?

—Posiblemente. Él mostró el camino, ¿o no? Se dejó seducir y le dijo a Alá: «La mujer que me diste para que estuviera conmigo, me dio del árbol y yo comí».

—Así que, Eva será culpada de todo... durante toda la eternidad. Fumó en silencio durante unos momentos y los vibrantes tambores, fuera de la tienda, sonaban rítmicamente.

—Sí —dijo Razul Bey al fin—. Creo que hay una llamada en los ojos de una mujer que el hombre está sentenciado a seguir aunque no siempre sea para su felicidad.

—Ese es un comentario muy arrogante, mi señor.

—¿De veras? Pensé que era muy profundo, pero una chica como tú no podría saber de las complejidades, las crueldades y el éxtasis que pueden envolver a un hombre y una mujer cuando se unen. Tal vez te gustaría creer que los hijos brotan de una vaina que crece a la sombra de los árboles. Sí, te miro, chérie, y veo el deseo en tus ojos de que el amor estuviera más cerca de los cielos que de la tierra.

—Nunca he pensado en el amor —replicó—. Tengo otras preocupaciones.

—¿Tales como escapar de mis garras? —sus ojos brillaron a través del humo del puro—. Deja de mirar ese cuchillo; me disgustaría recibir una puñalada en el corazón. Tengo trabajo que hacer. Tengo que pensar en mi gente.

—Es una lástima que no los recordaras cuando me secuestraste.

—¿Habrías venido a El Karah por propia voluntad aquella mañana, cuando el vendaval aullaba como si fuera un demonio tratando de entrar en tu casa?

Agnes se quedó sorprendida. Precisamente aquello había pensado ella del viento que gemía y hacía que las persianas golpearan estrepitosamente. Recordó nítidamente la mañana que sucedió a una noche de desdicha y soledad y se preguntó qué había visto Razul Kebir cuando llegó y la

observó. ¿Estaría equivocada respecto a él? ¿Había descubierto a una solitaria y desvalida chica que necesitaba cuidado y atención?

De repente, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero luchó para contenerlas.

—Vamos, la bailarina espera —el bey se puso en pie y le tendió la mano, delgada, morena y electrizante.

—Ve delante —su voz sonó ahogada—. Necesito arreglarme un poco.

—Como quieras —se inclinó para apagar el puro y, con el mismo movimiento, retiró el cuchillo de brillante hoja.

Agnes contuvo el aliento, algo muy inquietante flotó en el aire cuando sus ojos se encontraron. Luego, miró el lugar donde había estado el arma. Oh, sí, había habido un instante anteriormente en que habría arrojado el cuchillo contra él; pero ahora, de alguna manera, el deseo de herirlo había perdido toda su virulencia.

Allí, en el área velada de la tienda, deambuló en suspenso, llena de perplejidades y dudas. Le hubiera gustado saber lo que él estaba pensando, hubiera querido poder despreciarlo tanto que fuera capaz de apuñalarlo.

Mientras se atusaba, encontró su mirada en el espejo. Sus ojos parecían ensombrecidos por las lágrimas que estuvo a punto de derramar y sus labios estaban abrumados por la pregunta que no tenía una sencilla respuesta. Intentó verse como la vería un hombre. Tocó su pelo como Razul Bey solía tocarlo a veces, sintiendo su textura y estudiando la forma en que enmarcaba su cara.

Vacilante, con curiosidad, permitió que su mano siguiera por la suavidad de su cuello y, con una imprevista sensación, se dio cuenta de que anhelaba ser acariciada por los delgados dedos morenos que habían retirado el cuchillo que había entre ellos como un símbolo de todas las diferencias que los separaban.

Lentamente se envolvió con una capa y se acercó a la hoguera que iluminó su figura mientras se acomodaba junto a Razul Bey en una alfombra extendida sobre la arena. Algo en su expresión mantuvo los ojos fijos en ella, pero cuando redoblaron los tambores con mayor rapidez, se volvió hacia una figura pagana, muy pintada reluciente de joyería, con ajorcas con pequeñas campanas de oro que tintineaban al acercarse, como una tigresa, con los pies desnudos también pintados, caminando sinuosamente desde la oscuridad hacia el anillo de fuego.

Un velo de tul colgaba hasta sus tobillos de una fajilla de cuentas apretada a la curva de su cadera. Tenía cadenas contra la transparente tela de su corpiño. Un collar de cuentas circundaban su cuello y llevaba otro más en su negra cabellera, que caía como una cascada sobre su espalda.

A la luz de la hoguera, era una figura bárbara, sus cejas arqueadas unidas sobre los ojos sombreados con una raya negra. Cuando la flauta comenzó su tonada, empezó a danzar, haciendo tintinear las campanillas de sus ajorcas mientras arqueaba su sinuoso cuerpo al compás de la música. Era la personificación de una bailarina de harén, como la imaginara Agnes, con sus ondulantes caderas y brazos atrayendo a los hombres hacia ellos.

Disimuladamente, Agnes deslizó su mirada hacia el bey; preguntándose qué había detrás de su inescrutable y bronceado rostro. ¿El felino cuerpo de tigresa podía excitar su imaginación? ¿La había olvidado a ella, a la roumia, en tanto la chica del desierto, cuya sensual provocación era visible para todos, bailaba?

La vibración de los tambores era como el latido del corazón con salvajes reminiscencias. Las extrañas notas de la flauta eran como gritos que subían y bajaban en la noche. Y, en silencio, el círculo de varones miraba a la cortesana del sofocante y profundo desierto, con los ojos llameantes a la luz de las hogueras, cuando se doblaba inverosímilmente y sus brazaletes se

deslizaban, como aros de fuego, por sus brazos hasta sus manos. Se detuvo en tal posición durante interminables segundos y su cuerpo pareció ondular cual un ofidio cambiando de piel.

Cuando saltó y se quedó de pie, momentáneamente inmóvil, Agnes profirió una exclamación. Enseguida, la tigresa, se lanzó hacia el amo Razul con un fanático brillo en sus ojos almendrados. Un estremecimiento de temor recorrió la piel de la joven inglesa al intuir que algo horrible estaba a punto de suceder.

—¡Razul!

Ante el grito, el acero voló de los dedos del bey y la afilada hoja se enterró entre las cuentas doradas que colgaban del cuello de la danzarina. Al caer, algo se deslizó de sus dedos y quedó brillando a la luz de las llamas. Un segundo más y ella habría apretado el gatillo de la pistola y habría disparado contra el corazón de Razul Kebir. Sólo una infinitesimal fracción de tiempo transcurrió entre aquella pesadilla y el súbito silencio, roto bruscamente por los hombres que se levantaron como impulsados por un resorte.

Una conmoción general recorrió el douar; Agnes fue llevada por Razul Bey a su tienda.

—¡Quédate aquí! —ordenó en tanto su rostro se tornaba ceñudo—. Así que al cabo, el cuchillo estaba destinado a una garganta. Agnes se apretujó contra él, demudada de terror.

—¿Por qué? —indagó—. ¿Ha sido por mí, Razul?

—Tengo que encontrar la razón. Ahora no podemos hablar. Estarás a salvo con dos de mis guardias apostados fuera —sus manos la apretaron y luego la dejaron ir—. Por fin has pronunciado mi nombre sin desprecio. Tal ironía debería hacerme sonreír, mon ange.

Lo vio alejarse a grandes zancadas. Oyó su voz hablando fuera y su árabe sonaba como una amenaza, como si estuviera dando estrictas órdenes con respecto a su seguridad. Una extraña ola la inundó, se desplomó sobre un cojín y enterró la cara entre las manos.

Su cerebro no dejaba de pensar en lo sucedido... Si la pistola hubiera sido disparada sería Razul Bey quien yaciera en la arena sobre su propia sangre.

El horror del atentado era casi más de lo que podía soportar, especialmente si pensaba que ella podía ser la causa. Misericordiosamente, los reflejos de la bailarina habían sido más lentos que los del bey, y Agnes respingó al recordar cómo voló el acero mortalmente dirigido contra la danzarina.

Así que aquella era la realidad del desierto, donde las pasiones se mostraban tan fieras y crueles como el quemante sol. Donde el odio podía ocultarse tras un velo y tomar su venganza en formas no imaginadas y mucho menos advertidas.

Se arrebujó en su capa. ¿Qué pasaría si Razul deseaba enviarla lejos?

Aquellos sucesos, de los cuales su abuelo hablaba con frecuencia, dividían a Oriente y uno de ellos acababa de mostrarle su feo rostro, descubriendo una verdad que ella ya no podía eludir. En un momento insospechado, tal vez mientras cabalgaban por el desierto, Razul Kebir encontró el camino a su corazón y tan sólo hacía un momento había estado aterrorizada ante la posibilidad de perderlo.

Respiró profundamente y se puso a escuchar la actividad existente al otro lado de la tienda. Ansiaba formar parte de ella. Sola como se encontraba, estaba bajo la influencia de demasiados pensamientos, vívidos como un espejismo de colores en el desierto... ajorcas y cuentas regadas de sangre y la mirada de agonía en unos ojos almendrados rodeados por el lápiz negro.

Su mente bullía con imágenes que no podía bloquear. Se deslizaba en una pesadilla. Si Razul Bey no hubiera llevado el cuchillo consigo...

No podía imaginar tan hermoso y viril cuerpo sin su poderoso látigo.

Razul había sacado el cuchillo de la tienda, creyendo que ella podía intentar utilizarlo contra él. En cambio, le había salvado la vida; un extraño refuerzo a su creencia oriental de que todas las cosas estaban escritas en la arena.

¿Qué pasaría ahora con su extraña lección, con todos sus conflictos y su fatal encanto? ¿Estaría el bey obligado a enviar lejos, fuera de su vida, a la europea que había escogido para compartir su tienda? Lo que el juego tuviera de diversión, se había convertido en algo peligroso.

Confusa y temblorosa, trató de razonar. No había forma de que pudiera arrancar de su cabeza el pensamiento de que el amor no dictaba las acciones de Razul Bey. Lo que fuera que le atraía de ella, se había convertido en una amenaza y un peligro para su puesto entre su gente.

Él estaba orgulloso de esa posición, y para protegerse tendría que excluirla de su vida.

La asaltó un desolado sentimiento, algo que nunca había esperado sentir en relación al bey. Se sintió aliviada cuando Abdul apareció, llevando una cafetera.

—¿Qué está pasando? —preguntó temerosa.

—Lo que tiene que pasar, leb-lah —vertió el café y le añadió azúcar morena y leche. Le pasó la taza y ella la cogió con gratitud. Cuando bebió un poco de café, su garganta reaccionó con dolor, el dolor de las emociones que había estado reprimiendo.

—Será cruel, ¿verdad, Abdul?

El sirviente de Razul Bey extendió las manos en significativo gesto.

—¿De qué otra manera puede un hombre tratar con fanáticos? La muerte no significa nada para ellos. Su única meta es inducir a la rebelión. Esto se está esparciendo por el desierto como las arenas llevadas por un viento abrasador.

—¿Por qué es así la gente? ¿Por qué pelean? ¿Por qué el amor es tan difícil de aceptar?

—El amor es un mandato, leb-lah. Y el odio también.

La joven se estremeció porque era una palabra que había empleado a menudo en sus relaciones con Razul Bey. Se la había lanzado a la cara y había jurado odiarlo para siempre. Pero ella no sabía el verdadero significado de odiar hasta aquella noche, cuando la bailarina se había lanzado hacia él con la intención de asesinarlo.

—¿Regresaremos al palacio? —preguntó.

—Mi amo Razul ya ha ordenado que las tiendas se levanten.

—Ya veo.

Agnes intuyó lo que sucedería cuando llegaran. Ella estaba en medio de una rebelión que se cernía sobre la arena, como los vientos lo habían hecho en El Oasis, dejando muerte y destrucción a su paso, cambiando para siempre el destino de una chica que se había detenido en la galería, temblando después de una noche de solitario terror.

Continuamente las disputas y las guerras parecían caer sobre el territorio... Recordaba vívidamente como Razul Bey le había hablado de Lion, de la forma en que su abuelo había retenido algo que no le pertenecía. El bey había llegado a la plantación a fin de llevarse lo que era suyo. Volvió a recordarlo todo y especialmente aquella mañana, el polvo, el calor y el humo que surgía de la casa en llamas, mientras se alejaban, sosteniéndola él sobre la silla de su camello.

Al día siguiente los camellos volverían con sus jinetes al palacio, y posiblemente por última vez montaría su caballo al lado del bey.

Sacudió sus evocaciones para encontrarse una vez más sola en la gran tienda. Despacio, miró a su alrededor y sus ojos se posaron en el diván donde ella y Razul Bey habían compartido el cuzcuz. Entonces él le había dicho: «Te enseñaré a ser una chica oriental».

Pero no pertenecía a Oriente. Ella era la femme blonde, y había llegado la hora de que la

dejara libre del cautiverio que despreciaba, el cautiverio contra el que había luchado, hasta el momento de la verdad. Había creído que nunca tendría que enfrentarse a una verdad tan perturbadora. Ahora sabía que sería incapaz de ocultarla. Cuando el bey entró de repente en la tienda se sobresaltó.

—Estás como te vi la primera mañana de nuestras vidas.

—Pensaba precisamente en aquella mañana... ¿Quieres café? No hace mucho que lo traje Abdul.

—El café sería lo más aceptable —se recostó sobre el diván mientras hablaba y ella le acercó la taza observando algo que rara vez había visto en sus ojos, una mirada velada por la tristeza y el dolor.

—Merci, mon amie. ¿Te apetece sentarte junto a mí?

—Si lo deseas...

—Me gustaría... —bebió un gran trago de café—. Es tal vez, algo que no debería mencionar.

Agnes se sentó, tensa, pero sumisa, a su lado.

—Dime —le pidió.

—Hay un tiempo para ser tonto y otro para ser sabio, y ambos sabemos que debo ser sabio por los dos. Sabio por nosotros, mon ange, sabio por mi gente.

—Comprendo —Agnes tenía las manos apretadas en su regazo, como si necesitara algún asidero—. ¿Averiguaste por qué esa chica trató... de matarte?

—Todavía no, pero lo haré. ¿Así que estabas preocupada por mí? La joven se estremeció visiblemente.

—Fue terrible... aún puedo oír el silbido del cuchillo... puedo ver la sangre.

—Las arenas han bebido mucha sangre en otros tiempos.

—Me alegra, Razul, de que no haya sido la tuya.

—¿De veras?

—Sí.

—Sin embargo, no hace mucho hubieras querido verme muerto.

—Lo sé... —su piel se había tensado sobre los huesos de la cara, como si en aquel momento dejara de ser una niña para convertirse en una mujer—. Supe que era diferente... esta noche —añadió.

Se hizo un breve silencio durante el cual ella oyó cómo él dejaba la taza sobre la mesa y se percató de que la atraía hacia su pecho en una cercanía que ya no la asustaba.

—¿No me deseas en el paraíso? —sonrió Razul.

La ironía de su voz la obligó a mirarlo para ver lo que decían sus ojos. Retuvo el aliento y se sintió lánguida y como desmayada. Sus pupilas ardían... mostraban todas las pasiones del desierto, salvaje y peligroso... engañoso seductor.

—Mañana... —se humedeció los labios... ¿me echarás de tu lado?

—¿Quieres irte?

—No... no—sus manos se soltaron y volaron a su cuello. Atrajo su cabeza hacia sí y lo besó con toda la pasión que había reprimido durante tantos días. Una y otra vez lo besó y él, como un cruel tigre dorado, entrecerró los ojos complaciente mientras los labios de Agnes recorrían su cara y encontraban la calidez de su cuello.

—Estás arriesgándote peligrosamente.

—Siempre ha existido el peligro —sus labios acariciaron el lóbulo de la oreja y lo encontró caliente, como si fuera el barómetro de sus emociones—. No ha habido un día o una noche en que

me haya sentido completamente segura contigo.

—Y ahora, ¿qué te ha hecho cambiar? ¿Acaso darte cuenta de que no soy difícil de matar?

Lo abrazó contra ella y sintió el latir de su corazón, como asegurándole que aquella noche estaban juntos y que el amanecer se hallaba todavía muy lejos.

—¿Es cierto que mi abuelo me ofreció como prenda de El Oasis?

—Me temo que sí.

—¿Y qué le dijiste en realidad a él?

—Le dije palabras en mi propio idioma que no puedo repetir.

—Las repetiste aquella noche... la noche en que saliste como un torbellino de la casa.

—¿Estabas escondida, observándome?

—Sí —recordó cómo se había detenido en un rincón del oscuro vestíbulo y vio pasar al bey con su gran capa, y los rasgos de su rostro duros y crueles como los de una máscara dorada.

La joven le tocó la cara y recorrió con los dedos sus facciones tan orientales, como un signo de cuánto podría separarlos.

—Sin embargo, me llevaste a El Karah —dijo suavemente—. ¿Fue realmente porque te llamé perro?

—Probablemente.

—¿Nunca mientes, Razul?

—No, si puedo evitarlo.

—Entonces, dime ¿qué vas a hacer conmigo?

Ambos sabían lo que trataba de saber, pero él eludió la respuesta.

—Voy a hacer lo que vine a hacer al desierto —sus ojos la miraron profundamente y Agnes advirtió que nada podría detenerlo, incluso aunque quisiera hacerlo. No hizo ningún gesto cuando él la llevó a la parte velada de la tienda y se acercó a la cama.

La dejó sobre las pieles y desató el cinturón de escarabajos que le había puesto alrededor de la cintura. Cayó brillando sobre la alfombra azul, como los ojos femeninos, mientras las morenas manos de Razul Bey la desvestían.

Haber compartido el peligro había aumentado la necesidad que tenían el uno del otro, la joven se sintió complacida por su tacto. Las inhibiciones habían desaparecido y todo lo que importaba era que Razul estaba a punto de hacerla suya.

Él arrojó su propia ropa y, por primera vez, el cuerpo de Agnes sintió el desnudo calor de su piel, lo áspero de su oscuro cabello, la ardiente pasión masculina. Ella respondió con ansioso deseo, con su cuerpo tembloroso por el potente sentimiento. Era de él, y él de ella.

Incluso el dolor resultó bienvenido porque él lo había causado; y pronto llegó el placer, palpitante y corriente por su cuerpo como un río de lava. Sus movimientos eran dulcemente ardientes, sedosos; y el aliento de Razul se mezcló con el suyo, entre besos tempestuosos y caricias ardientes.

Su pelo dorado quedó extendido sobre las almohadas, mientras descubría con Razul lo amorosa y generosa que podía ser con un hombre. El deseo de la joven había despertado por fin, dejando a ambos maravillados.

Se amaron durante toda la noche apasionadamente y cualquier cosa que estuviera escrita en la arena, escrita estaba. No tenían forma de saberlo. Aquello era sólo el principio...